

Un equilibrio magistral entre el patetismo de la acción y el filo satírico de las narraciones...

ANA GARCÍA BERGUA, *LA JORNADA SEMANAL*

EL ORGASMÓGRAFO



ENRIQUE
SERNA

Seix Barral

Autor: Enrique Serna

Título: El orgasmógrafo

Editorial: Plaza & Janés

País: México

Año de Edición: 2001

VACACIONES PAGADAS

a Philippe Ollé-Laprune

Ignoro en qué momento caí de su gracia. Algún rasgo de carácter —la manía de morder el cigarro, o tal vez mi risa nerviosa— debió predisponerlo en mi contra cuando le presenté mi nuevo proyecto de programa cómico, donde pensaba mantener el formato del anterior con nuevos personajes y un ritmo más ágil. Mientras luchaba por vencer mis tartamudeos, traté de leer en su rostro el efecto de mis palabras, pero sólo alcancé a percibir una mirada neutra y una expresión aburrida. De vez en cuando se rascaba la tupida cabellera plateada, en un gesto que reflejaba impaciencia o hartazgo. El humo de su habano parecía interesarle más que mi charla.

—Tu programa no está mal —me interrumpió a media exposición, sin molestarse siquiera en abrir la carpeta que puse sobre su escritorio—, pero has estado cinco años al aire y la gente se puede cansar de ti. Quiero que te tomes unas vacaciones: vete a Europa o a donde quieras y en seis meses volvemos a platicar.

En la empresa nadie se atreve a discutir con don Gabriel y yo no fui la excepción. Sólo atiné a pedir la renovación de mi contrato y un aumento de sueldo.

—Por eso no te preocupes —me acompañó a la puerta de su despacho—. Ya sabes que en asuntos de lana nunca le quedo mal a mi gente.

No me convenía salir del aire cuando estaba en el candelero, pero el aumento de sueldo superó con creces las exigencias de mi ego. Llevé a Raquel a un largo crucero por el Caribe, pasamos unos días en Orlando con los niños y luego estuvimos dos semanas en Nueva York, en un departamento fabuloso de Madison Avenue que nos prestaron unos amigos. Allí compré los derechos de una comedia musical que me apresuré a montar en el Teatro Insurgentes, porque estaba acostumbrado al trabajo intenso y no soportaba los periodos de larga inactividad. La obra gustó mucho y me dejó buenas ganancias, pero hubiese ganado el doble si la gira por el interior no se hubiera interrumpido cuando me mandaron llamar de la empresa porque les urgía lanzar al aire mi nuevo programa.

Bendito sea Dios, pensé, al fin se dieron cuenta de lo que valgo. Ya habíamos grabado el piloto, tenía los libretos de las primeras ocho semanas y hasta di algunas entrevistas anunciando mi regreso a la televisión, cuando de buenas a primeras el departamento de producción canceló el programa sin razón alguna. En vano traté de hablar con don Gabriel: primero me dijeron que estaba en un safari en Kenia, después reposando en su yate. Cuando por fin regresó le pedí una cita a su secretaria y me la fue postergando semanas y meses, hasta agotar mi paciencia. Era increíble y absurdo: ¡el patrón me estaba castigando por haberle dado éxitos a la empresa! Indignado, le mandé una carta donde me quejaba amargamente por la actitud hostil de sus subalternos y le pedía explicaciones por la suspensión del programa. Al día siguiente recibí un telefonazo de Gerardo Alcántara, el vicepresidente administrativo, que me invitaba a comer en el Suntory. Según Alcántara, el retiro de mi programa había sido una estupidez de Mijangos, el vicepresidente de producción, que en ausencia del jefe hacía y deshacía como si fuera el dueño de la empresa. Don Gabriel no me tenía en su lista negra, es más, apreciaba tanto mi trabajo que le había ordenado ofrecerme un contrato de exclusividad por tres años, con 100 mil dólares de sueldo mensual.

—Pero si me quiere tanto, ¿por qué me sacó del aire? —pregunté con recelo.

—Eso es cosa de él, ya sabes que don Gabriel es un excéntrico —sonrió Alcántara— ¿Pero a ti qué te importa? Brincos dieran muchos por cobrar ese dineral sin hacer nada.

El júbilo de Raquel cuando le enseñé mi nuevo contrato me convenció de que Alcántara tenía razón: allá don Gabriel si quería tirar su dinero. ¿De qué me quejaba si en ninguna parte ganaría tanto por estar rascándome la barriga? Hice girar el globo terráqueo y pedí a Raquel que señalara un país con los ojos cerrados. Por culpa de su índice recorrimos la India en un tour de tres semanas, con escalas en Bombay, Calcuta y Delhi. Me deprimió el contraste entre los fastuosos hoteles para extranjeros, decorados como el Taj Mahal, y el hedor de las calles atestadas de vendedores, donde los niños dormían a la intemperie en medio de las ratas. De vuelta en México, fatigados por el viaje, nos fuimos a descansar a nuestra casa de Cocoyoc. Llevaba dos días echado en una tumbona, leyendo los diarios entre cerveza y cerveza, cuando empecé a sentir la sangre viscosa, como si me estuviera pudriendo en vida. Vámonos a México, ya no aguanto el calor, le dije a Raquel. Ella prefirió quedarse toda la semana con los niños y tuve que volver solo en busca de distracciones. Tras una larga parranda con mi compadre Nazario —que siempre ha sido un actor secundón, pero tiene un harem de modelos que ya quisiéramos muchos famosos—, desperté con una cruda abismal y comprendí que debía trabajar en algo.

En cuanto mi representante comenzó a moverse, recibí ofertas para hacer cine, teatro y una temporada en centro nocturno. Elegí trabajar en un vodevil donde me ofrecían un buen porcentaje por las entradas. Pero mi abogado me advirtió que si actuaba en el vodevil podía meterme en problemas legales, porque mi nuevo contrato de exclusividad me obligaba a pedir permiso para trabajar fuera de la empresa. Pedí una cita con Alcántara y le expuse mi situación. Contagiado por la soberbia de don Gabriel, como le sucede tarde o temprano a todos sus achichincles, Alcántara me negó la autorización para trabajar en el vodevil, con el argumento de que yo era un cómico para familias. Herido por su tono prepotente, di un puñetazo en el escritorio y lo amenacé con rescindir mi contrato.

—Atrévete —me retó— y te aviento a los abogados de la empresa.

Después de correrme otra juerga con mi compadre Nazario, en la que saqué del pecho toda mi rabia, pensé las cosas en frío y decidí aguantar vara, para no perjudicar a mi familia por un berrinche. Nada me costaba esperar dos años y medio hasta que terminara el contrato, y entonces sí mandarlos al carajo. Raquel estuvo de acuerdo conmigo y me ofreció su apoyo moral, pero al correr de los días empecé a notarla esquiva, gruñona, cansada de tenerme en casa. También a mí empezó a irritarme la vida hogareña. Antes de ser congelado, cuando grababa mi programa de lunes a viernes, tenía que salir al trabajo al rayar el alba, para llegar temprano a las pruebas de maquillaje, y no regresaba hasta la hora de comer, cuando Raquel ya estaba arreglada y vestida. Pero al compartir con ella la rutina diaria descubrí algunos defectos que me había ocultado, entre ellos su deplorable falta de higiene. Por descuido o pereza, Raquel esperaba hasta las tres de la tarde para darse un duchazo y en la mañana salía a dejar a los niños en bata y pantuflas, con el pelo grasiento recogido en una pañoleta. Harto de su desaliño, le pedí con buenos modos que se bañara más temprano, para no tenerla que ver chamagosa. Mi reclamo le hizo mella y durante una temporada venció su alergia al jabón, pero si alguna noche me iba de juerga, al otro día la encontraba con los pelos tiesos y el maquillaje corrido, en represalia por mi mala conducta. En un momento de ofuscación declaré a la prensa que la suciedad de Raquel había sido la causa principal de nuestro divorcio. No es verdad: solo fue la gota que derramó el vaso. Nadie se divorcia por esas pequeñeces, ni yo le habría dado mayor importancia al asunto si mi neurosis no se hubiera sobrecalentado por la torturante carcoma del ocio.

En los meses anteriores a nuestro pleito definitivo, mi sensación de vacío alcanzó un nivel patológico. Todas las mañanas me sentaba a escribir el libreto de un espectáculo para cabaret que pensaba montar cuando expirara mi contrato, pero apenas borroneaba la primera frase me invadía una sensación de inutilidad. ¿Para qué me esforzaba en ser ingenioso? Dinero tenía a manos llenas sin necesidad de mover un dedo. El trabajo motiva cuando hay de por medio una recompensa, de lo contrario es una enajenación. Ciertamente: el libreto podía servirme como terapia, pero eso significaba reconocer que, teniendo la felicidad a la mano, mis hábitos de esclavo me impedían disfrutar de mi tiempo libre. Me propuse entonces holgazanear sin conflictos de culpa, pero en mis largas horas de molición —frente a la televisión o con una revista en las manos— inevitablemente recaía en la introspección, en el morboso hábito de hurgarme las vísceras. ¿Quién soy? ¿Para qué vine al mundo? ¿Por qué no puedo encontrarle gusto a la vida? Los filósofos no son los únicos que se hacen estas preguntas: también los vividores profesionales. La diferencia es que nosotros no buscamos respuestas: solo nutrimos con ellas nuestra indolencia, y a veces, bajo el efecto del alcohol o las drogas, llegamos a sentir que la pereza contemplativa es un sello de distinción.

Una tarde de lluvia, molesto porque mi compadre Nazario me había dejado plantado en el Mezzanote, descubrí con horror que desde varias semanas atrás la gente ya no me pedía autógrafos. Era natural; llevaba un buen rato sin aparecer en pantalla, y en esta profesión, el público rápidamente se olvida de ti. Pero en vez de minimizar el asunto, me lo tomé tan a pecho que pedí una botella de Chivas Regal para mí solo. Al décimo trago, contrariado por mis fallidos intentos de ligue, me dio por insultar a los yupis mamones de la mesa vecina, que pidieron auxilio al sacaborrachos. Por consideración a mi fama, el mastodonte solo me arrugó un poco el traje. Ignoro cómo pude manejar hasta mi casa en esas condiciones. Al despertar, mareado todavía por el coletazo del alcohol, me enfureció ver a Raquel con el cabello pringoso y las lagañas cuajadas en las pestañas.

—¡Cuántas veces te he dicho que te bañes temprano, con un carajo!

—¡Que se bañe tu abuela, pinche alcohólico putaño!

Me levanté de un salto, le apliqué una llave china y la llevé a rastras a la ducha, soportando sus arteros rasguños, que me dejaron un pentagrama en el antebrazo. El odio es un trance hipnótico del que siempre se despierta demasiado tarde. Le desgarré la bata como un violador, abrí el grifo y la obligué a tomar un baño de agua helada, frotándola sañudamente con un zacate. Además de brutal, mi castigo fue injusto, pues aquella mañana Raquel sí se había bañado, pero de eso no me enteré hasta el juicio de divorcio. Tampoco me di cuenta de que mis hijos presenciaron la escena y el mayor trató de evitarla. Pobrecito: debe pensar que su padre es un monstruo y quizá tenga razón. Por supuesto, Raquel se largó con los niños a casa de sus papás y desde entonces no me deja verlos.

Un hombre sin familia es como un buey desbarrancado. Si antes me frenaban un poco mis deberes conyugales, al quedarme solo no tuve ningún obstáculo para dedicarme de lleno a la golfería. Llevé la vida de donjuán playero que había soñado de joven, cuando era un pobre estudiante de teatro y alquilaba un mugroso cuarto de azotea en la colonia Doctores. Me instalé en Cancún, donde renté un departamento amueblado, y cada semana dormía con una mujer distinta, no tanto por mi fama de actor, cada vez más diluida, sino por el dinero que derrochaba en bares y discotecas. Mis noches eran muy agitadas, pero a cambio de ellas pasaba días angustiosos en los que no podía ni leer por el dolor de cabeza, y me quedaba encerrado en mi cuarto, viendo los videos de mis viejos programas con una nostalgia enfermiza. De la empresa no recibía ni una llamada, como si estuviera muerto.

Pero eso sí: todos los meses cobraba puntualmente una cantidad muy superior a mi capacidad de autodestrucción, que me dejaba réditos fabulosos.

Cuando se venció el plazo del contrato había engordado quince kilos y empezaba a hablar solo de tanto cultivar mi neurosis. En un intento por salir del hoyo y recobrar la dignidad, entré en arreglos con el dueño de Tele Anáhuac, don Gregorio Silva, que me propuso conducir un programa de variedades. Las pláticas iban bien, pero cuando pasamos al tema de los dineros, Silva resultó un cuentachiles. Alegando que la gente ya no me recordaba por mi larga ausencia de la pantalla, me ofreció 300 mil dólares al año, un insulto para un actor con mi trayectoria. Llegada la fecha de renovar mi contrato, Alcántara me informó que don Gabriel había ordenado aumentarme la mensualidad a 200 mil dólares. Al parecer se había enterado de que estaba en tratos con la competencia, y quería retenerme a como diera lugar. Entre devaluar mi trabajo y ser un holgazán bien pagado elegí lo segundo, a sabiendas de que don Gabriel me tenía vetado. Mi compadre Nazario dice que los actores tenemos alma de putas, porque perdemos hasta el amor propio cuando está de por medio el dinero. Es verdad: pero a Nazario también le gusta la lana y apuesto que en mi lugar habría hecho lo mismo.

Para matar el tiempo me dediqué a jugar póquer. Tal vez deseaba inconscientemente dilapidar mi fortuna, para que la necesidad me obligara a hacer algo de provecho. Pero ganaba de todas todas y en el peor de los casos salía a mano, como si tuviera pacto con el diablo. Viajé por los rincones más exóticos del planeta, me hice la liposucción, compré acciones en un club de golf al que nunca iba. Antes era amable y solícito con la gente humilde, ahora la trataba con prepotencia. En el Club Med detestaba por igual a los meseros que no acudían pronto a mi llamado como a los que me atendían con demasiada solicitud. Muy pocos atinaban a servirme con la lejana eficiencia que yo exigía. Me volví hipocondriaco, misógino, alérgico a los mariscos y desarrollé extrañas manías, como la de atesorar mis uñas en una preciosa caja de sándalo que tenía grabadas mis iniciales. Como empezaba a beber desde temprano, a las ocho de la noche me dormía en el estudio con un jaibol en la mano y despertaba sediento a las tres o cuatro de la mañana. Resignado al insomnio, hojeaba mis recortes de prensa o me ponía a recitar frente al espejo el monólogo de Segismundo en *La vida es sueño*. En vez de actor había pasado a ser espectador de mi propia vida, un testigo que observaba el derrumbe de su doble pero no hacía nada por evitarlo.

De mi fama sólo quedaban cenizas y los columnistas de espectáculos propagaron el rumor de que me había retirado. No los desmentí, porque me daba vergüenza admitir en público que estaba contratado para no trabajar. Algunas veces, pasado de copas, traté de hablar por teléfono con don Gabriel, pero su secretaria siempre me lo negó, prevenida quizá por mis balbuceos de borracho. Ya no era una estrella codiciable para la competencia y sin embargo la empresa volvió a renovarme el contrato por tres años más. Las razones de don Gabriel me intrigaban: ¿quería darme una plaza de aviador a perpetuidad, o la nueva prórroga era un error atribuible a la maquinaria burocrática de la empresa?

Como informaron los diarios amarillistas, a finales del año pasado perdí la patria potestad de mis hijos por haberme liado a puñetazos con el director de su escuela, un cretino con ínfulas de patrón, que no me permitió recogerlos a la salida de clases, por instrucciones expresas de mi mujer. Caí en una depresión tan honda que ordenaba mi comida por teléfono a los restaurantes de las Lomas y sólo salía a la calle para conectar coca. Por esas fechas empezó la oleada de secuestros y asaltos en las colonias residenciales. Contagiado por la paranoia de mis vecinos, mandé instalar un equipo de video para observar desde mi recámara el zaguán de la casa. Tenía una sirvienta oaxaqueña, Camerina, que guisaba muy sabroso y trataba a mis putitas como si fueran señoras decentes. Era

honrada y trabajadora, pero me daba mala espina que enfrente de mí hablara por teléfono en zapoteco. ¿Estaría poniéndose de acuerdo con los secuestradores? ¿Por qué diablos no hablaba en cristiano? Como medida preventiva la corrí de la casa con una buena indemnización, sin darle mayores explicaciones. Durante varios meses no pude conseguir otra sirvienta: las que acudían a mis anuncios en el periódico se asustaban al verme tirado en la sala, entre botellas y ceniceros repletos de colillas, con la barba crecida, la mirada turbia y el rostro abotagado por el alcohol.

Camerina era la encargada de sacar a pasear a Thor, mi pastor alemán. Yo no podía hacerlo por razones de seguridad —según las estadísticas, cuatro de cada diez secuestros se cometen cuando el dueño de una mascota la saca al parque— y como nadie se ocupaba del perro, sus heces fecales se empezaron a amontonar en el patio trasero. Más que el hedor y los moscos, me molestaba oír los lastimeros aullidos de Thor y verlo dar vueltas en círculo, pisoteando su propia mierda.

Preocupado por mi salud mental, Nazario me hablaba dos o tres veces por semana, siempre alegre y bromista. Un día me invitó al estreno de una comedia de Carballido en el teatro Juan Ruiz de Alarcón, donde él interpretaba un papel secundario. Antes de salir me tomé dos lexotanes con whisky, porque me ponía muy tenso ver a la gente de la farándula y soportar sus preguntas de doble filo: ¿De veras te retiraste? ¿Por qué ya no trabajas? ¿Es cierto que eres multimillonario? Cuando se abrió el telón tuve ganas de estar con mi compadre en el escenario haciendo reír a la gente. Repetí en voz baja los diálogos de todos los actores, corrigiendo en la mente sus inflexiones de voz, y a la hora de los aplausos, por acto reflejo, incliné la cabeza en señal de agradecimiento.

No quise quedarme al coctel por temor a mi agresividad etílica. Sin responder saludos salí del teatro y subí a mi nuevo Mercedes color platino, con vidrios blindados a prueba de bazukazos. En medio de un aguacero tomé la carretera al Ajusco. No iba a ninguna parte, solo quería retrasar el regreso a casa. Metido en mi piel, Thor me ordenaba correr sin cadenas, saltar la reja del patio trasero para escapar del olor a excremento. En un rápido montaje de evocaciones, recordé las ceremonias en que había sido premiado por críticos y periodistas, mis giras triunfales por Sudamérica, las carcajadas del staff cuando improvisaba un chiste fuera del libreto. Había perdido mi eje de rotación, la energía espiritual para oponerme a la ley de la inercia. No sé si fue un descuido o un fugaz coqueteo con la muerte, pero al ver las luces del tráiler que venía rebasando en curva tardé una fracción de segundo en girar el volante. Cuando recobré las ganas de vivir ya iba dando tumbos hacia un precipicio.

Desde entonces me han hecho cuatro operaciones en la espina dorsal y todavía no puedo mover las piernas. Llevo seis meses internado en una clínica de Houston y no tengo para cuándo salir. Los médicos me aseguran que podré caminar con muletas, pero yo estoy resignado a la parálisis, porque no tengo voluntad para hacer ejercicios ni levantar pesas con el empuje. Todos mis gastos corren por cuenta de la empresa, que ahora me dedica compasivos reportajes en sus noticieros. A buena hora se acuerdan de mí. Por lo menos he resuelto el misterio de mis contratos, pues al fin tuve una entrevista con mi ambiguo benefactor. La semana pasada los noticieros anunciaron que don Gabriel padecía un cáncer pulmonar agudo y estaba internado en este mismo sanatorio. Averigüé su número de cuarto en la recepción y a la hora de mi paseo en silla de ruedas pedí a la enfermera que me llevara al noveno piso, donde están las habitaciones de lujo, ocupadas por magnates petroleros, jeques árabes y presidentes de repúblicas bananeras. Nadie me impidió el paso a su cuarto. Era lógico: a las puertas de la muerte, los guaruras ya no sirven de mucho. Con la tez amarillenta y los brazos reducidos a hilachos, don Gabriel apenas podía respirar con ayuda de un aparato que le

sacaba las flemas. Las radiaciones habían arrasado su magnífica melena plateada. Conservaba, sin embargo, la mirada de halcón que siempre me hizo tartamudear ante su presencia. Al reconocermelo no mostró sorpresa, como si adivinara el viejo reproche que tenía enquistado en el alma. Inclinéme en la silla le murmuré al oído:

—¿Por qué me dio unas vacaciones tan largas?

—Quería que te sintieras como yo —don Gabriel soltó una risilla amarga—. Siempre le tuve envidia a la clase trabajadora.

TESORO VIVIENTE

a José Agustín

Atorada en un párrafo de sintaxis abstrusa, con varias cláusulas subordinadas que no sabía cómo rematar, Amélie trató de ordenar su borbotón de ideas para convertirlo en sustancia verbal. Se había encerrado en un callejón sin salida, ¿pero no era en esas encrucijadas donde comenzaba la vida del lenguaje? Necesitaba encontrar el reverso del signo, el punto de confluencia entre la figuración y el sentido, pero ¿cómo lograrlo si las palabras que tenía en la punta de la lengua escapaban como liebres cuando trataba de vaciarlas en moldes nuevos? Tomó un sorbo de té negro y reescribió el párrafo desde el principio. Su error era querer imponer un orden al discurso en vez de abandonar el timón al capricho de la marea. Sí, necesitaba volar a ciegas, dejar que el viento la llevara de un espacio mental cerrado a otro abierto y luminoso, donde el alfabeto pudiera mudar de piel. Escribió un largo párrafo de un tirón, sin reparar en las cacofonías. El automatismo tenía un efecto liberador, de eso podía dar fe el mismo Dios, que al crear el mundo había hecho un colosal disparate. Pero cuando releyó la secuencia de frases caóticas en la pantalla del ordenador, encontró su estilo anticuado y ridículo. No podía descubrir el surrealismo en pleno siglo XXI: los lectores exigentes, los únicos que le importaban, la acusarían con razón de seguir una moda caduca. Oh, cielos, cuánto envidiaba a los autores de *best sellers* que podían escribir sin ningún pudor «Aline salió a la calle y tomó un taxi», como si Joyce nunca hubiera existido, como si Mallarmé no hubiese descubierto la oscura raíz de lo inexpresable. Para ella la escritura era un constante desafío, una búsqueda llena de riesgos y precipicios. Confiaba en la firmeza de su vocación, que las dificultades para publicar no habían quebrantado, pero le aterraba pensar que al final del camino tal vez sólo encontraría niebla y más niebla.

Para oxigenarse el cerebro fue a calentar otro té. De camino a la cocineta tropezó con un cenicero repleto de colillas que alguno de sus amigos había dejado sobre el parquet la noche anterior. Su minúsculo departamento estaba hecho un asco. Aun con la ventana abierta de par en par, el olor del hachís no se había dispersado, tal vez porque ya estaba adherido a los muebles y a las cortinas. Sobre el sofá alguien había derramado una copa de coñac, sin duda Virginie, que se había revolcado allí con su amante argelino. Si usaba el sofá para coger, por lo menos debía tener la decencia de no ensuciarlo. Limpió la mancha con un trapo, aliviada de no encontrar costras de semen seco. Al entrar en la cocineta, la pila de trastes con restos de comida le produjo náusea. Si no los lavaba pronto la casa se llenaría de moscas y cucarachas. Tal vez debería apagar el ordenador y continuar escribiendo cuando estuviera más lúcida. Nada mejor que el descanso contra el bloqueo creativo. De cualquier modo, la jornada de trabajo ya estaba perdida: no podía hacer prodigios de agilidad mental con una flecha atravesada en el cráneo después de una noche de juerga.

Tomó uno de los platos y lo comenzó a enjabonar. Era grato librarse por un momento del crítico implacable que la miraba por encima del hombro, insatisfecho siempre con su escritura. Pero el fregadero la obligaba a confrontarse consigo misma, algo que tampoco podía considerarse un placer. Pensó, como siempre, en su falta de amor. Los hombres que podían brindarle amistad inteligente y buena cama, le tenían pavor a cualquier compromiso, incluso al de vivir en unión libre. Había dejado de importarle que resultaran bisexuales o adictos a drogas duras, pues ya no aspiraba a encontrar un príncipe azul. El problema era su cobardía, su falta de carácter para enfrentar los retos de la vida en pareja. Volubles, egoístas, enemigos de cualquier previsión, como

si planear el futuro fuera empezar a morir, todos querían una libertad irrestricta para prolongar eternamente la adolescencia, y palidecían de terror apenas les hablaba de tener hijos. Hasta Jean Michel, que parecía tan maduro, y con quien había logrado establecer una verdadera complicidad, había desaparecido de un día para otro al darse cuenta de que su pasión «estaba degenerando en costumbre». Pamplinas: dos personas inteligentes nunca se aburren juntas. El problema de Jean Michel era que estaba demasiado inmerso en su neurosis para compartir el placer y el dolor con otra persona.

Cuando terminó de secar los trastes, Amélie puso a calentar el té en el horno de microondas. Al sacar la taza se quemó la yema del dedo anular. Mierda, le saldría una ampolla en el dedo que más usaba para escribir. Se untó mostaza en la quemadura y puso el concierto 21 para piano de Mozart. Necesitaba relajar los músculos, desprenderse del plomo que le pesaba en la espalda. Arrellanada en el sofá, encendió con unas pinzas la bacha más grande del cenicero y se la fumó de un tirón. En la adolescencia, la yerba la embrutecía; ahora en cambio le despejaba el cerebro. Ya tenía 32 años y su carne empezaba a perder elasticidad. Si no había encontrado un compañero estable y solidario en la flor de la juventud, tendría menos posibilidades de ser feliz cuando perdiera atractivos. Tal vez debería conocer hombres con menos sensibilidad y más aplomo: ingenieros, médicos, empleados de tiendas. Estaba demasiado encerrada en el medio intelectual, o más bien, en su oscura antesala, el vasto círculo de los aspirantes a obtener un sitio en el mundo del arte y las letras, un terreno pantanoso donde la hombría escaseaba tanto como el talento.

Los amigos que antes admiraba ahora le daban lástima. Serge, por ejemplo. Cuánta frustración destilaba en sus dictámenes hepáticos de libros y películas. La noche anterior había despedazado la última novela de Michel Houellebecq, de la que sólo leyó cien páginas, como si presentara cargos contra un hereje: mercenario, lo llamó, coleccionista de lugares comunes, falso valor inflado por la crítica filisteo. Claro, Houellebecq era el novelista de moda, la conciencia crítica más aguda de su generación, y él sólo había logrado publicar cuentos cortos, bastante insulsos por cierto, en revistas provincianas de ínfima clase. Serge, Yves, Margueritte, todos estaban cortados con la misma tijera: ninguno había trabajado con humildad y rigor en sus disciplinas, ninguno había producido una obra a la altura de su soberbia. Pretendían convertir su marginalidad en un timbre de gloria, como si no existiera también una marginalidad merecida: la de los diletantes que codician el prestigio cultural sin hacer nada por alcanzarlo. Y ella se estaba dejando arrastrar por la misma resaca, era doloroso pero necesario admitirlo. En tres semanas apenas había escrito seis cuartillas y por falta de una columna vertebral, su novela, si acaso podía llamarle así, tenía la flacidez amorfa de un molusco. Estiró el brazo para tomar el fajo de cuartillas y releyó algunos párrafos al azar. Nada le gustaba, salvo el título: Alto vacío, una imagen polifuncional que expresaba su tentativa por crear un sistema de ecos, una red especular volcada sobre sí misma, y, al mismo tiempo, la angustia de una mujer enfrentada con el desamor. Se había propuesto una empresa titánica: crear una poética de la desolación. Pero temía que el desafío fuera superior a sus fuerzas. Para descomponer la desolación en un prisma de sensaciones, primero necesitaba sobreponerse a ella, pues no podría objetivar la experiencia del dolor mientras lo sintiera clavado en el cuerpo, mientras se rodeara de gusanos resentidos que ni siquiera tenían humor y grandeza para asumir el fracaso; mientras cada mañana tomara su puesto en el engranaje de la frustración colectiva, como todos los fantasmas hacinados en los andenes del Metro, y volviera del liceo cansada y marchita, con el alma enteca por la ausencia de un pecho varonil donde reclinar la cabeza.

¡Oh, Dios! ¡Si al menos tuviera el valor de romper con todo!

Empezaba a sollozar cuando sonó el teléfono.

—¿Aló?

—Soy yo, Virginie.

—Óyeme, perra. Tú y tu amigo me dejaron el sofá asqueroso.

—Perdóname, son los transportes de la pasión.

—Es la última vez que me traes un amante a la casa. La próxima vez los echo a patadas.

—De ahora en adelante voy a portarme bien, te lo juro. Pero escucha, mi cielo, para quitarte el enojo te voy a dar una buena noticia. ¿Todavía quieres largarte de Francia?

—Más que nunca —suspiró Amélie.

—Pues ha llegado tu oportunidad. ¿Sabes lo que es la ACCT?

—Ni idea.

—Es una asociación dirigida por un grupo de damas católicas, que se encarga de difundir en Europa la cultura de los países africanos.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—La agencia publica una revista mensual que se llama Notre librairie. Cada número está dedicado a un país diferente, y están buscando un especialista que escriba una monografía sobre la literatura de Tekendogo.

—¿Tekendogo? ¿Y eso dónde queda?

—Es un pequeño país del Ártica Ecuatorial. La asociación costea el viaje y los gastos del investigador por un año. Mi amigo Fayad, el que llevé anoche a tu casa, trabaja en la ACCT y cree que puedes obtener la plaza fácilmente.

—¿Estás loca? Jamás he leído a ningún escritor de Tekendogo.

—Ni tú ni nadie. Por eso es fácil que te den el trabajo. Sólo tienes que presentarte como experta en literatura africana y mostrar a la directora tu currículum académico. Lo demás corre por cuenta de Fayad. Él se encarga de publicar la convocatoria en la red, pero nos hará el favor de mantenerla oculta para que no tengas competidores. Serás la única aspirante, Amélie, todo está arreglado a tu favor.

—¿Pero qué voy a hacer un año entero refundida en el culo del mundo?

—¿No decías que estabas harta de París, que necesitabas abrirte ventanas y escapar de tu asfixiante rutina?

—Es cierto, pero no podría vivir en Tekendogo. Si me deprimó en París, allá sola me pego un tiro.

—Piénsalo bien, Amélie. Es una buena oportunidad para que dejes las clases y las reseñas de libros. Resolverías tu problema económico y podrías dedicarte de lleno a escribir lo tuyo.

—Por ese lado no está mal, pero tengo miedo de aburrirme —por el tono de Amélie, Virginie se dio cuenta de que empezaba a flaquear.

—¿Aburrirte en el paraíso? No digas estupideces. Para una mujer que trabaja con la imaginación, vivir en África puede ser una experiencia fabulosa. ¿O crees que Karen Blixen se haya aburrido en Kenia? Imagina lo que te espera: la naturaleza salvaje al alcance de la mano, paseos en elefante,

maravillosas puestas de sol, las danzas exóticas y los ritos mágicos de las tribus, el contacto vivificante con una cultura primitiva. ¿Quieres renunciar a todo eso?

—No estoy segura, déjame pensarlo un poco.

—Tenemos el tiempo encima, es ahora o nunca. Por si no lo sabes, en Tekendogo están los negros más guapos de Ártica. Son altos, esbeltos, y muy bien dotados. Se mueren de amor por las europeas y una erección les puede durar media hora. Además, en cualquier esquina te venden mariguana de la mejor calidad...

—Bueno, tal vez valga la pena hacer el intento. ¿Dónde queda la agencia?

Para no llegar a la entrevista con la mente en blanco, buscó información sobre Tekendogo en la página de Internet de Le Monde Diplomatique. Con cinco millones de habitantes y una deuda externa que absorbía 80 por ciento del producto interno bruto, Tekendogo era el país más pobre del conglomerado de naciones que antiguamente formaron el África Occidental Francesa. Situada al sur del Sahara y al norte de los países ribereños del Golfo de Guinea, la joven república no tenía salida al mar, circunstancia poco favorable para el desarrollo de la economía. Por falta de trabajo, la mayoría de la población activa emigraba en tiempo de secas a las plantaciones cafetaleras de Ghana y Costa de Marfil. Desde la proclamación de su independencia, en 1960, el gobierno estaba en manos de una dictadura militar con ropaje democrático y civilista. El Comité Militar de Redención, encabezado por el dictador Koyaga Bakuku, se escudaba tras la servil Asamblea del Pueblo, compuesta en su totalidad por diputados adictos al régimen, para reprimir salvajemente el menor brote de disidencia y otorgar concesiones a las compañías extractoras de bauxita y zinc. En lengua malinké Tekendogo significaba «país de la honestidad», nombre paradójico para una nación cuyos gobernantes disponían a su antojo de los fondos públicos. La hostilidad entre los principales grupos étnicos del país —malinkés, mandingos, fulbés, mambaras— era motivo de constantes guerras civiles. Salvo la minoría islámica concentrada en la capital del país, Yatenga, la mayor parte de la población profesaba religiones animistas. Debido a la falta de drenaje y al deplorable sistema de salud pública, el país tenía elevados índices de mortandad. Según cálculos de la Organización Mundial de la Salud, más de 15 por ciento de la población estaba enferma de sida. La hambruna llegaba a tal extremo que cuando un sidoso moría, su familia no lamentaba la pérdida del ser querido, sino el fin de la ración alimenticia que le asignaba el Estado.

«Virginie quiere mandarme al infierno», pensó Amélie al apagar el ordenador. En Tekendogo no existían las condiciones elementales para el desarrollo de una literatura. Si la ACCT quería ayudar en algo a ese desdichado país, debería enviarle medicinas y víveres, no gente de letras. Pero tal vez pudiese atemperar el carácter frívolo de su misión, pensó, realizando labores de servicio social que dejaran algún beneficio al pueblo de Tekendogo. En la adolescencia, cuando militaba en organizaciones de izquierda, se había encargado de brindar asesoría legal y apoyo económico a los inmigrantes magrebíes. Ya era tiempo de recuperar ese impulso generoso y tenderle los brazos al prójimo, para escapar de la cárcel autista donde se estaba volviendo loca.

Entusiasmada por la posibilidad de darle un giro crucial a su vida, al día siguiente salió a buscar números atrasados de Notre Librairie en las librerías de Montparnasse y el Barrio Latino. Solo encontró los tres últimos, pero su lectura le bastó para hacerse una idea bastante clara de lo que hallaría en Tekendogo: un páramo literario donde quizá hubiese un pequeño grupo de aspirantes a escritores sin oportunidades de publicar. Con monótona insistencia, los autores entrevistados salmodiaban la misma queja: los libros se vendían poco en Ártica por la razón esencial de que la

vida comunitaria no favorecía el acto de leer. Aun en los países con exitosos programas de alfabetización, era inconcebible que un individuo pudiera absorberse en una lectura esencialmente solitaria. Por consecuencia, las tentativas de subsidiar la industria del libro en países como Camerún, Senegal y Togo habían terminado en la bancarrota de las editoriales públicas. Privados del contacto con los destinatarios reales de sus obras, los pocos autores que lograban publicar en Francia debían enfrentarse a un público indiferente y hostil, con una idea muy equivocada de la cultura africana. Amélie compartía esa indiferencia y los lamentos de los escritores no la conmovieron demasiado, pues le parecía que las editoriales francesas publicaban autores africanos para darse baños de corrección política. Y si bien era propensa a la filantropía, como lectora no acostumbraba hacer obras de caridad. De cualquier modo, leería con atención a los escritores de Tekendogo y redactaría el informe en términos benévolos, para no desentonar con el paternalismo condescendiente de la revista.

La directora de la ACCT, Jacqueline Peschard, una dama entrada en los cincuenta, de traje sastre y pelo corto rojizo, la recibió con calidez en su oficina de la Plaza de Saint Sulpice, decorada con máscaras, lanzas y penachos de danzantes. Había leído su currículum y pensaba que era la persona idónea para el puesto, pero necesitaba hacerle algunas preguntas:

—¿Conoce usted Tekendogo?

—Sí —mintió Amélie, aleccionada por Virginie—. Mi padre era ingeniero metalúrgico y su compañía lo envió a trabajar allá cuando yo era una niña. Vivimos seis años en Yatenga. Fue la época más feliz de mi vida.

—¿Aprendió alguna de las lenguas nativas?

—Un poco de malinké, pero lo he olvidado.

—Bueno, eso no importa. Sólo queremos que estudie la literatura escrita en francés. Dígame, señorita Blehaut, ¿qué la motiva para hacer este viaje?

—Reencontrarme con mis raíces, ampliar mis horizontes...

La señora Peschard sonrió en señal de aprobación. Era exactamente la respuesta que esperaba, pensó Amélie.

—¿Milita usted en alguna organización política?

—No, sólo me interesa la literatura.

—Me alegra mucho. Una de las normas de nuestra agencia es no intervenir en los asuntos internos de los países africanos. Nuestros investigadores trabajan en estrecho contacto con los ministerios culturales de los países que visitan, y por ningún motivo deben participar en actividades políticas.

—No se preocupe, no tendrá ninguna queja de mí.

—Correcto —la señora Peschard cerró la carpeta—. Dentro de poco le comunicaremos la decisión de nuestro patronato. Pero se trata de un mero formalismo: desde ahora puedo asegurarle que usted será la elegida.

Al recibir el telegrama de aceptación, se puso de acuerdo con una compañera del liceo para dejarle el departamento por un año. Con una llamada telefónica a su madre quedó resuelto el trámite de dar aviso a la familia. Sin despedirse de sus amistades nocivas, que deseaba abandonar para siempre, tomó el taxi al aeropuerto con tres gruesas maletas y una computadora portátil, recién comprada en Carrefour, con la que pensaba terminar su novela inconclusa. Por la insignificancia

comercial de Tekendogo, Air France no volaba a Yatenga y tuvo que hacer escala en Abidján, la capital de Costa de Marfil, para conectar un vuelo de Teken Air, la aerolínea del gobierno tekendogués que comunicaba a las dos ciudades. En el aeropuerto de Abidján se dio el primer frentazo con la barbarie africana: tras una larga espera en la sala del aeropuerto, un cuartucho mal ventilado, con incómodas bancas de acrílico, el representante de Teken Air, un gordo de talante autoritario, bañado en el sudor torrencial de los negros, informó a los pasajeros que por desperfectos de su aeronave, el vuelo a Yatenga se cancelaba hasta nuevo aviso.

—¿Pero cuánto tiempo tendremos que esperar? —lo interpelló Amélie.

El gordo se encogió de hombros.

—Eso depende de los mecánicos. Pueden ser dos horas o dos semanas, nunca se sabe.

Amélie observó desde lejos el avión —un desecho de la Segunda Guerra Mundial, con motores de hélice y fuselaje abollado—, que rodaba lentamente hacia el hangar de reparaciones. Ni muerta se arriesgaría a volar en ese cacharro. Exigió que le devolvieran el importe de su boleto, y con ayuda de un maletero tomó un bicitaxi hacia la estación de trenes, en el otro extremo de Abidján. El viaje en ferrocarril a Yatenga duraba 16 horas, le advirtió la mujer de la ventanilla. Por fortuna, con el dinero recuperado pudo pagarse un reservado en primera clase, a prudente distancia de las ruidosas familias de campesinos que subían al tren con chivos y gallinas de Guinea. En las primeras horas de viaje se deleitó con la tupida vegetación y el aire balsámico de la jungla. Flotaba en la atmósfera una promesa de sensualidad que le abrió los poros de la piel, como si el tren la llevara rumbo a los orígenes de la vida. Su sensación de ligereza no tenía nada que ver con el falso bienestar inducido por las drogas: esto era un vuelo sin nebulosas, un verdadero desafío a la ley de la gravedad. Solo cayó a la dura corteza terrestre cuando el tren hizo su primera parada en territorio de Tekendogo. Entre el enjambre de negras robustas con huacales al hombro que se acercaron a ofrecerle calabazas con vino de palma, ñame cocido y dulces secos, observó cuadros esperpénticos dignos de figurar en un museo del horror: mendigos de mirada lúgubre con la piel roída por las erupciones del pián, una adolescente con un enorme bocio en el cuello, ramerías desdentadas con argollas en los pezones, niños famélicos con el esqueleto dibujado bajo la piel bebiendo agua en un charco pútrido. Pero esto es una aldea, pensó para tranquilizarse, Yatenga debe ser un sitio más habitable.

Durmió arrullada por el traqueteo del tren, y al abrir los ojos, la cortina verde de los manglares había sido reemplazada por las planicies de la sabana. El calor aquí era más seco, pero la atmósfera más nítida, como si la luz se limpiara de impurezas al atravesar el tamiz del cielo. Para aplacar el hambre sacó de su bolso un trozo de ñame cocido comprado la víspera en la aldea de Kamoe. No había fieras a la vista —seguramente las ahuyentaba el ferrocarril—, solo avestruces contemplativas y manadas de antílopes que levantaban grandes polvaredas en el horizonte. Qué soberbia era la naturaleza cuando no la ensuciaban las huellas del hombre. Pero de una estación a otra, conforme el tren se acercaba a la capital, las llagas de la miseria se iban mostrando con mayor crudeza. La gente del campo vivía en el paleolítico, sin agua ni electricidad, apeñuscada en chozas de palma, defecando en fosas sépticas atestadas de moscas, a merced de cualquier inundación, de cualquier epidemia, sin más medios de subsistencia que sus aperos de labranza y sus animales domésticos. Ni siquiera se les podía considerar explotados, pues no había fábricas o empresas agrícolas en 100 kilómetros a la redonda: simplemente estaban fuera de la aldea global, fuera del siglo en que vivían, como si Tekendogo girara en sentido inverso a la rotación del planeta. El hombre aquí era una bestia degradada: la civilización le había quitado la dignidad del guerrero salvaje, su orgullo de cazador autosuficiente, sin darle siquiera unas migajas de bienestar.

Llegó a Yatenga con un acre sentimiento de culpa. Para sustraerse al engranaje de la injusticia, rechazó la ayuda de los parias que se abalanzaron a cargarle las maletas y prefirió llevarlas sola con grandes esfuerzos. La liberación de esa pobre gente sólo llegaría cuando abandonara sus hábitos serviles, cuando comprendiera que no debía humillarse ante ningún europeo. En la cartera llevaba la dirección del hotel que la ACCT le había reservado por quince días, mientras encontraba un departamento decente, pero antes de tomar el taxi necesitaba cambiar sus francos por daifas, la moneda nacional de Tekendogo.

Buscaba entre el gentío una casa de cambio, arrastrando lentamente su pesado equipaje, cuando vio un fotomural luminoso de dos metros de altura, en el que un negro maduro de lentes redondos y cabello entrecano, vestido con túnica blanca, escribía a lápiz en un estudio repleto de libros, iluminado con claroscuros expresionistas. Al pie de la foto, la sobria carátula de un libro, acompañada de un texto lacónico: «*Lejos del polvo*, la nueva novela de Macledio Ubassa, tesoro viviente». ¿De modo que en Tekendogo había una industria editorial con suficiente poder económico para lanzar novelas con anuncios espectaculares? Lo más extraño era el lugar de la estación elegido para colocar esa propaganda. Al pie del fotomural, hacinados en el suelo por falta de bancas, entre cestas de frutas, lechones y perros callejeros, esperaban el próximo tren ancianos harapientos, niños desnutridos con costras de mugre en el pelo y mujeres preñadas cubiertas de pústulas. Ninguno de ellos tenía un libro en la mano. Tampoco los pasajeros de primera clase, sentados en una salita contigua, que vestían a la europea y parecían gente mejor educada, pero sólo leían historietas y periódicos deportivos. De cualquier modo, le alegró saber que Tekendogo era un país donde se daba importancia a las letras. La riqueza cultural de un pueblo no siempre dependía de su desarrollo económico. El talento podía florecer en las condiciones más precarias y si tenía la fortuna de descubrir escritores valiosos, quizá contribuyera en algo a sacarlos de su terrible aislamiento.

Cuando por fin pudo cambiar sus francos, tomó un taxi al hotel Radisson, la clásica torre de vidrio espejo que el imperialismo erige en las capitales del Tercer Mundo como grosera señal de supremacía, sin consideración alguna por la arquitectura autóctona. Aún con el aire acondicionado hasta el tope, su cuarto era un baño sauna. Un duchazo de agua fría le aflojó los músculos del cuello, entumidos por las tensiones del viaje. Cuando terminó de colgar su ropa, se tendió desnuda en la cama y echó un vistazo al televisor. Quería mantenerse despierta hasta las once de la noche, para amortiguar el pequeño jet lag y acostumbrarse pronto a su nuevo horario. Tras un breve jugueteo con el control remoto, descubrió con sorpresa un canal cultural. En un estudio decorado con muebles futuristas que le recordó la escenografía del programa *Apostrophe*, una negra entrada en carnes, semicubierta por un taparrabos, el rostro pintado con caolín rojo y blanco, respondía las preguntas de un entrevistador joven que le dispensaba un trato reverencial, como un acólito frente al Santo Papa.

—Díganos, señora Labogu, ¿cuál es la función del escritor en las sociedades africanas?

—Primero que nada, tender puentes que contribuyan a preservar nuestra identidad. La negritud es la mixtura creadora, el mestizaje gozoso de las herencias culturales. Yo he querido abrir brechas con una escritura abierta a todas las peculiaridades lingüísticas, a todas las vertientes de lo imaginario.

—Háblenos de su nuevo libro de poemas, *Música de viento*.

—Pues mire usted —Labogu exhaló el humo de su cigarrillo—, en este libro he querido volver a las fuentes de la vida, que son también las fuentes de la palabra. Yo me crie en las montañas y,

desde niña, el cálido soplo del harmatán me enseñó que la palabra es viento articulado, una fuerza que el poeta debe interiorizar para devolverla al cosmos, transustanciada en canto.

—Me están indicando que debemos hacer una pausa —la interrumpió el conductor, apenado—, pero en unos momentos más continuaremos nuestra charla con la poeta Nadjega Labogu, tesoro viviente.

Amélie anotó su nombre en una libreta, junto con el de Macledio Ubassa, para comprar sus libros a la primera oportunidad. Le hubiera gustado terminar de ver la entrevista, pero el sueño la venció en mitad del corte comercial. Durmió de un tirón hasta el amanecer, como no lo hacía desde niña, y después de un desayuno ligero, pidió al recepcionista un mapa de Yatenga.

—¿Me podría señalar dónde queda el Ministerio de Cultura?

El empleado le señaló un punto del mapa relativamente cercano, a diez cuadras en dirección poniente. Había un taxi en la puerta del hotel, pero prefirió hacer el recorrido a pie para empezar a conocer la ciudad. La zona hotelera, de amplias calles adoquinadas, pletóricas de restaurantes y tiendas de artesanías con rótulos en inglés y francés, le pareció una alhaja de bisutería, una burda imitación de las capitales europeas. Primero muerta que vivir ahí, ella quería ver la realidad escondida tras los decorados, trabar contacto con el África profunda. Al llegar al ministerio explicó el motivo de su visita al ujier de la entrada, que la remitió con Ikabu Luenda, subjefe de Relaciones Internacionales. Breve antesala en una lujosa recepción con finos tapetes, cuadros originales de artistas locales y una monumental araña colgando del techo. Luenda era un funcionario distinguido con maneras de dandí, que despedía un intenso olor a lavanda inglesa.

—Me llamo Amélie Blehaut y vengo a una misión cultural patrocinada por la ACCT —se presentó—. La señora Jacqueline Peschard me pidió que entregara mi proyecto de trabajo a las autoridades del ministerio.

—Ah sí, la esperábamos desde ayer.

—Luenda le ofreció una silla—. Creo que ya nos conocíamos: usted asistió al Coloquio de Literaturas Francófonas de Nimes en el 95, ¿no es cierto?

—Sí, estuve ahí —mintió Amélie—. Pero me presentaron a tanta gente que tengo los recuerdos borrados.

—La comprendo, para los blancos todos los negros somos iguales —bromeó Luenda y Amélie soltó una risilla nerviosa—. La presentación de su proyecto es una mera formalidad. Solo nos interesa saber en qué podemos servirle.

—Bueno, quisiera buscar un departamento en las afueras de la ciudad y tomar clases de malinké con un maestro particular.

—Eso es fácil de conseguir. —Luenda llamó a su secretaria por el interfón—. Por favor, tráigame una lista de maestros de idiomas, y la sección de anuncios clasificados del periódico. ¿Se le ofrece algo más?

—Sólo tengo una pregunta: ¿me podría explicar qué es un tesoro viviente?

—Es el título honorífico de nuestros artistas más destacados. —Luenda se aclaró la voz y adoptó un tono pedagógico—. Por instrucciones del excelentísimo general Bakuku, hace 20 años la Asamblea del Pueblo promulgó un decreto para proteger la obra y la persona de nuestros grandes talentos en el campo de la pintura, la música, la danza y las letras. Un tesoro viviente recibe una

generosa pensión del Estado que le permite vivir con holgura, y a cambio de ese apoyo debe entregar sus obras al pueblo.

—¿Cuántos tesoros vivientes hay?

—Alrededor de 50. Cuando un tesoro muere se reúne el consejo de premiación, encabezado por el general Bakuku, y nombra a un sucesor del difunto.

Salió del ministerio con un grato sabor de boca. Tekendogo podía ser un país atrasado, pero en materia de mecenazgo público estaba dando una lección a los roñosos gobiernos de las grandes potencias, que recortaban sin piedad el presupuesto para las actividades culturales. Por lo menos aquí la literatura no estaba sujeta a la demencial tiranía del mercado y el artista podía ejercer su vocación sin presiones económicas. De camino al hotel, a dos cuadras del ministerio, se topó con la librería La Pléiade, que exhibía en su vitrina, entre otras novedades, los libros más recientes de Mactedio Ubassa y Nadjega Labogu. Quiso entrar a comprarlos, pero la puerta estaba cerrada. Eran las once de la mañana y todos los comercios de la calle hervían de clientes. ¿Estarían remodelando el local? Por lo que alcanzaba a ver a través del cristal, no había gente trabajando en el interior. Pero en fin, ya tendría tiempo de sobra para comprar libros. Por ahora lo que más le importaba era encontrar un departamento.

Lo halló una semana después en el populoso barrio de Kumasi, enfrente de un mercado al aire libre donde se congregaban merolicos, encantadores de víboras, mendigos inválidos y niños que escupían fuego. En el mercado contrató a un trabajador mil usos que por 50 daifas se encargó de encalar las paredes y destapar los caños azolvados. Tener agua potable era un lujo en esa parte de la ciudad, donde la mayoría de la gente acarreaba tambos desde el lejano pozo de Tindemo. No había agua para beber, pero el agua de las lluvias se estancaba en charcos oceánicos que la gente vadeaba caminando sobre ladrillos y piedras. La falta de drenaje, según supo después, cuando empezó a familiarizarse con sus vecinos, era la principal causa de mortandad infantil. Desde los años ochenta, el supremo gobierno les había prometido extender la red de tuberías pero las obras se aplazaban siempre con diversos pretextos. El dispensario móvil que atendía a los enfermos de disentería no pasaba muy a menudo, y con frecuencia los niños morían deshidratados por falta de suero.

La gente del pueblo apenas sí chapurreaba el francés, a pesar de ser la lengua oficial que se enseñaba en la escuela. Si quería hacer labores de servicio social —como le exigía su conciencia— necesitaba vencer la barrera del idioma. Revisó la lista de maestros que le había proporcionado Luenda y concertó una cita con el profesor Sangoulé Limaza, quien debía de ser una lumbrera a juzgar por su currículum abreviado, pues además de malinké hablaba los dialectos touareg, haoussa, bamileke y kirdi. Esperaba a un carcamal de cabello blanco, y al abrir la puerta sufrió una grata conmoción: joven y fuerte como un potro salvaje, con largas piernas y ojos color ámbar que hacían un perfecto contraste con su piel de ébano, Sangoulé era un regalo de los dioses. Llevaba arracada en la oreja, una playera de futbolista ceñida a sus férreos pectorales y el pelo en mangueras, como los rastafaris jamaíquinos. No era prognato, como la mayoría de los africanos, ni sus rasgos faciales correspondían al fenotipo de los malinkés —labios gruesos, nariz ancha, pómulos salientes—, pues como le explicó esa misma tarde, su tatarabuelo había sido un colonizador portugués que contrajo matrimonio con una aborígen. Era, pues, un glorioso producto del mestizaje, y durante la clase de malinké, Amélie lo contempló con moroso deleite, sin retener una sola palabra de la lección.

—Hasta el próximo jueves —dijo al despedirse, y la nieve de su sonrisa la quemó por dentro.

—Mejor venga mañana —corrigió Amélie—. Lo he pensado mejor y creo que me conviene tomar clases a diario, para avanzar más deprisa.

Al día siguiente compró una botella de vino blanco en una tienda para turistas, y cuando terminaron la clase le ofreció una copa.

—Si nos vamos a ver tan seguido será mejor que rompamos el hielo, ¿no te parece?

Sangoulé asintió con timidez y a petición de Amélie habló de sus orígenes y expectativas. Miembro de una tribu nómada, los ogombosho, de niño había recorrido con sus padres la costa oeste africana, aprendiendo las diferentes lenguas de cada región. No había asistido a la escuela hasta los doce años, cuando su familia se asentó en Yatenga. Tenía la mente despierta y aprendió el francés con gran facilidad.

En el segundo año del liceo, la muerte de su padre lo había obligado a abandonar los estudios para contribuir al gasto familiar. Desde entonces dividía su tiempo entre las clases de idiomas y su verdadera pasión, la música. Era percusionista en un grupo de rock alternativo, Donosoma, que trataba de fusionar los ritmos occidentales con los aires populares de la región. Por cierto, el viernes se presentaban en un café concert del centro de la ciudad. ¿No quería honrarlo con su asistencia?

—El honor será mío —se entusiasmó Amélie—, la música africana me encanta.

El café concert resultó una humilde barraca iluminada con macilentas luces de neón, donde medio millar de jóvenes negros, apretados codo con codo, pugnaban por acercarse a la barra donde se vendía cerveza de mijo. Empezaba a sentir claustrofobia cuando el grupo Donosoma salió al estrado. Con una túnica multicolor y un gorro dorado, Sangoulé irradiaba sensualidad, y a juzgar por los gritos histéricos de las muchachas, no era la única mujer ansiosa por conquistarlo. Sostenía entre las rodillas un yembé que golpeaba cadenciosamente con los ojos cerrados, como en estado de trance. Quién fuera ese tambor, pensó, para estar anudada en sus piernas. Al terminar la tocada, cuando la gente abandonó la barraca, Amélie se abrió paso por detrás de los bastidores, hasta llegar al camerino donde los músicos tomaban cerveza, refrescados por la brisa de un ventilador. Sangoulé sudaba a chorros pero eso no le impidió abrazarlo.

—Felicidades —dijo—, tu grupo sería una sensación en París —y al empaparse con el sudor de su cuello sintió en la piel una lluvia de alfileres.

Un ramillete de negras rodeaba a los miembros del grupo, y ante la perfección de sus cuerpos se sintió en desventaja. Pero la competencia dejó de inquietarle cuando Sangoulé la sentó a su lado y notó el ardiente interés con que la miraban los demás músicos. Les gusto porque soy europea, pensó, aquí la piel blanca se cotiza muy por encima de su valor. Empezaron a circular los canutos de mariguana y al tomar el que le ofreció Sangoulé, se demoró adrede para acariciar sus dedos. Los músicos hablaban una jerga híbrida, mitad francés, mitad malinké. No entendía una palabra ni podía concentrarse en la charla, porque su atención estaba fija en los movimientos de Sangoulé, que al encender el segundo cigarro le pasó el brazo por la cintura, como para disuadir a los demás cazadores de disputarle la presa.

A partir de entonces, Amélie sólo se mantuvo anclada a la realidad por el sentido del tacto, mientras su imaginación flotaba en el éter. No hizo falta una declaración de amor. Salieron a la calle sin despedirse de nadie, con la grosera autosuficiencia de los recién flechados, y a la luz de un farol se besaron hasta perder el aliento. Sangoulé quiso poseerla en el taxi. Por fortuna el trayecto fue corto y sólo había logrado desabotonarle la blusa cuando los carraspeos del taxista los obligaron a romper el abrazo. Al entrar al departamento fue Amélie quien pasó a la ofensiva, y de un limpio tirón le

quitó la túnica. El miembro de Sangoulé no era tan espectacular como había imaginado. Pero su vigor y su ternura en la cama, la sabiduría con que la fue llevando hasta un punto de ebullición, y la furia controlada de sus movimientos pélvicos, dentro y fuera, dentro y fuera, al ritmo del yembé que acababa de percutir en el escenario, la hicieron volver los ojos hacia adentro, como si encontrara por fin un puerto de anclaje. Oh, mi hermoso corcel de azabache, gritó en el vértigo del placer, y comprendió que hasta ese momento no había tenido verdaderos amantes, solo actores narcisistas, muñecos de paja con el instinto embotado por la neurosis.

Al amanecer lo invitó a vivir con ella y él aceptó sin hacerse del rogar, pues no soportaba dormir hacinado en la choza de su familia. A pesar de la diferencia de edades —Sangoulé solo tenía 24 años— y el choque de culturas, la comunicación entre los dos mejoró día tras día sin tropezar con ningún escollo. Invertidos los papeles de alumna y maestro, Amélie se propuso educarlo, y en poco tiempo logró despertarle el gusto por la lectura. Aun cuando le prestaba libros difíciles —La parte maldita de Georges Bataille, *Vidas minúsculas* de Pierre Michon, *La espuma de los días* de Boris Vian—, que exigían un intelecto superior al del lector común, Sangoulé los asimilaba con relativa facilidad. No comprendía algunas palabras, pasaba por alto las alusiones cultas, pero hacía comentarios de una agudeza sorprendente para un iletrado. El aprendizaje fue recíproco, pues gracias a Sangoulé, Amélie pudo conocer desde adentro la cultura africana. Al mes de haber llegado a Tekendogo ya sabía diferenciar por su vestimenta a los principales grupos étnicos, regatear con las verduleras del mercado y cocinar platillos regionales como el moin moin (puré de alubias cocido al vapor) y la eba (puré de harina de mandioca) con los que agasajaba a Sangoulé cuando volvía fatigado por sus arduas jornadas de clases. Entre las ocupaciones domésticas, los conciertos sabatinos del grupo Donosoma y los paseos idílicos por la ribera del lago Ugadul, donde hacían el amor a la sombra de las araucarias, Amélie olvidó por completo que había viajado desde Francia para estudiar la literatura de Tekendogo. Solo reparó en su negligencia cuando los diarios anunciaron la magna presentación de la novela *Interludio estival*, del tesoro viviente Momo Tiécoura.

Era una buena oportunidad para entrar en contacto con el medio literario y pidió a Sangoulé que la acompañara. Una vez terminados los elogios de los comentaristas, pensó de camino a la ceremonia, quizá tendría la oportunidad de acercarse al autor y pedirle una entrevista. Esperaba una mesa redonda entre amigos, pero la presentación del libro resultó ser un espectáculo de masas en un anfiteatro al aire libre, con una multitud de espectadores, la mayoría estudiantes de enseñanza media que guardaban una compostura marcial, intimidados quizá por la cercanía de los guardias con metralletas que formaban valla entre el escenario y el graderío. En el palco de honor, el dictador Koyaga Bakuku y los miembros de su Estado Mayor presidían el acto con sus uniformes de gala, tiesos como estacas.

De entrada, la presencia de militares armados en un acto cultural le pareció repugnante. Pero lo que más la impresionó fue el carácter litúrgico de la ceremonia. Cubierto con una piel de leopardo, en la mano un bastón de marfil con puño de oro macizo, el tesoro viviente Momo Tiécoura salió a escena escoltado por un grupo de bailarinas semidesnudas, y se colocó en el centro del proscenio, donde había una jofaina llena de agua. Sin mirarlo nunca a los ojos, las bailarinas le lavaron los pies. Terminada la tarea bebieron el agua de la jofaina y se retiraron de la escena haciéndole caravanas. Las reemplazó un grupo de varones con máscaras totémicas. Entre gritos de guerra levantaron en vilo a Tiécoura y lo llevaron hasta el árbol mantequero que sombreaba el lado derecho del escenario.

—Es el árbol de la palabra —le explicó Sangoulé—. Ahora dará gracias a los dioses por el poder que le dieron para escribir la novela.

En efecto, Momo se arrodilló frente al árbol y besó sus prominentes raíces. Reaparecieron en escena las bailarinas, ahora con túnicas de gasa, cargando un relicario de cristal con el libro empastado en piel. Momo cogió la urna, y por una escalinata alfombrada subió al palco de Koyaga Bakuku, a quien ofrendó el libro con una caravana. Hubo un redoble de tambores, el dictador se puso de pie y alzó el libro como un trofeo. «Hoy nos hemos reunido para fortalecer nuestra identidad nacional —exclamó en francés—. ¡Larga vida al tesoro viviente Momo Tiécoura! ¡Que los dioses bendigan los frutos de su talento!». Y como impulsados por un resorte, los estudiantes prorrumpieron en aplausos y aclamaciones.

De vuelta en casa, Amélie pidió a Sangoulé que le explicara el simbolismo de la ceremonia.

—Es una tradición muy antigua, que se ha conservado desde el tiempo de los griots, los poetas que componían los cantos de guerra en las tribus de cazadores. Ahora los escritores ocupan el lugar de los griots, pero en vez de entonar himnos, presentan su libro a la autoridad.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Me lo enseñaron en la escuela.

—¿Tenías que leer todos los libros de los tesoros vivientes?

—No, solo asistíamos a las ceremonias y las maestras nos daban un resumen del libro.

Con razón había tanta gente, pensó Amélie: los estudiantes asistieron bajo coerción, y a una señal de sus profesores aplaudieron como perros amaestrados. Esa noche, mientras velaba el sueño de Sangoulé, analizó el trasfondo político del acto. Si bien la pantomima revestía interés antropológico, el papel protagónico del dictador reflejaba su afán de legitimarse a costa de los artistas, de utilizar la cultura como una plataforma de lucimiento. Como todos los tiranos, Bakuku había logrado convertir la frágil identidad nacional en un objeto de opresión. El supuesto esplendor artístico y literario de Tekendogo lo ayudaba a mantenerse en el poder tanto como los tanques o los cañones. Pero no debía prejuzgar a los escritores locales sin haberlos leído, y al día siguiente acudió a la librería La Pléiade, la única que había visto en la ciudad, para conseguir el libro de Momo Tiécoura. Esta vez encontró el lugar abierto. En el escaparate se exhibía un ejemplar de *Interludio estival*, pero cuando pidió la novela, el dependiente la miró con perplejidad.

—Ese libro está agotado —tartamudeó.

—No puede ser, lo presentaron ayer y hay un ejemplar en la vitrina.

—Es el único que tenemos.

—Pues véndamelo.

—Por órdenes superiores, tengo prohibido vender los libros en exhibición —se disculpó el vendedor, las sienes perladas de sudor nervioso.

—¿Tiene *Lejos del polvo*, de Macledio Ubassa?

—También se agotó.

—Necesito leer a los tesoros vivientes. Deme lo que tenga de ellos.

—Lo lamento, señorita, la editorial del Estado no nos ha surtido, pero tengo muchas novedades extranjeras —y señaló un anaquel con best sellers franceses.

—No quiero esa mierda —estalló—. Voy a presentar una queja en el Ministerio de Cultura.

El dependiente se encogió de hombros y Amélie salió a la calle con las mandíbulas trabadas. Por teléfono expuso su problema a Ikabu Luenda, que se disculpó a nombre del gobierno y le prometió hablar con el subdirector de publicaciones, responsable de distribuir los libros de los tesoros vivientes, para que le facilitara las obras solicitadas. Pero ni esa semana ni la siguiente recibió los libros. Atribuyó la tardanza al proverbial tortuguismo de las burocracias, y por consejo de Sangoulé, que conocía bien el funcionamiento del gobierno, aprovechó el obligado paréntesis para sumergirse en la creación literaria. Retomar el hilo de la escritura no le resultó nada fácil, porque su novela era un río con infinitos brazos, una torre fractal cimentada en el abismo. El deseo de llevar las cosas al límite, a las afueras del lenguaje, para encontrar sus raíces aéreas, la conducía naturalmente al silencio y la duda. En vez de avanzar a tientas por su dédalo de espejos, en dos semanas de trabajo suprimió seis páginas. No le importaba vaciar cada vez más su *Alto vacío*, pues sabía muy bien que la pasión sustractiva del arte moderno era una vía de acceso a la plenitud. Convertir el acto de nombrar en un rito purificador significaba emprender un radical retorno al origen, como decía Deleuze. Para limpiar el texto de todo exceso retórico, cambió la lima por la tijera y eliminó los párrafos elegíacos en que deploraba su condición de mujer solitaria, que ahora, gracias a Sangoulé, encontraba llorones y redundantes. Al final de su tarea depuradora solo conservó un aforismo: «La escritura busca llenar el vacío, pero el vacío es infinito y la palabra consagra la ausencia».

Una inquietud le impidió seguir abismada en el líquido amniótico del lenguaje. Los libros que el Ministerio de Cultura le había prometido no aparecían por ningún lado. De un día para otro, la Pléiade cerró sus puertas al público y cuando Ikabu Luenda dejó de contestar sus llamadas, dedujo que el aparato cultural le estaba escondiendo las obras de los tesoros vivientes. ¿Temían acaso que una lectora exigente, investida con el prestigio del Primer Mundo, emitiera un juicio desfavorable sobre ellas? «Deben ser pésimas —pensó—, de lo contrario no me las ocultarían». Los funcionarios del ministerio la veían como una amenaza porque toda la faramalla propagandística del régimen quedaría en evidencia si la revista más importante de literatura francófona descalificaba a las vacas sagradas de Tekendogo. Pero ella iba a leer sus libros, así tuviera que arrancárselos de las manos al propio dictador Bakuku. Cerrado el camino de las quejas y los reclamos, necesitaba actuar con astucia para burlar al enemigo. En tono conciliador llamó a la secretaria de Ikabu Luenda y le pidió el teléfono de Momo Tiécoura, «para pedirle una entrevista». Confiaba en la vanidad del tesoro viviente, que sin duda estaría ansioso por aparecer en una revista francesa, y sus cálculos fueron correctos, pues Tiécoura no se hizo del rogar.

—Cuando era joven publiqué un libro en Francia, ¿usted lo conoce?

—Sí —mintió Amélie—, precisamente de eso quiero hablarle.

—Pues venga esta misma tarde a mi casa —y le dio su dirección: Malabo 34, Villa Xanadú.

Pensaba ir a la entrevista sola, pero Sangoulé quiso acompañarla cuando vio el papel con la dirección.

—Desde niño he querido conocer Xanadú. Es la zona residencial más elegante de Yatenga, pero sólo dejan entrar a los ricos. Allí viven los dueños de las minas y todos los políticos importantes, incluido el dictador.

Amélie accedió a su ruego y le colgó una cámara al cuello para presentarlo como fotógrafo. Para no causar mala impresión rentaron un automóvil. En lo alto de una colina que dominaba el valle de Yatenga, una enorme barda de piedra aislaba la zona residencial del tráfico ciudadano. Amélie contempló con asombro el dispositivo de seguridad: en la entrada había guardias con mastines y los francotiradores apostados en las torretas vigilaban todos los movimientos de las calles aledañas.

—Llevan ametralladoras Kalashnikov de fabricación soviética —le informó Sangoulé—. Bakuku las compró cuando coqueteaba con el Kremlin, antes de convertirse al credo neoliberal.

El jefe de los guardias les pidió identificaciones, hizo una llamada por transmisor cuando Amélie explicó el motivo de su visita y, al recibir autorización, ordenó a un subalterno levantar la valla metálica. Apenas cruzaron la puerta, Amélie enmudeció de estupor. Extendida en una superficie boscosa con amplios jardines de césped uniforme, la villa Xanadú era un monumento a la opulencia venal y a las pretensiones cosmopolitas de la oligarquía. A la entrada había un gran paseo arbolado con andadores flanqueados por esculturas geométricas y espejos de agua con flamings y pavorreales. «Esa debe ser la casa del dictador», murmuró Sangoulé, señalando un búnker con rejas de hierro donde ondeaba la bandera de Tekendogo. El camino principal desembocaba en una laguna donde esquiaban los juniors de la casta divina, remolcados por lanchas ultramodernas. Había incluso una pequeña zona comercial con boutiques de alta costura, restaurantes de comida internacional, bancos y spas.

Amélie pensó de inmediato en el lujo agresivo de Neuilly, el barrio emblemático de la burguesía parisina. Sólo que aquí la ostentación de la riqueza era más obscena, por la cercanía de la miseria. Esa élite dorada no podía ignorar que, a medio kilómetro de distancia, el hedor de la basura cortaba la respiración y las madres adolescentes parían sin asistencia médica en jacales con piso de tierra. Al pasar frente a una sucursal de Cartier, vieron bajar de un BMW descapotable a la poeta Nadjega Labogu. No llevaba la cara pintarrajeada, ni el disfraz de aborigen con que Amélie la había visto en televisión, sino un traje sastre de lino color verde menta, con un generoso escote en la espalda, bolsa italiana de Versace y un brazalete de plata que refulgía como un rayo lunar en su lustrosa piel de pantera. ¿Dónde quedó tu identidad?, hubiera querido preguntarle, pero se contuvo por prudencia —no era el momento de hacer un escándalo— y siguió de largo hasta la calle Malabo. Tiécoura vivía en un chalet de estilo mediterráneo con vista a la laguna y balcones volados sobre el jardín delantero. Un mayordomo de librea les abrió la puerta.

—Tengo una cita con el señor Tiécoura. Me llamo Amélie Blehaut.

El criado la miró de arriba abajo sin pestañear.

—El señor está de viaje.

—No puede ser, hoy por la mañana hablé con él y me dio la cita.

—Le repito que el señor no está.

En la ventana de la planta alta, Amélie alcanzó a ver una mano negra cerrando una cortina. Sin duda era Momo Tiécoura. ¿Por qué se negaba a recibirla, si horas antes parecía tan entusiasmado? ¿El Ministerio de Cultura le había dado un jalón de orejas? Una cosa estaba clara: su afán de acercarse a los tesoros vivientes incomodaba mucho al poder. Tal vez la dictadura temía que Tiécoura hiciera declaraciones adversas al régimen, pues no obstante servir de comparsa a Bakuku en los sainetes oficiales, quizá estuviera librando una lucha secreta contra el dictador. En tal caso, no sería extraño que sus libros contuvieran denuncias veladas, mensajes en clave que acaso pudiera descifrar con ayuda de Sangoulé. Necesitaba conseguir esos libros cuanto antes. Pero el enemigo

parecía leerle el pensamiento y a la mañana siguiente colocó en la puerta de su domicilio a dos agentes con trajes de civil.

En vano trató de perderlos mezclándose con la multitud del mercado: los polizontes estaban bien entrenados y la seguían como sabuesos a todas partes. Intimidada al principio por su constante asedio, Amélie pensó seriamente volver a Francia. La contuvo su amor a Sangoulé —que no quería ni hablar de una separación— y un sentimiento más fuerte: la rabia de verse atada de manos por una tiranía execrable. Como la angustia no la dejaba dormir, decidió darle un uso productivo al insomnio: desde su recámara, con la luz apagada, descubrió que sus espías se retiraban a las cuatro de la mañana y una hora después llegaba a reemplazarlos otra pareja de agentes. Sin dar aviso a Sangoulé, para no comprometerlo, un lunes por la madrugada esperó el retiro de la primera guardia, y con ropas masculinas salió a la calle en dirección al barrio turístico, silbando una tonadilla para que la tomaran por un borracho. Al pasar por una obra en construcción tomó un ladrillo y se lo guardó en la chaqueta. Por fortuna La Pléiade estaba desprotegida; eso quería decir que nadie había adivinado su plan. Con el aplomo de los terroristas que han planeado largamente sus golpes, arrojó el ladrillo al escaparate. Sustrajo los libros más recientes de Momo Tiécoura, Nadjega Labogu y Mactedio Ubassa, y se echó a correr en dirección al barrio de Kumasi. Cuando se hubo alejado más de 15 cuadras, tomó un respiro para hojear su botín: las obras de los tesoros vivientes eran maquetas empastadas con las hojas en blanco.

El mundo entero debía conocer ese engaño. En vez del ensayo que le había encargado la ACCT, escribiría un reportaje de denuncia para alguna revista de gran tiraje, *Nouvel Observateur* o *L'Express*, donde Koyaga Bakuku y su séquito de escritores virtuales quedarían expuestos como lo que eran: una caterva de rufianes. Describiría el mecenazgo del nuevo Idi Amín sin escatimar los detalles grotescos y acusaría a sus cómplices de haber usurpado las galas de la literatura para despojarla de contenido, para reducirla a una mera liturgia hueca. Volvió de prisa al departamento, temerosa de ser descubierta por algún rondín policiaco. Encontró la cerradura forzada, y apenas empujó la puerta, una mano varonil la sujetó por el cuello. Trató de zafarse con patadas y codazos, pero su agresor la sometió con una llave china.

—Quieta, perra. Un golpe más y te desnucó.

Comprendió que la advertencia iba en serio al sentir un crujido en la vértebra cervical. Obligada a la inmovilidad, miró con horror su librero volcado en el suelo y un reguero de cristales rotos. Sangoulé estaba amordazado y atado a una silla del comedor. Otro agente le apuntaba a la cabeza con un revólver. En la sala fumaban con aparente calma Ikabu Luenda y Momo Tiécoura, renuentes a mirar las escenas violentas, como dos estetas llevados al box por la fuerza. A una seña del funcionario, su verdugo la condujo a la sala sin quitarle la coyunda del cuello.

—¿Me promete que no va a gritar? —preguntó Luenda.

Amélie asintió con la cabeza.

—Suéltela —ordenó al guardia—. Me duele haber tenido que irrumpir en su casa de esta manera, pero usted empezó con los allanamientos.

—No me dejó alternativa —dijo Amélie en tono sardónico—. Solo así podía conseguir estas obras maestras —y arrojó sobre la mesa los libros robados.

—Veo que su pasión por las letras raya en el sacrificio —sonrió Luenda—. Pues ahora ya lo sabe: nuestros tesoros vivientes cumplen una función más importante que la de borrar cuartillas. Son baluartes de la identidad nacional.

—Ahórrese la demagogia. ¿Por qué no le ordena a sus matones que disparen de una vez?

—Represento a un gobierno civilizado, señorita Blehaut, no a una partida de criminales. Vine aquí para negociar en términos amistosos.

—Pues entonces ordene que desaten a mi compañero. No se puede negociar con una pistola en la sien.

Luenda accedió a su petición, y Sangoulé fue llevado a la sala. El otro agente, a una señal de Tiécoura, colocó sobre la mesa una licorera con whisky, vasos chaparros y una hielera.

—Por favor, sírvale a nuestros amigos —dijo el tesoro viviente—. Necesitamos un trago para aliviar la tensión, ¿no creen?

—Si vamos a hablar como amigos, ¿me podría dedicar su novela? —Lo escarneció Amélie, que había perdido el temor y empezaba a sentirse dueña de la situación—. Su estilo me cautivó desde la primera página.

—Para usted es fácil burlarse. —Tiécoura endureció la voz—, porque viene de un país culto, donde hasta un escritor de segunda fila puede vivir de la pluma. Pero en África la situación es distinta. Aquí ningún escritor sobrevive sin la ayuda estatal.

—Pues usted sobrevive mejor que la mayoría de los escritores franceses. La diferencia es que ellos trabajan, y usted, por lo visto, atraviesa un bloqueo creativo.

—Cuando era joven escribí libros de verdad —se disculpó Tiécoura, apenado—. El volumen de cuentos que publiqué en París tuvo críticas entusiastas, pero claro, como yo era un desconocido pasó sin pena ni gloria. Después volví a Tekendogo y me uní a los grupos de oposición que luchaban contra la dictadura. El general Bakuku ofreció una amnistía a los disidentes a cambio de que nos uniéramos a su esfuerzo civilizador. El gobierno emprendería una gran campaña de alfabetización y fomento a la lectura y los intelectuales desempeñaríamos un papel fundamental en esa tarea.

—Por lo visto la cruzada fue un gran éxito —lo interrumpió Amélie—. Por eso es usted un autor tan leído.

—El gobierno puso todo de su parte —intervino Luenda—, pero no pudimos vencer las resistencias y los atavismos de la población. El negro es un pueblo sin escritura. Cuando mucho, los maestros pueden inculcarle el respeto a lo escrito, pero no el hábito de leer. Para la mayoría de mis compatriotas, el papel es un fetiche, un objeto de culto que la gente venera sin comprender.

—¡Mentira! —Sangoulé dio con el puño sobre la mesa y casi derriba su vaso de whisky—. Tenemos la misma capacidad intelectual que los blancos. Pero el régimen no permite que el pueblo la desarrolle. La campaña de alfabetización fue un fracaso porque el presupuesto educativo fue a parar al bolsillo de ladrones como tú.

—Pídale a su amigo que no se exalte. —Ikabu Luenda se volvió hacia Amélie—. O me verá obligado a imponerle silencio.

Amélie tranquilizó a Sangoulé con un elocuente apretón de manos.

—Continúe —pidió a Tiécoura—. Tengo mucha curiosidad por saber cómo se convirtió en un simulador a sueldo.

—Al concluir la campaña educativa, el gobierno proclamó solemnemente que el analfabetismo había sido erradicado de Tekendogo. Entonces yo y mis colegas fuimos declarados tesoros vivientes, y la editorial del Estado publicó nuestras obras en grandes tirajes. Pero la gente colocaba nuestros libros en los altares domésticos y les rezaba en vez de leerlos. El gobierno no podía reconocer el fracaso de la campaña alfabetizadora sin dañar su imagen. Siguió editando nuestras obras y congregando a los niños de las escuelas en vastos auditorios para presentarlas en sociedad. Pero el gasto era enorme y fue preciso abatir costos. Continuó el ritual de las presentaciones con asistencia del general Bakuku, pero en vez de editar libros de verdad, el gobierno prefirió exhibir maquetas.

—Y usted se prestó a esa comedia a cambio de una mansión en Villa Xanadú, ¿verdad? —Amélie perforó a Tiécoura con la mirada.

—El maestro ha colaborado desinteresadamente con nuestro gobierno para mantener la paz y el orden —lo defendió Luenda—. Su autoridad moral nos ha dado prestigio y merecía una justa recompensa. Pero pasemos al tema que de verdad nos importa —se dirigió a Amélie—. Usted sabe cosas que mi gobierno quiere mantener en secreto. Su discreción tiene un precio y estamos dispuestos a pagarlo.

—Mi conciencia y mi honestidad no están en venta —se indignó Amélie.

—Por favor, amiga. No me diga que es un dechado de rectitud —sacó un expediente de su portafolios—. Tengo pruebas de que usted le ha tomado el pelo a nuestro gobierno y a las candidas damas de la ACCT. Según los datos de su currículum, usted vivió aquí de niña, y el Ministerio del Interior me asegura que no es cierto. Tampoco es verdad que usted sea experta en literaturas francófonas. Cuando nos conocimos, le pregunté lo del encuentro en Nimes para tenderle una trampa. En el año 95 el encuentro fue celebrado en Creteil.

Las mejillas de Amélie se arrebolaron y no pudo articular palabra. Luenda la había sacado de balance.

—En el arte de mentir y engañar usted no se queda muy atrás de nosotros —continuó el funcionario—. Pero no le reprocho su falsedad. Al contrario; quiero ofrecerle un trato que puede ser benéfico para ambas partes. En vista de que usted parece haber encontrado la felicidad en Tekendogo —miró de soslayo a Sangoulé—, le propongo que se quede con nosotros. Una escritora talentosa que pasó la infancia aquí puede enriquecer el catálogo de nuestros tesoros vivientes. Le daríamos una casa en Villa Xanadú, un salario equivalente al de un alto ejecutivo francés, automóvil del año y una membresía en el club deportivo más elegante de la ciudad.

—¿Y si no acepto?

—Entonces tendremos que deportarla y separarla de su querido amigo. Él será nuestro rehén para cerciorarnos de que no publicará ningún libelo contra las instituciones de Tekendogo. Usted decide: una vida feliz en su nación adoptiva o un regreso sin gloria al triste liceo donde daba clase.

El tono irónico de Luenda la hería en carne viva y su primer impulso fue mandarlo al diablo. La oferta era un insulto a su dignidad. Pero no podía responder tan pronto como se lo mandaban las vísceras, porque estaba en juego su futuro con Sangoulé. Si regresaba a Francia sin él, se condenaba a reptar para siempre en un desierto de ceniza. Conocía demasiado bien la soledad. Y ahora sería más cruda que antes, pues tendría clavado como un aguijón el recuerdo de la dicha fugaz que había conocido. El bienestar y el dinero no le importaban. Pero tal vez Sangoulé, que había padecido

todas las privaciones, abrigara la ilusión de ayudar con dinero a su pobre familia y comprar mejores instrumentos para su grupo.

—Necesitamos una decisión rápida —la presionó Luenda—. El Ministerio del Interior quería deportarla esta misma noche. De usted depende que yo rompa esta orden —y le tendió un documento sellado con el escudo nacional.

El dilema era tan arduo que hubiera necesitado meses para elegir la mejor opción. Su conciencia le prohibía entrar en componendas con un gobierno que sojuzgaba sin piedad a un pueblo manipulado y hambriento. Pero sentía vértigo ante la posibilidad de apartarse de Sangoulé. Se había dedicado con tal empeño a la literatura, que aceptar el trato significaría mutilarse, pisotear su vocación, abjurar de una necesidad expresiva tan apremiante como el deseo o el hambre. Pero la renuncia al amor que la había hecho renacer, sería un sacrificio mucho más doloroso. Los segundos pasaban con angustiosa lentitud. Luenda tamborileaba sobre la mesa y veía su reloj con impaciencia, mientras Momo Tiécoura clavaba la vista en el fondo del vaso. Amélie interrogó a Sangoulé con una mirada implorante.

—¿Acepto?

Él asintió con una inclinación de cabeza, la boca contraída en un gesto de picardía que a la vez era un rictus de vergüenza.

—Está bien, me quedo.

Una semana después, el dictador Bakuku la ungió como tesoro viviente en una fiesta popular con danzas autóctonas, a la que asistieron cinco mil personas. Salió a escena con la cara embadurnada de rojo y un collar de dientes de cebra, regalo de la poetisa Nadjega Labogu. El escaparate de La Pléiade se engalanó con un ejemplar de *Alto vacío* lujosamente empastado. Para ajustar su libro a las exigencias del régimen sólo tuvo que borrar el aforismo de la primera página.

EL MATADITO

a Andrés Ramírez

Cinco de la tarde y nadie se acerca. Ni un abrazo en todo el pinche día. Regalos ya sería mucho pedir, es fin de quincena y están arrancados, pero al menos una felicitación, carajo, una mugrosa tarjeta del Sanborns. Total egresos mayo-diciembre, 361 mil pesos. Más intereses moratorios por cartera vencida, 394 mil 518. Coqueteando sin perder el decoro —apenas se permite un discreto balanceo de caderas—, Blanca Estela sorteá los escritorios de Bautista y Cáceres. Qué buena está, pero no debería venir a trabajar con esa minifalda tan entallada. Nadie como ella para humanizar el ambiente de trabajo. Adoctrinada por los manuales de superación personal, cree que somos una gran familia y lleva un registro con las fechas de cumpleaños de todos los empleados, incluyendo al personal de limpieza. Por iniciativa propia organiza las colectas para comprar el pastel, lo adorna con el nombre del festejado y congrega a la gente de piso en piso para cantarle Las mañanitas. No me puede fallar, soy su amigo y le caigo bien. Pero Blanca Estela pasa de largo sin voltear hacia mi escritorio. Me decepcionas, chula. ¿A poco no estoy en tu agenda?

Ingresos acumulados en el primer trimestre del año, 546 mil pesos. Menos cuotas del Seguro Social, 79 mil 810. A otros hasta les hacen comida en algún restaurante, con mariachis y todo. Claro, son los consentidos de la oficina, los simpáticos profesionales que hacen roncha con medio mundo. Ahí está Cáceres, por ejemplo. Entró como auxiliar de contabilidad y nunca pasará de ahí, porque es huevón y menso como él solo, pero ni hablar, el pendejo tiene carisma. Hay que verlo contando chistes en el cuartito de la cafetera, rodeado de secretarias, mientras los teléfonos repiquetean sin que ninguna se digne ir a contestar. Cuánto lo admiran y cómo se ríen de sus tarugadas. Hasta Blanquita debe estar loca por él. Así pasaba en la secundaria: siempre había un gracioso reprobado en todas las materias, pero con un talento especial para dominar a la gente, que era el verdadero líder de la clase, por encima de los mataditos como yo, encargados de imponer el orden y la disciplina. Luna, siéntate en tu lugar. Te voy a poner otra cruz en el pizarrón. Ya te vi dándole un zape a Reyes Retana, a la próxima te bajo un punto en conducta. ¿Quién me puso este chicle en la silla? ¿Quién fue?

Igual que ahora, exactamente igual. No hay mucha diferencia entre un jefe de grupo y un subgerente de Recursos Humanos. El mismo papel de gendarme, de capataz que le da la espalda a la diversión para obligar a los demás a cumplir un deber insufrible. Antes les descontaba puntos, ahora días de sueldo. Por eso nadie viene a felicitarme, se están vengando. A lo mejor he sido muy estricto con el personal. Pero Blanca Estela me dijo el otro día en el elevador —cuando estoy a solas con ella me sudan las manos— que yo soy superbueno onda comparado con el subgerente anterior a mí, un zotaco de pelo grasiento que no dejaba comer a los empleados en horas hábiles y hasta les tomaba el tiempo cuando iban al baño. ¿Lo diría para congraciarse conmigo, para que no le ponga multas por sus retardos? Total de ventas enero-junio, 345 mil pesos. Menos 15 por ciento de IVA y 2 por ciento del activo fijo, 292 mil 317. Muy bueno para los números, eso sí. Nunca doy motivo de queja, conmigo las cuentas siempre están al centavo. Pero nadie te lo agradece, ni los gerentes que revisan los balances. Fastidian mucho con la calidad total, pero en el fondo son valemadristas, y puede que tengan razón. La vida es para disfrutarla. Más allá de cierto límite, el trabajo se vuelve una enfermedad. El que vive para trabajar es como un caracol encerrado en su concha. Eso deben pensar de mí, que tengo una armadura de hierro. Cuando algún compañero me hace plática a la

hora del café le respondo con evasivas o de plano lo dejo con la palabra en la boca, aunque esté deseando una distracción. Buenos días, Guillermo, ¿cómo te fue en los pronósticos deportivos? Lo de siempre, mano, le fallé a la mitad, respondo, y en vez de continuar la charla como exigen las reglas de urbanidad, en vez de preguntarle cómo va el embarazo de su mujer o comentar los goles del domingo, me siento amenazado por su gentileza y vuelvo los ojos a la computadora, la extensión de mi alma donde estoy a salvo de intrusos. Pero eso sí: el robot enemistado con el mundo, el ogro mamón esclavo de su deber que jamás ha compartido nada con nadie quiere que lo apapachen por su cumpleaños y le apaguen las velas.

Las cinco y media, esto ya se jodió. Bautista se frota los ojos y bosteza con amargura mirando a la calle, como un mono enjaulado en un laboratorio. Ya le anda por salir. Él sí disfruta su tiempo libre. Una vez lo acompañé a La Vía Láctea, la cantina de aquí a la vuelta. Pedimos unas cubas, nos empezamos a alegrar, tráiganos otra ronda, total no se va a acabar el mundo por una tarde que faltemos a la oficina, ¿verdad, Memo? Eres muy serio, pero me caes bien, salud amigo, por ellas aunque mal paguen, y acabamos ahogados de pedos en una banca de Garibaldi, cantando Lámpara sin luz con una redoba norteña. Desde entonces le saco la vuelta, pero lo que es ahora sí le aceptaría un trago, qué caray, un cumpleaños es un cumpleaños, no quiero volver a casa y aplastarme en la cama viendo los noticieros. Estoy de suerte, Bautista se ha levantado y viene hacia acá, vaya, por lo menos tengo un amigo sonsacador que me necesita para no beber solo. Oye, Guillermo, estoy haciendo el desglose que me pediste, pero mi calculadora se descompuso, ¿me prestas la tuya? Claro, viejo, tómala. Bautista me da la espalda y vuelve a su escritorio con la mirada brumosa de los burócratas que han archivado sus ilusiones. Nadie quiere tomarse unas copas con el señor subgerente. ¿Y qué? Busca el lado positivo de las cosas. Te salvaste de una borrachera mortal. Viéndolo bien, es lo mejor para tu salud.

Pero las frustraciones también hacen daño, tanto o más que las crudas. Querer y no poder. Es la historia de mi vida. La historia de un deseo insatisfecho, muerto, calcificado. Lo que más me duele es no poder manejar a los demás como si moviera una pierna o un brazo. En el fondo soy idéntico al hitlercito que martirizaba a la pobre Blanca Estela. Quisiera tenerlo todo bajo control. Pero los otros no están donde yo los necesito ni obedecen mis deseos por telepatía. Son libres, se mandan solos y ninguno me quiere felicitar. ¿Voy a ponerme a chillar por eso? Nómina mensual, 567 mil 510, más liquidaciones por concepto de honorarios, 582 mil 550, menos préstamos a la caja de ahorros, 574 mil 560 punto 67. Un hombre sin complejos ya les hubiera gritado con absoluta desfachatez: oigan, señores, hoy es día de mi cumpleaños, ¿qué esperan para darme un abrazo? Es lo que haría Cáceres en mi lugar. Pero yo no me puedo humillar de ese modo. Sería una ridiculez, una lastimosa confesión de impotencia, como si admitiera que todo el tiempo los he engañado, que interpreté una comedia y falsifiqué mi carácter, tóquenme por favor, no soy un témpano de eficiencia, necesito afecto como cualquiera de ustedes, yo también lloré de niño cuando mataron a la mamá de Bambi.

Así quisieran verme, rendido a sus pies, pero nunca les daré el gusto de implorar la atención que merezco por derecho propio. Su indiferencia es un acicate para mi orgullo. ¿No les importo? Ni ustedes a mí, cabrones, estamos a mano. Qué rápido pasa el tiempo. Seis y veinticinco, dentro de poco no habrá un alma en el edificio. Como de costumbre, Cáceres ya se está poniendo el saco para salir antes de la hora. Podría retenerlo en su lugar hasta las seis y media —el director general me ha dado facultades omnímodas para hacer cumplir el horario—, pero lo dejo marcharse fingiendo una distracción. Si ahora me pongo de mal humor pensará que estoy dolido por el desaire. Bautista me devuelve la calculadora y se despide con un mecánico «hasta luego». Hasta Blanca Estela se

ha empezado a polvear la nariz. ¿Tendrá cita con un galán? Demasiado maquillaje para su edad. Ya se lo dije una vez, usted se vería más guapa con la cara lavada, pero no me hizo caso. ¿Y si le invito un trago? No necesito hablarle de mi cumpleaños ni caer en lamentaciones patéticas, simplemente la llevo a un bar elegante y me le declaro, sabe qué, Blanquita, pienso mucho en usted, tengo intenciones serias, no fumo ni bebo en exceso, vivo con mi señora madre y he juntado algún dinerito para darle a usted una vida de reina. Pero el pinche Cáceres la espera en el elevador, deteniendo la puerta muy comedido, y ella corre a su encuentro sin terminar de polverse la cara. Lo que sospechaba: esos dos están enculados. No será la primera vez que Cáceres engaña a su esposa. Y Blanca debe tener varios quelites, uno para cada día de la semana. Dicen que el Jefe de Costos también se la está cogiendo y ella le sacó dinero para su Volkswagen. Antes no lo creía, calumnias, pensaba. Ahora creo lo peor de cualquiera. Ya apagué la computadora, pero mantengo la vista fija en la pantalla un par de minutos, como en un ejercicio de yoga, para no coincidir en la planta baja con los empleados que checan tarjeta. No puedo destrabar las mandíbulas, tengo un panal de avispas en el estómago. Por la ventana veo a Blanca Estela y a Cáceres entre los peatones del eje Central. Él la toma del brazo para cruzar la calle, muy caballero, y ella le agradece su gentileza con la sonrisa impura de las hembras calientes. Un rifle, me hace falta un rifle de alto poder. Caerían como ratas.

Afuera, en la banqueta infestada de tenderetes, donde apenas hay espacio para caminar, mi panal se calma un momento, acallado por el enorme avispero del exterior. Quisiera beber algo, ¿pero dónde? En las cantinas del rumbo siempre hay gente de la oficina y sería bochornoso beber solo como un perro mientras los demás confraternizan. Otras veces lo he tenido que hacer, hoy no estoy de humor para asumir mi soledad como un desafío. Prefiero caminar hacia el sur, caminar diez o doce cuadras con la mente en blanco, esquivando a los vendedores ambulantes y a los embobados mirones de escaparates. Un puesto de periódicos, alto. Compró el más escandaloso, *La Prensa*, que se ufana en grandes caracteres de una cifra récord: 7 mil suicidios en el primer trimestre del año. Cantinas hay por docenas, lo difícil es adivinar dónde sirven buena botana. Pero a ver, ¿por qué tanto rodeo si no tienes hambre? Tomo por asalto la primera cantina que se me atraviesa y elijo una mesa apartada de los jugadores de dominó, en el rincón opuesto a la rocola. Un Don Pedro con coca, si me hace favor. Estamos en promoción, hoy damos dos copas por el precio de una. Usted sabe, joven, con la crisis hemos perdido mucha clientela y el dueño quiere levantar el negocio. Peligro, mesero platicador. ¿Viene solo? No, estoy esperando a unos amigos.

Es verdad, los espero en vano desde hace veinte años, cuando me empezaron a ignorar en la escuela por mis aires de independencia y mi soledad hostil. Abro el periódico para ahuyentar al mesero mientras me transporto a las aulas de la secundaria. ¿De verdad me gustaba tanto estudiar? Tal vez no. El estudio era una evasión, un subterfugio para no tener que vivir en colmena, integrado a los grupos y a las pandillas donde me sentía disminuido, supeditado a la aprobación ajena. El patio de recreo me inspiraba terror, era un coliseo romano donde había que ser un gandaya para imponer respeto. Zapes, calzón, piquetes de culo, préstame a tu hermana, la que traigo de campana. En el salón había reglas claras y no necesitaba caerle bien a ningún imbécil, todo dependía de mi propio esfuerzo. Diez en Química. Diez en Español. Diez en Geografía. Primer lugar de la clase. Medallas, diplomas, visita a Los Pinos para saludar de mano al primer mandatario. Son ustedes el orgullo de México, la generación que habrá de llevar a nuestro país por la senda del progreso y el bienestar. Luna, el encajoso campeón de atletismo, presionándome con sus ruegos imperativos. ¿Me das chance de copiarte en el examen? No, qué tal si nos ve el profesor. Ándale, qué te cuesta. Está bien, mentía, pero a la hora del examen me cubría los flancos para impedirle ver mis respuestas. Pinche

matado ojete, ojalá te pudras, un empujón y mi torta en el suelo, nadando en un charco de agua aceitosa. Le sacaron el mole a Memo, jaja, lo que tiene de machetero lo tiene de puto.

La cuba con brandy está bien cargada, pero es tan dulce que ni siquiera raspa en la garganta. Voy por el segundo vaso y me siento abrigado, seráfico, invulnerable. En vez de querer anular el pasado debería sentirme orgulloso de haberme distinguido de los demás, hasta convertirme en un apestado. ¿No es el destino natural de toda persona sobresaliente? El amor propio como tabla de salvación. Grandeza del héroe solitario que se impone a la adversidad. Fanfarrias de honor. *Magna cum laude*. Imagen de un halcón sobrevolando una cumbre nevada. ¿No han llegado sus amigos? Otra vez el mesero amable y joditivo. Cómo chinga para sacar una buena propina. Miro mi reloj, contrariado. Se me hace que ya no vinieron. ¿Le traigo las otras? No, mejor deme la cuenta, voy a buscarlos en otra cantina. Las sillas reservadas para mis amigos imaginarios me contemplan con sorna. Pero no estoy vencido, ni siquiera triste. La soledad ahora me parece un contratiempo fácil de remediar. Puedo ir a buscar a Bautista a La Vía Láctea, no sería raro que Blanca Estela y Cáceres estén echando la copa con él. Saboreo con delectación el resto de mi Don Pedro. Ya es hora de vencer mis complejos y agarrar la vida como viene. Pero cuidado, a lo mejor me pongo impertinente, regaño a Blanca Estela por ser tan puta, me tiro la copa en el pantalón o le rompo la madre a Cáceres. Desprestigio. Pérdida de autoridad. Mi reputación revolcada en el fango. Sería la pendejada del siglo. Beber hasta reventar, pero no delante de ellos.

Breve caminata por la estrecha acera de Ayuntamiento, buscando dónde seguirla. Entro al bar El Edén, atraído por la luz violeta de la marquesina y la sugestiva penumbra que se percibe desde la calle. Meseras de minifalda roja y ombligo al aire, caballerizas con respaldo alto, un televisor pasando videoclips de grupos tropicales, olor a desinfectante de pino mezclado con el perfume barato de las ficheras acodadas en la barra. ¿Por qué tan solo? Pues ya ves, ando buscando novia y a lo mejor se me hace contigo. Bien respondido. Así reaccionan los hombres de mundo, los triunfadores que no se abochornan de nada. La mesera sonrío y por acto reflejo me palpo el bolsillo interior del saco, donde encuentro los 300 pesos que esta mañana tomé del buró, previendo que saldría a festejar mi cumpleaños con alguien. Traigo el periódico enrollado en la axila, pero no pienso esconderme tras él. En vez de leerlo brindo con los ocupantes de la mesa vecina, un bigotón con chamarra de cuero, pecoso y ancho de espaldas, y un joven de cara huesuda que alza la copa para devolverme el saludo. ¿Qué haciendo? Nada, nomás vine a pasar el rato. ¿Y a poco le gusta beber solo? A veces. Pues no sea apretado y véngase a nuestra mesa. Rubén Montes para servirle, este es mi compadre Leodegario, pero le digo Leo. Mucho gusto, Guillermo Palomino, soy subgerente de Recursos Humanos, aquí tienen mi tarjeta. ¿Y ustedes qué hacen? Somos trailereros, traemos carne congelada desde Sonora, pero hoy no tuvimos viaje. Brindis en corto, chocando las copas. Elogios procaces a la mesera nalgona que me atendió. La charla se anima y le pregunto a Rubén si de verdad los trailereros tienen mujeres en cada pueblo. Puro cuento, sonrío, de vez en cuando caen algunas morras que viajan de aventón, pero luego te salen con que van a tener un hijo y hasta quieren que las mantengas. Por eso yo nada de noviecitas: puro acostón de pisa y corre en la cabina del tráiler, ¿verdad, compadre?

Mi acoplamiento con los trailereros es instantáneo y perfecto. Son mi flota, la que había buscado toda la vida. Pedimos una botella de Don Pedro. Charla futbolera, tajantes opiniones sobre corrupción, finanzas y política nacional. Priístas, panistas, perredistas, todos son la misma mierda. Leodegario habla de su tierra, el Valle del Yaqui, donde su familia cultiva sorgo. Qué formidable descanso abdicar por un momento del yo, fundirte con los demás en una familia compacta, donde los otros piensan y hablan por ti. Rubén propone que llamemos a unas chamacas. Acepto encantado

y me siento en las piernas a la mesera de nalgas paradas, que se llama Anilú. Para mí un vermut, por favor. Yo un chartreuse ¿Y tú, mi reina? Un ruso blanco. Anilú quiere todo conmigo y me soba la verga con el dorso de la mano. Piensa en otra cosa, no te vayas a venir en el pantalón. ¿Saben cuál es la nueva prueba para detectar el sida? Te agachas, miras por el arco de tus piernas y si tienes cuatro huevos detrás quiere decir que ya te pegaron el virus. Jajajaja. Me animo a contarles el chiste del piloto gallego que aterriza en el aeropuerto dando un enfrenón y comenta a su compañero: ¿Te fijaste que pista tan corta? Sí, dice el otro, pero está bien ancha. Éxito arrollador, carcajadas de Leodegario. Su fichera se atraganta y le tiene que dar un sorbo de Coca-Cola. Ya se va a acabar la botella, ¿pedimos otra? Cómo no, pa luego es tarde. Siento que la mesa empieza a despegarse del suelo como un objeto con vida propia. Señoras y señores, hagan favor de guardar silencio: quiero hacer de su amable conocimiento que hoy es mi cumpleaños. ¿Te cae de madre?, se sorprende Rubén. Por Dios que sí. Mira nomás, qué calladito te lo tenías, ¿y cuántos cumpleaños? 38. Venga para acá ese trío. Pinche Memo, te quiero como un hermano. Estas soooooon las Mañaniiiititas que cantaaaaba el Rey David. Ronda de abrazos, Leodegario me deshace la espalda con sus recias palmadas. Fajecito sabroso con Anilú, que se ha bebido cuatro rusos blancos y sigue igual de sobria. ¿Estará tomando agua pintada? Algo en mi cabeza rebota como un balón. Tengo náusea, pero no quiero desprenderme de la gran familia que hemos formado. Rubén y Leo se levantan a bailar Que no quede huella con sus respectivas ficheras. Para no romper la unidad del grupo yo también me paro a bailar y trato de seguir a Anilú en sus alocados giros. Mal hecho. Con la sacudida se me baja la presión y empiezo a sudar frío. Compermiso chula, orita vengo, alcanzo a murmurar, luchando por contener los espasmos del vómito. Soy un idiota, quién me manda beber así. Abro de un empujón la puerta del baño, pero no logro llegar hasta el excusado y arrojo en el lavabo una humeante papilla negra.

Mente despejada, culpa instantánea. El anciano cuidador de los baños me ofrece una toalla de papel. Que no quede huella que no que no, que no quede huella. El agua del grifo no basta para lavar mi crimen, porque los trozos de cacahuete han tapado el desagüe. Trato de sacarlos con el dedo, pero me lo impide un segundo ataque de náusea. En el excusado termino de vaciar el estómago, tras una larga sucesión de arcadas. Ya tuve suficiente, no debo seguir chupando. Arreglo mi corbata, me limpio la cara y le compro unos chicles de menta al discreto Matusalem de la puerta, que me observa con una mezcla de compasión y desprecio. Afuera se ha callado la música. Me sorprende no encontrar en la mesa a mis cuatachones del alma. Tus amigos ya se fueron, sonrío Anilú, le dijeron al capi que tú pagabas. El capi, un grandulón de manos peludas y cara infantil, me entrega la cuenta sin mirarme a los ojos. 570 pesos, más lo que guste darle a las muchachas. Un momento, yo le voy a pagar mi parte, los señores que estaban conmigo venían por su lado. Ellos dijeron que usted los había invitado. No es cierto, me llamaron a su mesa, pero no son mis amigos. Ah qué la chingada, pues alguien tiene que pagar. ¿No tiene tarjeta? No, y solo traigo 300 pesos. Me llevo la mano al bolsillo del saco, pero los billetes ya no están ahí. Descarga de adrenalina, zumbido en los tímpanos. Recuerdo los abrazos de felicitación y comprendo que alguno de mis dizque amigos aprovechó el momento para bolsearme. Qué pena, capitán, traía dinero, pero esos cabrones me lo robaron. Búsquese bien. Le juro que lo traía en esta bolsa. El capi me esculca el saco y los pantalones, resoplando por la nariz en señal de que ya le colmé la paciencia. Pues a ver cómo le hace, me empuja contra la pared, pero de aquí no se va sin pagar. Óigame, no merezco ese trato. ¿Ah no? ¿Pues quién te crees, pendejo? Rodillazo a los huevos, acompañado por un golpe de karate en la nuca. Oscuro total. Doblado por el dolor recibo una andanada de puñetazos en las costillas. En medio de la madriza solo alcanzo a vislumbrar en rápidos flashazos la cara del capitán, traslapada con otra cara igualmente odiosa, la del fortachón Luna, mi antiguo verdugo escolar. No

sé cuál de los dos me patean los riñones ni quién me arrastra por los cabellos hasta la puerta del bar. Un empujón violento y caigo de narices en la banquetta, donde Anilú me clava un tacón puntiagudo en el bajo vientre: esto va por mi cuenta, pinche naco jodido.

Después de esperar un momento ovillado contra un arriate, por temor a una nueva andanada de golpes, me sacudo el polvo del traje y compruebo que no tengo ningún hueso roto, aunque estoy chorreando sangre por la nariz. 38 años, 570 pesos, 7 mil suicidios en el primer semestre del año. Ya estoy haciendo números otra vez. De vuelta a la cerrazón aritmética, donde ninguna palabra amistosa puede horadar mi coraza de puercoespín. Así me siento mejor, incomunicado por una cortina de cifras. Para un tipo como yo, el lenguaje es enteramente superfluo. Mi pañuelo no puede contener la hemorragia y voy dejando por la acera un hilito de sangre. Feliz cumpleaños. *Happy Birthday to you*. Tan amigables que parecían. Gente franca y sencilla del norte. A lo mejor ni trailers eran y estaban coludidos con la gente del bar. Una señora me ve con recelo y se cambia de acera. Cretina de mierda. Ahora resulta que el delincuente soy yo. Debe haber una estación del Metro cerca de aquí, ¿pero dónde? 10 en Química más 60 patadas en los riñones menos 300 pesos robados igual a 0 amigos.

A lo lejos se ve una avenida iluminada. ¿Será Balderas? A pesar de todo me duele el repentino final de la fiesta. Si tuviera dinero buscaría diversión en otro tugurio, total ¿qué? Ya me rompieron la madre. Arrastrando los pies camino hacia la avenida, con el enjambre estomacal más agitado que nunca. Por fin la boca del Metro, la fuga subterránea a otra realidad. Al notar que la gente se aparta de mí cobro conciencia de mi aspecto lastimoso. ¿No les gusta? Pues háganse a un lado, pendejos. El pastel, no tuve pastel. Repentina y absurda tristeza por no haber apagado las velas, mezclada con un desprecio infinito a la muchedumbre de pasajeros que atiborra el andén. Reses, agachados, rebaño apestoso. De ahora en adelante voy a ser un hijo de puta con todo el mundo, empezando por los empleados de la oficina. Ya estuvo bueno de solapar huevones. Al primero que acumule tres retardos en un mes le descuento un día de salario. Se acabaron los vales para comida, los permisos con goce de sueldo, los préstamos de caja chica, y cuando Blanca Estela venga a cobrar el adelanto de su prima vacacional le voy a dar largas, no tengo autorización de la gerencia, le faltó un papel del Seguro Social, ahora necesito su número de homoclave, lo siento mucho, la computadora borró su nombre de la nómina. En plena ebriedad vengativa empiezo a chillar de tristeza. Pero qué estoy pensando, jamás trataría de ese modo a ningún compañero, todavía no aplasto a nadie y ya me arrepentí de haberlos humillado en el pensamiento. Temor a una vejez amarga y rencorosa. La posibilidad de convertirme en un gran ojete no es tan remota. Sería la consecuencia lógica de haber recibido una bofetada tras otra por cada intento de abrirme hacia los demás. Por doquiera que voy se apagan las luces a mi alrededor, llego tarde a todas las fiestas, a todas las alegrías. Ni siquiera tengo bajas pasiones, más bien soy un árbol petrificado. El temblor de las vías anuncia la llegada del tren. Por lo menos abandonar la pelea con un gesto arrogante, que ponga la carne de gallina a mis golpeadores de ayer y de hoy. Ten huevos, un paso al frente y se acaba todo. La luz, el anaranjado fulgor de la muerte. 38 años, 456 meses, 13,870 días, hay un saldo negativo en su cuenta corriente. Que no quede huella que no que no...

Dos horas después, el licenciado Juan Manuel Tamez, supervisor de seguridad y vigilancia de la estación Balderas, llegó a la dirección anotada en los documentos del occiso —Bolívar 365, departamento 203, colonia Asturias— para notificar a sus familiares de la tragedia. Llevaba los efectos personales del suicida en una bolsa de plástico y una autorización del Servicio Médico Forense para que los allegados pudieran reclamar el cadáver. El zaguán estaba abierto. Subió al

segundo piso y tocó varias veces con los nudillos en la puerta del 203. Alguien le abrió sin preguntar quién era y dejó la puerta entornada, como en las películas de terror. Tamez vaciló un momento: adentro estaba oscuro y no sabía si entrar o no. Finalmente se decidió a empujar la puerta. Luz intensa, música a todo volumen, serpentinas a quemarropa. La madre del difunto, una anciana de lentes bifocales y cabello entrecano, se precipitó hacia él con una enorme tarta de fresa. El supervisor tuvo que apartarla con suavidad. Decepcionados, Bautista y Cáceres dejaron caer una pancarta con el lema Felicidades Memo. ¿Usted es amigo de Guillermo?, le preguntó Blanca Estela, preocupada por la tardanza del festejado. Se había quitado la plasta de maquillaje y estaba más guapa que nunca.

EL ORGASMÓGRAFO

a mi hermano Álvaro

La despertaron los jadeos de Fabiola en la cama vecina: seguramente se revolcaba con algún patán que había levantado en la calle la noche anterior. Bien podría gozar en silencio. Pero no le bastaba sentir placer: tenía que sobreactuarlo y fornicar para la tribuna, como una niña aplicada que presume a gritos su diploma de buena conducta. Con la cabeza bajo la almohada, trató de ignorar la obscena fricción de los cuerpos, que hacía un contrapunto salaz con el rechinar del colchón. ¿Creería la imbécil que ella no podía hacer lo mismo? Recoger un hombre en un bar y abrirse de piernas era la cosa más fácil del mundo. Lo difícil era apartarse de la manada, seguir un camino propio a contrapelo del orden establecido. Al comprender que no la dejarían volver a dormir decidió abofetearla con guante blanco:

—Buenos días, hermanita. ¿Pasaste buena noche?

Perdido el resuello por la prolongada cópula, Fabiola apenas pudo murmurar un buenos días.

—¿No me vas a presentar a tu amigo?

Sin dejar de cabalgar un momento a su compañero, Fabiola le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Jacinto Luna, para servir a usted —el muchacho tendió a Laura una mano sudorosa.

—Mucho gusto, Laura Cifuentes —lo saludó con una sonrisa mordaz—. Espero que mi presencia en el cuarto no los haya importunado.

Extremar las cortesías con Fabiola era la manera más eficaz y discreta de hacerle notar su caída en el bestialismo. Ni ella ni sus compañeros de cama habían elegido esa vida: eran borregos sin albedrío, dóciles piezas en la maquinaria de la promiscuidad institucional. Se desvivían por acumular orgasmos, cumplían sin chistar todos los convencionalismos sociales con la esperanza de recibir una pensión y una medalla al mérito ciudadano cuando llegaran a viejos. Como buenas marionetas, nunca se habían detenido a reflexionar quién los manejaba desde las alturas. Ella, en cambio, había optado por la resistencia, una resistencia solitaria y pasiva, que seguramente no cambiaría nada, pero al menos le daba una satisfacción personal.

Se encerró en el baño, el único lugar de la casa donde podía tener un poco de intimidad. Acostumbrada a negar el cuerpo, a verlo como un apéndice exterior a ella, su rotunda presencia en el espejo le incomodaba. Nada más lejano a su yo profundo que ese deplorable hermano siamés. Comprobó con disgusto que sus senos seguían creciendo sin perder firmeza. Tenía un cuerpo demasiado pródigo en redondeces. Carne y más carne, ¿hasta dónde iba a parar? Solo se ponía vestidos holgados y aun así debía soportar a diario los requiebros indecentes de los vagos callejeros. Con gusto hubiera donado sus glúteos a una institución de caridad, para poder caminar tranquila y evitar los toqueteos en los atestados vagones del Metro. Detestaba ser la típica buenota de calendario a quien los hombres consideran incapaz de valer por sus dotes intelectuales. Pero le dolía más aún tener que rendir cuentas de su intimidad a un gobierno totalitario. De un tirón se arrancó un pequeño transmisor negro del tamaño de una cajetilla de cerillos que llevaba pegado al abdomen con una cinta adhesiva. Abrió la carátula con unas pinzas, y como lo venía haciendo

desde el despuntar de su adolescencia, intervino el microchip que transmitía información sobre su actividad endocrina al Ministerio de Salud Pública. Para no despertar sospechas sólo se anotó un orgasmo, el quinto de la semana, y volvió a pegarse el transmisor en la piel.

Vestida con un blusón abotonado hasta el cuello, la cara limpia de afeites, Laura tomó su lugar en la mesa del comedor. Doña Flor y don Anselmo, sus padres, desayunaban algas marinas con apio, el mejor alimento para estimular la libido, según los boletines informativos del Instituto de Nutrición. Otra pareja de cogelones robotizados, con el agravante de que ellos ya no estaban en edad de cambiar. Le repugnaba ver a su padre, ya entrado en la cincuentena, con pantalones de cuero embarrados, arracada en la oreja, botas con estoperoles y camisa abierta hasta el ombligo. Era la caricatura de un rebelde vigesémico. Si al menos se abrochara la camisa para ocultar sus tetillas caídas y el cinturón de grasa en el bajo vientre. Su madre también luchaba por conservar una apariencia juvenil, con resultados aún más grotescos. Ni en los días más crudos del invierno se quitaba la minifalda, a pesar de tener un delta de varices en las piernas. Se había inyectado tantas veces silicones en el pecho y en las nalgas que ahora tenía montículos de sobra, como una estatua cubista de Picasso. Los dos estaban ojerosos, tal vez porque se habían desvelado toda la noche intentando alcanzar un orgasmo. Habían perdido la costumbre de conversar en el desayuno y deglutían la comida sin saborearla, con la vista fija en la pantalla del televisor.

—Buenos días, amigos, canal Monte de Venus tiene para ustedes las noticias más importantes del día: el presidente Irving Molina y su señora esposa inauguraron un balneario para swingers en Bahía Esmeralda. Se creó una comisión de fomento a la masturbación infantil. Atrapados cuatro elementos subversivos que repartían estampas religiosas afuera de las escuelas. Nace una nueva droga para aumentar la sensibilidad del clítoris. El incesto no es un lujo, es una necesidad biológica, declara el nuevo Premio Nobel de Medicina. El Ministerio de Salud anuncia un alza en la cuota obligatoria de orgasmos: ahora será de seis por semana.

Sobresaltado, el padre de Laura dejó caer el tenedor en el plato.

—¿Oíste eso? —Zarandeo a su mujer—. Apenas llevamos tres, y ya es viernes.

—¿Pero qué puedo hacer yo si no se te para ni con el Viagra?

—Arreglarte un poco, motivarme, qué sé yo, carajo. Tu pasividad en la cama enfría a cualquiera. Todo el trabajo pesado me toca a mí.

—Pues cumple tu cuota con otra que esté dispuesta a aguantarte —doña Flor se levantó gimoteando—. Ya estoy harta de tus reproches.

—Por favor, no se peleen —intervino Laura, conciliadora—. ¿Nunca podremos tomar el desayuno en paz?

—Cállate, niña, que tú tampoco me tienes nada contento —don Anselmo le clavó una mirada hostil—. ¿Se puede saber con quién te acostaste anoche?

—Con Lucas, el encargado de la biblioteca —mintió Laura—. A la salida de la facultad nos echamos un rapidito entre los arbustos del jardín.

—Más te vale que sea cierto. Últimamente has andado muy santurróna. Mira nada más el blusón que traes: desabróchate unos cuantos botones, que así no vas a excitar a nadie.

Laura se quedó inmóvil en actitud retadora. Le irritaba que su padre quisiera tratarla como una muñequita sexy.

—¿Estás sorda o qué? Te dije que te abrieras esos botones.

—Yo me visto como quiero.

—¿Ah, sí? Pues déjame decirte que tienes un gusto espantoso.

—Mira quién lo dice —explotó Laura—. Con esos pantalones de cuero pareces un mamarracho.

Don Anselmo se atragantó con el bocado de algas y doña Flor tuvo que palmotearle la espalda.

—Más respeto, niña. No son maneras de tratar a tu señor padre.

Pasado el acceso de tos, don Anselmo volvió a la carga.

—¿Crees que me gusta vestir así? ¿Crees que me encanta pescar pulmonías por andar con el ombligo al aire? Claro que no, imbécil. Si por mí fuera llevaría traje, corbata y hasta una bufanda de lana. Pero en este mundo hay reglas de urbanidad, y el que no las cumple se muere de hambre.

—Pues ya es hora de cambiar esas reglas. —Laura miró con odio al conductor del noticiero—. No podemos tolerar que nos traten como menores de edad.

—¿Ya oíste, Flor? La señorita quiere cambiar el mundo.

—A tu edad todos somos idealistas, hijita. —Flor exhaló un suspiro de resignación—. Pero luego la realidad nos obliga a sentar cabeza.

—En vez de quejarte por todo, deberías agradecer los privilegios que tienes —refunfuñó don Anselmo—. Allá afuera mucha gente vive en la miseria. Por lo menos aquí comemos tres veces al día.

—¿A esto le llamas comer? —Laura apartó su plato con asco—. Llevamos dos meses tragando algas mañana, tarde y noche.

—Es lo que marca la libreta de racionamiento —se disculpó su madre—. Pero yo siempre las preparo en forma distinta, para variar un poco el sabor.

—Tu mamá hace milagros en la cocina y no es justo que la mortifiques con tus berrinches. Además, las algas marinas son muy nutritivas. No hay alimento más rico en minerales y proteínas.

—Ay, papá. Repites como loro lo que dice la televisión. El Estado nos tiene a régimen de algas porque la gente sólo piensa en coger y el país ya no produce alimentos. Los campos están abandonados, nadie quiere cultivar la tierra. Pero eso nunca lo dirán los noticieros. El poder ha montado una farsa gigantesca para hacernos creer que vivimos en Jauja.

—Hay, hijita, esos libros prohibidos que lees a escondidas te han metido ideas muy raras en la cabeza.

—Tu madre tiene razón, te estás volviendo una terrorista.

—¿Por atreverme a tener ideas propias? ¿Por soñar con un mundo más libre?

—Haz favor de bajar la voz. Las paredes de este edificio son muy delgadas. Si te oye un vecino puede reportarte al Comité de Vigilancia.

Interrumpió el altercado la aparición de Fabiola y su amante de turno, que salieron de la recámara abatidos, exangües, con la mirada inerte de quien ha cumplido un penoso deber. Sin duda la felicidad *post coitum* era uno más de los embustes convertidos en artículos de fe por la ideología oficial, pensó Laura. El sexo sin ganas no podía satisfacer a nadie.

—¿Cómo te fue, linda? —Don Anselmo tomó a su hija de la barbilla.

—Muy bien, papá. —Fabiola falsificó una sonrisa de triunfo—. Tres orgasmos con él, y dos ayer con mi prima Tere.

—Bendito sea Dios —doña Flor alzó la vista al cielo—. Ya casi juntas los cupones para comprar la licuadora.

—Aprende a Fabiola. —Anselmo se volvió hacia Laura—. Ella sí piensa en los demás y se sacrifica por darnos comodidades ¿Cuándo harás algo por tu familia?

Laura no podía tolerar un reproche más y se levantó de la mesa con los nervios crispados. Su hogar era una cámara de tortura, la mazmorra asfixiante de «El pozo y el péndulo», donde las paredes se estrechaban cada vez más. Ya casi no tenía espacio para respirar. Entró a la recámara que los fornicadores habían dejado hedionda a sudor y semen, levantó el colchón de su cama sin hacer ruido y extrajo un legajo de fotocopias con los Sonetos de Petrarca, uno de los libros proscritos por el Ministerio de Cultura, que había comprado a precio de oro en el mercado negro. Necesitaba ese alimento espiritual para tolerar el atracón de erotomanía que le esperaba en la Facultad de Letras, donde todos sus maestros glosaban con mayor o menor acierto a los clásicos de la literatura licenciosa (Boccaccio, Sade, Casanova, Miller), obligados a cubrir el programa oficial aprobado por la Junta de Instrucción Pública. Guardó a Petrarca en su morral y descolgó del perchero un paraguas plegadizo, por si acaso volvía a llover. Se disponía a salir del departamento sin dar el beso de despedida a sus padres, cuando sonaron tres perentorios timbrazos.

—Abran o derribamos la puerta —amenazó desde el pasillo una voz amplificada con un megáfono.

—¿Quiénes son ustedes? —gritó don Anselmo.

—Brigada de saneamiento social. Traemos una orden de arresto.

Laura sintió una punzada en el vientre. De tanto haber entrevisto en sueños una escena similar, había llegado a creer que el peligro solo existía en su imaginación. Respetuoso de la ley, don Anselmo se apresuró a abrir la puerta. Entraron diez agentes de feroz catadura, armados con macanas y metralletas, que ejecutaban sus movimientos con la sincronización de un ballet mecánico. En contraste con la dureza de sus facciones, llevaban rouge en los pómulos y cejas pintadas con delineador. Un agujero en la parte trasera del pantalón dejaba a la intemperie sus nalgas peludas, el toque obsceno que nunca podía faltar en la indumentaria de los cuerpos policíacos. Dos feroces mastines se precipitaron a olfatear los muebles, mientras el capitán de la brigada, un rubio de mirada vidriosa, que parecía estar bajo el efecto de alguna droga, desdoblaba un papel para dar lectura a la orden de arresto.

—¿Vive aquí la señorita Laura Cifuentes?

—Soy yo.

—Va a tener que acompañarnos.

—¿Por qué? —Doña Flor se interpuso entre su hija y los guardias—. Laura no ha hecho nada malo.

—La señorita tiene intervenido su orgasmógrafo.

—¿Es verdad? —Su padre la sacudió por los hombros—. ¿Es verdad lo que dice este hombre?

—Sí, papá. Desde hace muchos años los he engañado. No sé lo que es un orgasmo.

—¿Pero cómo? ¿Nunca has tenido experiencias sexuales?

—No, papá. Soy virgen.

Don Anselmo pasó de la cólera al estupor, como si le hubieran notificado la muerte de un ser querido. Doña Flor se desplomó en la silla, y abiertos los brazos en cruz exclamó con voz quejumbrosa:

—¿En qué me equivoqué, Dios mío? ¿Qué hice yo para merecer esto? Siempre traté de inculcarle el buen ejemplo, desde que era un bebé la enseñé a masturbarse, pero de nada valieron mis sacrificios. ¡Soy un fracaso como madre!

Sujeta por dos guardias, Laura se sintió más humillada por el repudio de su familia que por la aparatosa detención.

—No he cometido ningún delito, mamá. Solo quería ser dueña de mi cuerpo.

—Cállate, perdida —la abofeteó don Anselmo—. Te has revolcado en el fango, has pisoteado el honor de la familia y todavía te ufanas de tu suciedad. Llévensela, señores, cumplan con su deber. Esta señorita ya no es mi hija.

Sangrando del labio superior, Laura hizo un gran esfuerzo por contener el llanto, pues no quería darle a su padre el gusto de verla derrotada y contrita. Bajó las escaleras con un aplomo que sorprendió a sus custodios, y al abordar la camioneta, cuando el capitán rubio la esposó con las manos atrás, hizo la V de la victoria a los fotógrafos amontonados en la entrada del edificio. A pesar del dolor y la humillación, había descubierto que la monstruosidad puede ser un motivo de orgullo.

Por orden del Ministerio de Propaganda, la foto de Laura con el labio partido y el número de serie colgándole del cuello se publicó en la primera plana de todos los diarios, con un escandaloso titular a ocho columnas: **INSÓLITO ATENTADO CONTRA LA MORAL: DETIENEN A UNA VIRGEN DE 19 AÑOS**. El gobierno se proponía utilizar su caso para intimidar a los evasores de orgasmos —un alto porcentaje de la población, según estimaciones del Ministerio de Salud Pública— y combatir el cáncer de la abstinencia sexual, cada vez más extendido en las universidades, donde el autonombrado Frente de Resistencia Espiritualista (FRE) desarrollaba una intensa actividad de proselitismo entre la juventud. Pero el linchamiento periodístico de Laura produjo un efecto contrario al esperado: inyectó a los frentistas un renovado empuje, al punto de llevarlos a abandonar la lucha clandestina para buscar mayor presencia en la sociedad. No tardaron en aparecer pintas callejeras donde se exigía la libertad de la «virgen rebelde». Los cantautores comprometidos compusieron canciones en honor de Laura y un grupo de radicales exaltados inició una huelga de hambre para exigir su inmediata liberación. Aunque la prensa y los medios electrónicos respondieron a la oleada de protestas con un vacío informativo, el movimiento iba creciendo como un río salido de madre. Si Laura hubiera sido juzgada conforme a la ley, el aparato de justicia la habría condenado a cadena perpetua en una prisión de alta seguridad. Pero se había convertido en un problema político, y la dureza del castigo sólo hubiera agrandado su aureola de mártir. Por instrucciones del presidente Molina, que veía con alarma el ímpetu opositor y apreciaba en su justa medida la alta peligrosidad de la reclusa, la Suprema Corte de Justicia ordenó su traslado a la Clínica Psiquiátrica Wilhelm Reich, especializada en rehabilitar a los reprimidos sexuales crónicos.

—Ahí le mando a esa virgencita —previno por teléfono al doctor Sigüenza, director de la clínica—. Le doy tres meses para que me la convierta en una putilla.

Incomunicada en una alcoba palaciega, con bibelots, cortinas de brocado, tocador Luis XV y cortinajes de terciopelo que ocultaban los barrotes de las ventanas, Laura ignoraba su celebridad y no podía explicarse por qué la trataban con algodones, después de haberla golpeado a placer en los separos de la policía. Tal vez me quieran debilitar, suponía, pero ¿con qué objeto, si ya confesé mi crimen? Todas las mañanas una camarera negra le llevaba el desayuno a la cama en bandeja de plata: suflé de langosta o salmón marinado, terrine de esturión y la infaltable mimosa de champaña. Terminado el desayuno pasaba al budoir, donde la camarera ya le tenía listo el baño de sales.

Vestida con un albornoz de satín hojeaba revistas de modas o veía la televisión hasta las doce y media, hora en que recibía la visita de Sigüenza, un anciano de barba patriarcal y finos modales que trataba de parecerse lo menos posible al estereotipo del psiquiatra dominador. La primera semana se limitó a conversar de trivialidades, procurando que Laura empezara a perderle el miedo. Pero ella no bajaba la guardia y solo respondía a sus preguntas con evasivas. A pesar de sus recelos, el tono paternal del psiquiatra la reconfortaba. No descubrió sus verdaderas intenciones hasta la tercera semana del tratamiento, cuando Sigüenza llegó con un bloque de plastilina y le pidió que jugara con él.

—¿Qué le recuerda esto?

—Mi niñez. En el kínder hacía figuras de plastilina.

—¿Qué tipo de figuras?

—Bolitas, cubos, muñecos.

—¿Está segura? ¿No recuerda algo más?

Ante la negativa de Laura, Sigüenza extrajo de su maletín un grueso expediente.

—Aquí tengo todo su historial clínico y escolar, y creo que he encontrado un dato muy importante: según su maestra de preprimaria, Daniela González, a los cinco años usted hacía verguitas de plastilina.

—No es cierto, jamás me gustaron.

—Es infantil negar las evidencias —sonrió Sigüenza—. Lo extraño es que unos meses después, usted dejó por la paz los falos y empezó a moldear otras figuras. ¿Recuerda si ese cambio se debió a algún incidente traumático de su infancia?

—Me niego a responder idioteces.

—Por favor, señorita Cifuentes, necesito su cooperación. Solo quiero saber una cosa: ¿su padre la dejaba tocarle el miembro?

—¿Pero eso qué importancia tiene?

—Muy grande —la aleccionó Sigüenza—. Para el sano desarrollo de la libido infantil una niña debe manipular con libertad el miembro paterno. Dígame: ¿su padre era un hombre pudibundo? ¿Tenía propensión a ocultar su desnudez?

—Por supuesto que no. Se paseaba en cueros por toda la casa.

—Pero cerraba la puerta del cuarto cuando hacía el amor con su madre.

—Nunca se ocultaron para nada. Hasta nos llamaban al cuarto para que los viéramos fornicar y nos sirviera de aprendizaje.

—¿Y a usted le molestaban esas exhibiciones? —Laura hizo un gesto de enojo y Sigüenza creyó haber puesto el dedo en la llaga—. ¿Sentía vergüenza al presenciar el acto sexual o deseaba ocupar el lugar de su madre?

—¡Basta ya! Los cretinos como usted no saben nada del alma humana.

—No se ponga así. Solo quiero ayudarle a vencer sus complejos.

—Ya entiendo. —Laura aplastó con rabia el bloque de plastilina—. Le encargaron enderezar a la oveja negra. Quieren que haga un acto de contrición y me retracte en público de mi negro pasado.

—Se equivoca. Solo queremos que haga una vida normal y pueda satisfacer sus instintos. —Sigüenza le acarició lascivamente una pierna—. Sería una pena que este cuerpecito no conociera la felicidad.

—Quítese, puerco. —Laura le arrojó a la cara el bloque de plastilina—. Yo no tengo complejos, tengo principios.

Lastimado de un ojo, el psiquiatra retrocedió hacia la puerta.

—Es una lástima: usted me obliga a endurecer el tratamiento.

Al día siguiente la negra cambió su delantal de camarera por el uniforme de celadora y en vez de los habituales manjares del desayuno, le sirvió algas hervidas con frijoles rancios. Trocado el gesto afable por el semblante adusto, Sigüenza mandó encadenarla a la cama y le asestó un maratón de videos pornográficos: tríos, cuartetos, felaciones, escenas lésbicas, zoofilia, sadomasoquismo. Ni con los ojos cerrados podía dejar de ver el trasiego incesante de órganos genitales, pues un microcircuito conectado a su sistema nervioso le transmitía las imágenes al cerebro. El *hard core* no había evolucionado mucho desde que su madre la obligaba a ver caricaturas porno en los programas de la barra infantil. El cuerpo humano tenía un número limitado de orificios y protuberancias y las formas de utilizarlos no podían variar demasiado. Sigüenza era muy ingenuo si esperaba doblegarla de esa manera: más bien estaba logrando fortalecer su repugnancia al sexo.

En ningún momento Laura sintió el menor asomo de excitación, pero la monotonía de los videos era una tortura difícil de soportar y temió ceder por cansancio a la presión del psiquiatra, que le susurraba al oído cada cinco minutos. «¿Ahora sí te estás calentando? ¿Ya te sientes húmeda? Tengo un dildo que te va a encantar». Contra el sexo mecánico, deshumanizado, bestial, no conocía mejor antídoto que el amor platónico, esa vieja y proscrita combustión del espíritu, nacida de un furtivo cruce de miradas, que bastaba para encender en el alma una hoguera perenne. El divino Petrarca y los trovadores renacentistas no exageraban: su propia experiencia le había enseñado que el amor sin contacto carnal era un estado de gracia, el único vislumbre de la gloria concedido a los pobres mortales. Lo sabía porque amaba en secreto a un compañero de escuela, casi tan tímido como ella, con quien apenas había cruzado palabra, por temor a sufrir una desilusión.

Se llamaba Francisco Lazcano y era estudiante de Letras Clásicas. Delgado, frágil, de cara infantil y mirada taciturna, como un retrato de James Dean pintado por el Greco, tenía un aire de aflicción permanente, de sufrimiento reconcentrado, que demandaba a gritos el auxilio de una amiga maternal. Lo había conocido una tarde lluviosa en el café de la facultad. Abstraído del mundo, la mano apoyada en la barbilla, el mechón de pelo castaño sobre la frente, leía un grueso volumen empastado en cuero, cuando de pronto alzó la cabeza y cruzaron una mirada cómplice, punzante, cargada de electricidad. Le bastó leer un momento en sus ojos para sentir que lo conocía de una vida anterior. Más tarde coincidieron en un curso de Estética de lo Obsceno y descubrió que además de ser atractivo, tenía una mente inquieta y un afilado sentido crítico.

Francisco no se parecía en nada a los estudiantes modelo que se pavoneaban por las aulas con el torso desnudo, en espera de que una maestra o un profesor invertido se los llevara al cuarto oscuro de la facultad. Él quería valer por su intelecto, y aprobaba todos los exámenes sin necesidad de hacer favores sexuales, conducta que lo había marginado de todas las palomillas. Laura hubiera querido conocerlo mejor y abrirle su corazón. Pero ¿quién le aseguraba que no era un don Juan embozado, como tantos sementales que se hacían los tímidos para desvirgar niñas inexpertas y obtener diez cupones en la libreta de racionamiento? Por temor a la desilusión se había resignado a seguirlo de lejos, a templar su alma en los rigores de un amor puramente contemplativo. El sacrificio no había sido inútil, pues ahora, cuando necesitaba todo su coraje para soportar la tortura de Sigüenza, antepuso el rostro del amado a la plétora de penes, culos y vaginas que infestaban su campo visual. Un pequeño esfuerzo de concentración bastó para borrar de sus ojos y de su mente el desfile de órganos sexuales. Al verla impasible y con el pulso sereno, el psiquiatra dedujo que algo le estaba saliendo mal.

—¡Basta ya! Con estas mojigatas de mierda no sirve de nada la sugestión —se volvió hacia la celadora—. Prepárela para un tratamiento hormonal.

Cuando la negra quiso inyectarla en el brazo, Laura opuso tal resistencia que fue preciso llamar a dos guardias de seguridad para someterla. Entre los dos la subieron con dificultad a una camilla con ruedas y la llevaron al salón de terapia intensiva, donde un joven enfermero con tapabocas le aplicó un sedante por vía intravenosa. A pesar de la inyección se mantuvo más de una hora despierta y lúcida, sostenida en pie por una fuerza interior que le impedía claudicar. «Ahora viene lo peor —pensó—, me darán yohimbina o alguna droga más potente para obligarme a coger como una vaca en celo». Cuando el médico la dejó sola vio una bandeja con instrumentos quirúrgicos a un lado de la cama. Estiró la mano izquierda hasta donde se lo permitía la correa que la sujetaba y logró asir con los dedos un bisturí: si el doctor Sigüenza pretendía excitarla por medios químicos se daría muerte como la casta Lucrecia. Su inmólación sería una victoria del amor puro sobre el hedonismo salvaje, un golpe demoledor para los verdugos del sentimiento, que habían convertido la tierra en un gigantesco burdel. Sí, necesitaba salvar su honor para renacer en el mundo de las ideas puras, donde los cuerpos eran apenas recuerdos evaporados. Allí se encontraría con Francisco, desprovistos ambos de su envoltura carnal, y escucharían juntos la música de las esferas, con la serena felicidad de los espíritus superiores que triunfan sobre la muerte.

Doblegada por el sedante, Laura aflojó el puño y dejó caer el bisturí debajo de la camilla. Permaneció anestesiada más de quince días, mientras los endocrinólogos más renombrados del país le suministraban drogas para estimular su apetito sexual. Sigüenza revisaba todos los días los informes clínicos y pronosticaba con aires de fanfarrón: «Pronto la veremos gatear pidiendo verga». El tratamiento embelleció más aún el floreciente cuerpo de Laura, que adquirió mayor elasticidad y turgencia. Los propios médicos la miraban con lujuria y Sigüenza tuvo que redoblar la vigilancia al pie de su cama, para que ninguno se atreviera a violarla mientras dormía. Las órdenes del presidente Molina eran muy claras: había que presentar la curación de Laura como un triunfo de la ciencia médica sobre la castidad reaccionaria. Si la obligaban a tener un orgasmo, la eficacia propagandística del tratamiento sería nula. Era indispensable mostrar a la virgen rebelde en perfecto estado de salud, disfrutando del sexo por voluntad propia. Aunque Sigüenza había hecho todo lo humanamente posible para predisponerla al placer, temía, sin embargo, que a la hora de enfrentarla con un hombre, sus resistencias morales prevalecieran sobre el deseo. Necesitaba estar seguro de que Laura no rechazaría al varón elegido para desflorarla. ¿Pero a quién escoger, si todos los hombres del mundo le daban asco? Se devanaba los sesos buscando la solución del problema

cuando entró a su despacho el doctor en cibernética Luis Castanedo, a quien había encargado sondear el cerebro de Laura.

—Buenas noticias. El microcircuito registró los pensamientos de tu paciente en una cinta de plasma óptico y acabo de revelar la imagen —le entregó un sobre de papel manila que contenía la foto en alto contraste de un joven macilento y desgarrado, con la mitad del rostro sumergida en un libro.

—¿Quién es?

—El príncipe azul de la virgencita. Piensa en él a todas horas, incluso bajo los efectos de la anestesia.

Sigüenza silbó entre dientes. Tenía en las manos el triunfo más importante de su carrera, el áureo colofón de una vida consagrada a la ciencia. Se vio condecorado por el presidente Molina, la banda tricolor en el pecho, los testículos engalanados con un suspensorio de lentejuela, mientras su mujer, en observancia del protocolo, succionaba comedidamente los pezones de la primera dama. Señoras y señores, queridos colegas, no tengo palabras para agradecer este altísimo honor...

Laura despertó por etapas de su largo sueño, como un ciego que se acostumbra a la luz después de una larga temporada en las tinieblas. Al descubrir que ya no tenía en el puño su salvoconducto a la gloria, dejó escapar un gemido de angustia. Sin el bisturí no podría eludir las temibles drogas de Sigüenza, ni la consiguiente deshonra pública. Alguien se había llevado también su camión de paciente y estaba desnuda. El lugar donde se encontraba, un amplio recinto circular con paredes acojinadas, no parecía un cuarto de hospital sino una antesala del purgatorio. El mobiliario se reducía a una enorme cama de agua cubierta con una piel de leopardo. La piedra de los sacrificios, pensó con un escalofrío. Más que nunca ansiaba la muerte, pero en ese mullido calabozo ni siquiera podía estrellarse contra las paredes. Saltaba a la vista que Sigüenza había acondicionado la alcoba para una escena cachonda. Lo confirmó al levantar la cabeza y ver una cúpula de vidrio en lugar del techo: seguramente un equipo de especialistas la observaba desde ese abyecto mirador. Por dignidad cubrió su desnudez con la piel de leopardo. Entonces una llamarada bajó de su pecho a su vientre, como si hubiera ingerido una cápsula de cianuro.

¿Acaso la piel de leopardo era una manta eléctrica? No, el incendio brotaba de su propia carne, como si tuviera en las venas un reguero de pólvora. Agua, por favor, necesitaba zambullirse en agua helada, morder un carámbano, lo que fuera con tal de apagar ese hervor. El hormigueo era tan atroz que a pesar de su natural decoro cayó sobre la cama de agua y se retorció como iguana en comal caliente.

—Ya es hora, háganlo pasar —se oyó desde lo alto la voz de Sigüenza, que observaba la escena tras la cúpula de vidrio, en compañía de fotógrafos, reporteros y funcionarios de Estado.

En representación del presidente Molina engalanaba la ceremonia el general Ignacio Requena, ministro de la Defensa, a quien Sigüenza había cedido la butaca de honor. Por una puerta corrediza accionada a control remoto, entró al salón un joven desnudo que se tapaba el sexo con un libro abierto. A juzgar por los moretones de la cara y los brazos, había opuesto una feroz resistencia. Laura reconoció con un sobresalto a Francisco Lazcano.

—Aquí tienes lo que deseabas, hijita. —Sigüenza le anunció por el micrófono—. Abrázalo, tonta, no le niegues tus besos al hombre que amas.

—Me trajeron a la fuerza —se apresuró a informarle Francisco—. Dicen que tú piensas mucho en mí.

—Silencio, idiota —lo regañó Sigüenza—. Más tarde podrás platicar a tus anchas. ¿No ves que la señorita se está muriendo de ganas?

En efecto, Laura temblaba de ansiedad y mordía la piel de leopardo con el rostro desencajado. Húmeda como un pantano, a duras penas podía contener sus ganas de saltar sobre Francisco. No acertaba a comprender cómo pudo haberle profesado un amor tan puro, cuando ahora le parecía evidente que siempre quiso devorarlo.

¿Era el amor platónico una falsificación del deseo, un «subterfugio neurótico para postergar el coito, causante de graves trastornos físicos y mentales», como dictaminaba la Enciclopedia Oficial de Ciencias y Humanidades? ¿No existía pues la genuina comunión de las almas, exenta de cualquier apetito carnal? Sin duda estaba bajo los efectos de la yombina, por eso flaqueaban sus convicciones. Para evitar una vergonzosa claudicación tenía que armarse de coraje, como María Egipciaca en el desierto de Palestina. Largo de aquí, Asmodeo; atrás, Príncipe de las Tinieblas. El amor verdadero existía, no podía ser una quimera, o mejor dicho existía precisamente por ser la más bella, la más adorable de las quimeras.

Afirmada en esa creencia, logró aplacar un momento sus ardores. Pero entonces vio erguirse el miembro de Francisco, enorme para un joven de apariencia tan poco viril, y ante ese prodigio arquitectónico su voluntad volvió a desmayar. Oh, delicia suprema, tener adentro ese mástil, navegar con velas desplegadas en los mares de una turbulenta pasión. Iba a tocarlo con la punta de los dedos cuando Francisco dio un paso atrás, y juntando el pulgar con el meñique, le hizo la señal convenida por los miembros del Frente Espiritualista para reconocerse en casos de apuro. Laura no pertenecía a la organización, pero simpatizaba con su causa y conocía el lenguaje manual de los frentistas, inspirado en los códigos de las viejas logias masónicas. Avergonzada de su flaqueza, retrocedió de un salto al otro extremo del cuarto. Arrodillado, Francisco se golpeó el pene con el lomo del libro, hasta que la terca erección empezó a ceder.

—Pendejo, maricón, voy a ordenar que te capen —estalló Sigüenza—. ¡Llévense a los dos y pónganles cepos!

Odiaba quedar en ridículo delante de sus superiores y se apresuró a inventar excusas en un tono didáctico:

—Todavía me falta trabajar con la libido de los muchachos, pero el éxito de la terapia está asegurado, sólo necesito un poco de tiempo.

Su explicación dejó insatisfecho al temible general Requena, que se había excitado al observar la escena y tenía empañados los anteojos.

—Comprendo sus dificultades, Sigüenza, pero el presidente quiere resultados.

—Los tendrá, le juro que los tendrá —prometió.

—Más le vale, doctor —amenazó Requena—. Los noticieros de televisión ya dan por hecha la curación de la enferma —y se despidió con una mueca de escepticismo.

Obligado a un ejercicio de autocrítica, Sigüenza redefinió su estrategia con la mente fría: le había administrado demasiadas drogas a Laura y una sobredosis podía ser fatal. Que Francisco hubiese resultado un fanático espiritualista complicaba las cosas.

¿Pero acaso la ternura no era un afrodisiaco tan eficaz como la yombina? Los cursis de la prehistoria pasaban con facilidad de los suspiros a los jadeos: solo necesitaban una coartada sentimental para obedecer al instinto. Emplear el romanticismo con fines terapéuticos era una grave desviación ideológica, tipificada como delito de conciencia en el Código de Honor Médico. Por menos que eso, la policía secreta había desaparecido a muchos psiquiatras de ideas avanzadas. Sigüenza no tenía vocación de mártir: en público se adhería al dogma oficial sobre la inmaculada animalidad del coito, pero la experiencia le había enseñado que en toda cópula voluntaria siempre había un ingrediente afectivo. Era imposible erradicarlo por decreto, como quería el gobierno, y un terapeuta audaz podía servirse del sentimiento para estimular la libido.

En vez de forzar el encuentro sexual de los tórtolos, decidió crearles un ambiente propicio a las expansiones del corazón y dejar que la naturaleza hiciera el resto. Gracias a su cercanía con el presidente Molina, obtuvo un permiso para trabajar a puerta cerrada y se sacudió la molesta vigilancia del general Requena. Mandó poner una falsa chimenea para volver más acogedora la alcoba redonda, perfumó el ambiente con varas de incienso, cambió la piel de leopardo por un edredón azul cielo y la luz blanca por una iluminación tenue. Como refuerzo auditivo, grabó una larga pista musical con piezas de Tchaikovsky, Ravel, Donnie Osmond y Andrea Bocelli.

—Ahora sí, vuelvan a traer a la parejita —ordenó a los guardias—. Si no se derriten con esto, los mando fundir con soplete.

Pasado el efecto de la droga, Laura tenía el ánimo sereno, pero no quiso exponerse a ver a Francisco desnudo y entró al cuarto con los ojos cerrados. A pesar de haber vencido a la tentación, temía que el muchacho se hubiera forjado una idea equivocada de ella.

«Creerá que soy una puta —pensó— y quizá no le falte razón». Francisco tampoco se atrevía a mirarla. Perturbado por el olor de Laura, provocativo como el de todos los cuerpos vírgenes, tenía que hacer prodigios mentales para evitar una nueva erección. Permanecieron callados más de tres horas, sin atreverse a despegar los ojos. Laura se sentía sucia, culpable, indigna, y el prolongado silencio le descompuso los nervios. A pesar de sus esfuerzos por sufrir en silencio, Francisco la escuchó sollozar.

—No, llores, por favor —le dijo—. Una rebelde como tú no debe quebrarse.

—¿Rebelde yo? —gimoteó Laura—. Pero si hace rato estuve a punto de violarte.

—Olvida eso. Con tu ejemplo has dado un gran impulso a la causa.

—¿Qué ejemplo? A mí nadie me conoce.

—Te equivocas. Allá afuera tienes miles de seguidores, que sólo esperan una palabra tuya para tomar las calles.

Confundida, Laura pidió explicaciones, y Francisco la puso al tanto de lo ocurrido a partir de su arresto. Como Laura no era vanidosa ni tenía ambiciones políticas, su repentina fama le causó más estupor que alegría. No estaba preparada para ser una dirigente política y sintió que le caía encima una responsabilidad muy gravosa. Pero al mismo tiempo la colmó de orgullo haber conquistado la admiración de Francisco. El amor limpio y puro que había creído matar con su espurio deseo, renació con la fuerza de un huracán.

—Somos compañeros en la facultad, ¿sabes? Pero tú eres tan distraído que nunca te enteraste de mi existencia.

—Te equivocas. Me he fijado mucho en ti, porque eres muy bonita —el piropo aceleró el ritmo cardiaco de Laura—, pero creía que eras una niña frívola, de esas que te empiezan a bajar la bragueta apenas les haces conversación.

—Yo, en cambio, me di cuenta enseguida de que no eras como los otros.

—¿Cómo lo supiste?

—Porque el alma se te salía por los ojos. Los atletas sexuales enfrascados en la carrera de orgasmos ya no tienen brillo en la mirada. El placer los ha vaciado por dentro.

—¿Sabes una cosa? —Francisco exhaló un hondo suspiro—. Quisiera abrir los ojos.

—¿No tienes miedo?

—Ya no. Tú me has quitado el temor. Somos camaradas y debemos unir nuestras fuerzas para vencer a la tentación.

Desde una cabina de audio provista de tornamesas y monitores, Sigüenza se entusiasmó con el rumbo que tomaba la charla y para estimular la sensiblería de Francisco pidió al técnico de sonido un bolero de la Rondalla Tamaulipeca: «Novia mía, novia mía, cascabel de plata y oro, tienes que ser mi mujer...». Laura fue la primera en abrir los ojos, y al descubrir que el set pornográfico se había convertido en una acogedora alcoba nupcial, comprendió de inmediato la nueva estrategia de su terapeuta.

—Ten cuidado —previno a Francisco—. Parece que el doctor Sigüenza nos quiere ablandar.

Pero Francisco ni siquiera reparaba en la escenografía, encandilado por los ojos límpidos y serenos de Laura, que irradiaban una luz de aurora boreal. Todo se oscurecía a su alrededor, incluso el propio cuerpo de Laura, difuminado por el resplandor de esos soles negros. Francisco se puso de pie y con pasos de sonámbulo caminó hacia Laura, que experimentaba la misma atracción magnética, acompañada por una anestesia de los sentidos. «Ahora comienzan los besitos y luego el faje», pensó Sigüenza, frotándose las manos en su puesto de vigilancia. Pero Francisco tenía el miembro flácido y no dio señales de turbación al sentarse al lado de Laura.

—Perdóname mi ceguera —le dijo tomándola de la mano—. Creí que era imposible encontrar a alguien como tú.

Disipados todos sus miedos, Laura le contó cómo había seguido sus pasos por la Facultad de Letras, sin atreverse jamás a romper el hielo. Francisco también le abrió su corazón: él no había podido conservarse virgen, porque a veces su cuerpo lo traicionaba. Pero no obstante haber tenido aventuras con amantes desechables, aspiraba a un amor más elevado, inmune a las mudanzas del tiempo. Aborrecía el sexo como deporte, la narcisista competencia de proezas amoratorias en que sus hermanos mayores lo habían querido involucrar desde los primeros años de la adolescencia. Por su rechazo al sexo envilecido se había convertido en un bicho raro, y ahora vivía en el cuarto de la azotea, donde al menos no tenía que presenciar las cotidianas orgías familiares, donde tomaban parte hasta sus abuelos. Leía catorce horas diarias para evadirse de la realidad y conocer a fondo las épocas donde el amor era algo más que una necesidad fisiológica. Oh, cielos, cuánto le hubiese gustado ser un trovador medieval, guardarle fidelidad por años y décadas a una mujer a la que sólo amara con el pensamiento. Había llegado a creer que esa forma de amor era una ruina arqueológica, un sentimiento extinguido junto con la antigua civilización. Pero ahora, contemplándola, comprendía que la victoria del espíritu sobre la carne era posible en todo tiempo y lugar.

—¿Sabes que te miro desnuda y tu cuerpo me deja totalmente frío?

—Gracias —se sonrojó Laura—. Nunca me habían dicho cosas tan tiernas.

Pasadas las declaraciones de amor, bajaron la voz para hablar de la angustiada pesadilla que les había tocado compartir. Laura refirió a Francisco su frustrado plan de cortarse las venas.

—Me falló la primera vez, pero voy a volver a intentarlo. ¿Por qué no hacemos un pacto suicida?

—Mientras haya esperanza, el suicidio es una cobardía.

—¿Y tú crees que tengo esperanza?

—Laura chasqueó la lengua—. Si vuelven a darme yombina vamos a terminar revoleándonos en la cama y antes que eso prefiero la muerte.

—No desfallezcas. —Francisco le apretó la mano—. El sol empieza a despuntar cuando más oscura es la noche.

La conversación se prolongó hasta altas horas de la madrugada, sin la menor sombra de un roce corporal. Hablaron de libros, de política y de religión, descubrieron que tenían el mismo color favorito (amarillo), y el mismo día de la suerte (jueves), imaginaron una civilización erigida sobre nuevas bases, donde el cuerpo sería un servidor y no un tirano de la mente, y hasta se confiaron lo que habían sentido uno por el otro cuando estuvieron a punto de sucumbir al deseo. Sigüenza cayó vencido por el sueño y dejó encendido el circuito cerrado de televisión, para revisar al día siguiente el video de la charla. Poco después Laura cerró los ojos y Francisco la arropó con el edredón azul. Hubiera querido introducirse en sus sueños, componer un himno siguiendo el ritmo de su pausada respiración. Si despierta Laura tenía un halo de candor, dormida era la pureza personificada, una criatura sublime que le inspiraba un respeto casi religioso. Y esa niña angelical, bajada del cielo con una misión redentora, estaba en las garras de un protervo psiquiatra que tarde o temprano acabaría por tronchar su inocencia. «El Frente Espiritualista sufriría un duro revés al perder a su máxima líder moral. Y lo peor es que yo mismo voy a cometer el atentado sacrílego —pensó—, yo que la venero como una diosa».

Interrumpió sus sombrías reflexiones la llegada del celador que traía la bandeja con el desayuno. Al oír el ruido de la puerta electrónica, Francisco se recostó en la cama y cerró los ojos. El corpulento negro dejó la charola sobre el buró, bostezó con los brazos extendidos y se apartó de la cama para regar los jarrones de crisantemos. En ese momento Francisco le saltó encima. A pesar de su aparatosa caída, el guardia se recuperó pronto y echó mano a su pistola de rayos láser, pero Francisco logró soltársela de un puntapié. Rodaron abrazados por la alfombra de peluche, entre pujidos y maldiciones. Superior en peso y musculatura, el negro se montó a horcajadas sobre el vientre de Francisco. Alargando el brazo logró asir la pistola de rayos láser y la colocó en la sien del muchacho: «Te vas a morir, hijueputa». Pero Laura se había despertado con el ruido de la pelea, y cuando el celador se disponía a jalar del gatillo le estrelló un jarrón en la cabeza. La puerta electrónica de la sala se había quedado abierta. Tomados de la mano, Laura y Francisco salieron a un pasillo iluminado con foquillos verdes y subieron por una escalera eléctrica hasta la cabina de video donde Sigüenza dormitaba en un sofá reclinable. Francisco lo despertó de un empujón y le atenzó el cuello con el antebrazo, apuntándole al pecho con la pistola de rayos láser.

—Arriba, viejo. Vas a ser nuestro rehén.

Guiados por Sigüenza, recorrieron un dédalo de corredores, rampas y patios amurallados hasta llegar a la puerta principal del sanatorio, donde se había formado una valla de tiradores para

cerrarles el paso. Francisco abrazó a Laura y puso a Sigüenza como escudo contra los disparos. Al ver que los policías no se atrevían a hacer fuego, les ordenó con la voz jadeante:

—¡Apártense, perros! Quiero un coche eléctrico a la puerta, con la batería cargada hasta el tope. ¡Al menor movimiento en falso, el doctorcito se muere!

La fuga de Laura y Francisco puso en evidencia las grietas del Sistema de Seguridad Nacional y llenó de cólera al presidente Molina, que hubiera preferido sacrificar al doctor Sigüenza con tal de detener a los prófugos. Perdido el respeto a las fuerzas del orden, el Frente Espiritualista había salido de sus catacumbas y ahora organizaba mítines relámpago en las estaciones del Metro y en las aulas universitarias, invitando a la población a una huelga general de orgasmos. Por supuesto, los noticieros televisivos no habían dicho una palabra sobre la fuga: la polémica de moda era discutir qué futbolista tenía el pene más largo y cada noche una famosa actriz o un modisto gay daban su opinión sobre el tema. El cerco desinformativo funcionaba a la perfección, pero Molina temía que la inquietud creciera hasta volverse incontrolable y respondió a la ola de agitación con una escalada represiva: envió granaderos a las universidades, mandó hacer redadas en las librerías de viejo donde los estudiantes compraban literatura subversiva, y ordenó detener a todo sospechoso que circulara por la calle sin su orgasmógrafo, así se tratara de ancianos o minusválidos. Como medida complementaria, encargó al Ministerio de Propaganda una tupida campaña de prensa, radio y televisión para prevenir a la niñez contra el flagelo de la castidad. Pero su mayor preocupación era Laura Cifuentes. Mientras ella estuviera suelta no podría gobernar tranquilo. Aunque el tesoro público estaba en bancarota, ofreció a los cuerpos policiacos una recompensa de 30 mil cupones de racionamiento por su captura. La quería viva, para darse el gusto de perforarle el himen con un plátano macho.

Entretanto, Laura hacía un difícil noviciado como luchadora social. Acogida como una santona por la dirigencia del Frente Espiritualista, vivía a salto de mata en distintos domicilios, bajo agobiantes medidas de seguridad. La actitud reverencial de sus camaradas, que escuchaban sus palabras como un oráculo, la colocó en un grave predicamento, pues no tenía don de mando ni capacidad organizativa. Gracias a los consejos de Francisco logró trazar los nuevos lineamientos de resistencia civil y extender los tentáculos de la organización a las regiones más apartadas del país. Pero de noche, a solas con su conciencia, se preguntaba si no estaría cometiendo un colosal disparate. Le preocupaba el fanatismo de algunos grupos radicales, como la Unión de Castrados, partidarios de un mundo sin órganos sexuales, donde el género humano se reproduciría por clonación, y el Comando Jesuita de Acción Civil, cuyos militantes secuestraban a libertinos famosos y ponían bombas en las academias de sexo oral. Tampoco simpatizaba con los neopuritanos, que cosían la vagina a sus hijas recién nacidas para preservarlas del hedonismo corruptor y se flagelaban hasta sangrar cuando tenían poluciones nocturnas. Por suerte había también corrientes moderadas, las de menor peso político, que no intentaban aniquilar la sensualidad del cuerpo humano, sino restablecer el carácter sagrado del amor carnal. Los ideólogos más liberales de la organización incluso toleraban las muestras de ternura, siempre y cuando no degeneraran en lascivia. Su actitud permisiva enfurecía a los duros del Frente, que los consideraban traidores y en cada asamblea general pedían su expulsión.

No era fácil conciliar a militantes de tendencias tan divergentes y convencerlos de unirse para luchar por un objetivo común. Sólo Laura había logrado ese milagro gracias a su aureola de mártir, que tenía la fuerza aglutinadora de las antiguas imágenes religiosas. Para explotar ese don,

Francisco le ayudaba a redactar comunicados semanales, escritos «desde algún lugar de la corrupta Babilonia», donde convocaba al pueblo a recuperar la soberanía corporal y repudiaba la dictadura sanguinaria del depravado Irving Molina. Impresos en rotativas clandestinas, los comunicados infundieron esperanza a millones de oprimidos y provocaron un endurecimiento del régimen. La feroz persecución policiaca obligó a los disidentes a reforzar el cordón de seguridad en torno a Laura. Sus apariciones públicas no podían ser anunciadas, ni siquiera en la red de comunicación clandestina del Frente, y requerían una cuidadosa planeación a cargo de un equipo de expertos en logística. Se presentaba en los lugares más insólitos, donde ningún esbirro del gobierno hubiera pensado encontrarla. Escoltada por cuatro agentes de seguridad, entraba de pronto a un bar sadomasoquista disfrazada de mesera, con falda y chaleco de cuero. A una seña de los escoltas, un hombre con agujas en los pezones que gemía de dolor y placer bajo los tacones puntiagudos de una maitresse, se levantaba del suelo y le hacía una caravana: «Sígame, por favor». Guiada por el falso masoquista, recorría una maraña de pasadizos y túneles húmedos, apestosos a meados de rata, que desembocaba en un pequeño auditorio forrado con paredes de corcho, donde un centenar de personas esperaba con avidez el bálsamo de sus palabras. Otras veces, las juntas tenían lugar en un salón tailandés de masajes, o en la residencia de una famosa actriz porno, recién convertida al espiritualismo, que cedía el traspacio de su casa para las reuniones del frente, mientras atendía en la cama a políticos y banqueros.

Maravillado por la formidable respuesta popular a los comunicados de Laura, Francisco deseaba aprovechar la favorable coyuntura para emprender una lucha frontal contra el régimen.

—Tu correo electrónico está saturado de correspondencia y nuestro portal de internet es el más consultado del país —gritaba eufórico—. Hasta en los círculos cercanos al poder tienes partidarios. Es el momento de sorprender al gobierno con una gran demostración de fuerza, para que los aún indecisos se unan a nuestra causa.

Laura aceptó encabezar la concentración de masas, siempre y cuando se garantizara la seguridad de los asistentes.

—Por eso no te preocupes, mi amor —la tranquilizó Francisco—, solo necesitamos distraer al enemigo un par de horas.

Su plan era colocar artefactos explosivos en distintos puntos de la capital, programados para estallar a la hora del mitin. Prevenida por una voz anónima, la policía tendría que enviar expertos a desactivar las bombas y acordonar las zonas en peligro. Ocupados en esa faena, los granaderos no podrían acudir a disolver el mitin, que tendría lugar a las cinco de la tarde en la explanada del Parque Sodoma. Y por si acaso no funcionara el garlito de las bombas, los propagandistas del frente repartirían volantes con información falsa, para hacerle creer a la autoridad que la manifestación se efectuaría en la Plaza Mónica Lewinsky, al otro extremo de la ciudad.

—Cuando los granaderos se den cuenta del engaño, nuestro mitin ya habrá terminado.

Era un plan complicado y lleno de riesgos, pero Laura se había comprometido a ofrendar la vida por la causa y no pudo negarse a participar. La víspera del mitin pidió a una peinadora que le hiciera un chongo idéntico al de Evita Perón en su última presentación pública. Esta vez no leería un discurso escrito por Francisco: quería decir con sus propias palabras lo que le saliera de las entrañas. Con un vestido blanco de moaré, una sencilla diadema, y el rostro limpio de maquillaje, subió al templete del Parque Sodoma entre las ovaciones de la multitud. Según los hiperbólicos cronistas del acto, «rivalizaba en hermosura con las vírgenes vestales de la antigua Grecia». La marea humana se había desparramado por las calles aledañas al parque y entonaba cánticos religiosos.

Contagiada por su entusiasmo, Laura empuñó con firmeza el micrófono inalámbrico y exclamó con su dulce pero enérgica voz:

—¡Compañeros! Después de una larga y penosa resistencia civil, después de soportar infinitas humillaciones, después de muchos años a la sombra, todos los que luchamos por defender la dignidad del hombre y de la mujer hemos salido a la calle para decir: ¡Ya basta! El ser humano no es una bestia lujuriosa, es una criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, con una elevada misión espiritual. Los idólatras del placer, los hedonistas envilecidos que nos dictan leyes y estilos de vida celebran con cinismo la muerte del alma. Se equivocan, señores: ¡aquí hay un millón de almas que aspiran a la felicidad y quieren librarse de sus cadenas!

Un aplauso atronador la obligó a interrumpirse. Los fotógrafos encaramados en las copas de los árboles la cegaron con sus flashazos. Hubo porras acompañadas de ruidosas matracas y salieron a relucir pancartas con leyendas que la ensalzaban como virgen y mártir. A unos pasos del templete, el contingente de la Unión de Castrados lanzaba su grito de guerra: «Duro, duro, duro». Laura levantó los brazos pidiendo silencio y la masa enmudeció al instante.

—La vida tiene muchos encantos aparte del sexo. Quienes practicamos la abstinencia por convicción, sabemos que el trabajo, la caridad, el estudio, la sana alegría, proporcionan satisfacciones muy superiores al miserable deleite carnal. No es verdad que el sistema totalitario busque nuestra felicidad: lo que desea y ha logrado por muchos años es tenernos embrutecidos, sumisos, dóciles, para seguir saqueando impunemente la riqueza de la nación. Obligar a las parejas a cubrir una cuota de orgasmos es una flagrante violación a los derechos humanos. No debemos tolerar que el Estado regule la actividad sexual de la población por medio de un infamante aparato adherido a nuestra piel. Erradiquemos para siempre este símbolo de opresión. —Laura sacó un orgasmógrafo de su escote, y empezó a despedazarlo con un martillo—, ¡destruyamos todo lo que nos ata con el pasado, para erigir en su lugar una sociedad libre, justa, civilizada, donde el verdadero amor pueda renacer!

Enardecidos hasta la demencia, los manifestantes imitaron a Laura y pisotearon sus orgasmógrafos en una histérica danza de saltimbanquis. Los líderes del Frente Espiritualista que la acompañaban en el templete quemaron carteles con la efigie de Irving Molina, y el líder de la Unión de Castrados mostró orgullosamente a la multitud su sexo mutilado. Pasada la euforia, Laura quiso reanudar el discurso, pero acalló sus palabras el ruido de un helicóptero que sobrevolaba el parque. No supo de dónde vinieron los primeros disparos, sólo tuvo tiempo de echarse al suelo para esquivar las ráfagas de metralla que barrieron con la directiva del frente. Por el rabillo del ojo vio los tanques dispersando a la multitud, y el cadáver de una mujer sobre un charco de sangre. Era lógico, el canalla de Molina no podía permitir que la insurrección popular siguiera creciendo. Francisco le arrojó su gabán a la cabeza para que los tiradores no pudieran identificarla con facilidad. Se arrastraron como gusanos bajo la armazón del templete, y al salir a la superficie corrieron hacia la orilla del parque. Los disparos de mortero, las granadas expansivas, los fregonazos que dejaban una raya negra en el césped les pasaban zumbando a unos centímetros de la piel. Protegidos por una cortina de matorrales lograron deslizarse hasta una de las calles aledañas al parque, el bulevar Mesalina, que estaba bloqueado por un camión del ejército. La súbita aparición de una patrulla militar los obligó a esconderse en un enorme contenedor de basura donde permanecieron más de seis horas. No se atrevieron a sacar la cabeza hasta que la matanza terminó y la Cruz Roja recogió a los heridos. Ya era de madrugada cuando llegaron a dormir a un local clandestino del Frente, en la azotea de una clínica para el agrandamiento del pene. Rozado por una bala, Francisco sangraba del brazo y Laura le cubrió la hemorragia con paños húmedos.

—Yo tuve la culpa —se lamentó Francisco—, debí prever que no sería tan fácil despistar a esos hijos de puta.

Ambos apestaban a basura y no podían bañarse porque el local no tenía ducha. El olor a verdura podrida obró sin embargo un efecto relajante sobre sus nervios, como si hubieran aspirado humo de hachís. Se acostaron en un tapete raído y Laura reclinó la cabeza en el hombro de Francisco. Todo había terminado, el frente nunca podría levantar cabeza después de ese artero golpe. Nadie vendría a consolarlos de la derrota, nadie iba a reponer sus reservas de coraje si ellos no las encontraban en sí mismos. En medio de las tetillas, Francisco tenía una hilera de vellos crespos que le bajaba por el abdomen y se internaba en las honduras de su pantalón. Por capricho infantil, Laura se puso a jugar con ellos, a rizarlos con los dedos, a dejar correr la mano más allá del ombligo. Era un juego exento de malicia, pero el cuerpo de Francisco lo entendió de otro modo y una tienda de campaña se irguió en su bragueta. Laura quiso retirar la mano, asustada por lo que había provocado, pero Francisco la atrajo a su cuerpo y le dio un beso en la boca, un beso largo, mordiente, goloso, que le produjo un eclipse total de conciencia.

Junto con el pudor perdió la memoria, como si hubiera vuelto a nacer con la mente en blanco. Francisco la desnudaba con urgencia, aventuraba los dedos por rincones inexplorados de su cuerpo, abolía el pasado en cada caricia. Era un tigre de Bengala y ella el aro de fuego suspendido en el aire, ansioso por ser traspasado. Su deseo no se parecía en nada al mórbido apetito sexual inducido por la yombina; esto era mil veces más delicado, un aleteo de mariposas en el vientre, un árbol con miles de pájaros naciendo bajo su piel. Al ser penetrada gritaron junto con ella todas las gargantas del mitin, arriba Laura Cifuentes, duro, duro, duro. El helicóptero ahora volaba en medio de sus piernas, como un abejorro jugueteón y perverso, mientras un francotirador apostado en sus muslos le disparaba ráfagas de metralla. En el clímax del placer sintió que sus padres la observaban desde el cielo con una sonrisa maligna. Cobardes, no me asesinen, detengan esta masacre en nombre de los Derechos Humanos.

Pese a la matanza del Parque Sodoma, el Frente Espiritualista no desapareció, si bien tuvo que recomponer sus cuadros dirigentes para suplir a los luchadores caídos. Laura quería renunciar a la presidencia del Comité Ejecutivo, pero sus compañeros no se lo permitieron. Pensaban que mientras ella infundiera aliento al pueblo, se podía recuperar el terreno perdido y atenuar los efectos intimidatorios de la masacre. Sólo adoptaron la precaución de someterla a una cirugía facial para despistar a la policía. Como parte de una campaña desinformativa, el gobierno había hecho circular la especie de que Laura había muerto en la balacera. Por disciplina, ella accedió a desmentir el rumor en un manifiesto donde convocó a la sociedad civil a reorganizarse para emprender «la batalla final». Pero ya no era la líder enjundiosa y volcánica de antes. Ahora trabajaba sin pasión, desgana, ausente, y aunque los miembros del comité trataban de levantarle la moral mostrándole los recortes de la prensa extranjera donde se acusaba a Molina de genocida, ninguna novedad esperanzadora podía reanimarla. Quienes la rodeaban atribuían su decaimiento a una crisis nerviosa provocada por la matanza. La verdad era que sentía asco de sí misma, pero le daba vergüenza reconocerlo.

Incapaz de refrenar su sensualidad, fornicaba con Francisco de día y de noche, siempre a escondidas, en flagrante contradicción con sus convicciones políticas. Cuando no profanaban los locales del frente iban a hoteluchos de paso, o se acomodaban en alguno de los fósiles automotrices que atestaban las calles desde la gran crisis de hidrocarburos del año 2036. Su doble vida la estaba

llevando al borde de la locura. Era hipócrita y deshonesto preparar una huelga general de orgasmos cuando ella disfrutaba veinte por semana. No solo defraudaba a sus compañeros vivos; también a los mártires del Parque Sodoma, que ahora la perseguían en sueños, como una jauría de canes rabiosos. A veces, después de la cópula, invadida el alma por una sensación de bienestar, pensaba que no se había traicionado del todo. Ella estaba en contra del sexo deshumanizado, no del amor placentero, y el hecho de acostarse con Francisco, a quien amaba por sus prendas espirituales, no la descalificaba moralmente para combatir al régimen.

¿Pero cómo explicarle esa sutil diferencia a los fanáticos sexófobos que entendían la política en términos de blanco o negro? A la menor vacilación ideológica, sus partidarios sospecharían que se había dejado corromper por el enemigo, y por nada del mundo deseaba caer en manos de la Comisión de Honor y Justicia, una especie de Santo Oficio que se encargaba de ajusticiar a los militantes de conducta réproba, estuvieran o no coludidos con el gobierno.

Ante su conciencia, Laura se justificaba con el argumento de que había llegado al sexo desenfrenado por el camino de la afinidad espiritual. Sin embargo, se daba cuenta de que su coartada moral tenía un punto flaco, pues el vínculo afectivo con Francisco se iba debilitando por la creciente desinhibición de ambos. Cada vez se acoplaban mejor en la cama. Habían pasado de la amistad platónica a la lujuria culposa, del ascetismo a la orgía perpetua. Les repugnaba ser tan calientes, pero la tentación de transgredir su código de pureza, demasiado estricto para dos temperamentos sanguíneos, los precipitaba día con día en mayores abismos de suciedad. Lo que había entre los dos ya no podía llamarse amor: más bien era un sórdido enclavamiento. A veces Laura trataba de atemperar el fuego de la pasión para no empañar demasiado el componente espiritual del amor, pero al sentir en el clítoris la áspera lengua de Francisco olvidaba por completo el decoro y gruñía de placer con el mismo impudor de su detestada hermana Fabiola.

Convertido en un padrotillo nihilista, Francisco le empezaba a perder el respeto. Llegaba de noche al departamento alquilado ex profeso para sus citas clandestinas, destapaba una cerveza y se apoltronaba en el sofá para ver los grotescos programas de concurso que antes aborrecía, donde las amas de casa embrutecidas por la propaganda oficial realizaban actos lésbicos o se metían botellas de Coca-Cola por la vagina a cambio de una estufa o un desayuno. Perpleja y dolida, Laura no acertaba a explicarse la transformación de Francisco. ¿Cómo podía reírse con el espectáculo de la degradación humana si toda la vida había luchado contra ella? ¿Dónde habían quedado sus sueños de construir un futuro mejor? «Está desesperado —suponía—, le avergüenza tanto haber caído en el lodo que se ha impuesto la penitencia de ver la tele para purgar sus culpas. Debe sentirse tan bajo y envilecido como esas amas de casa». De pronto Francisco soltaba un eructo que interrumpía sus meditaciones:

—Quítame las botas —ordenaba.

No eran maneras de pedir las cosas. Pero Laura aceptaba ese trato humillante porque sabía que, al agacharse a sacarle las botas, Francisco le daría un pellizco en las nalgas, luego se metería a curiosear por su entrepierna y terminarían revolcándose en el tapete, donde ella tomaría las riendas del placer como una intrépida amazona. Conservaba, sin embargo, pequeños restos de dignidad, y una noche se molestó cuando Francisco, bebido, la llamó al sofá tronándole los dedos.

—Óyeme, idiota, más respeto, que no soy tu esclava.

Francisco sonrió con malicia.

—Pensé que te encantaba ese papel.

—Siempre y cuando sea un juego.

—Ah, vaya, ahora resulta que estamos jugando. ¿Y qué tal si un día de estos me canso de jugar contigo? ¿Saldrías a buscar otro amante mejor que yo?

—Te estás volviendo un cretino.

—Y tú una hipócrita. —Francisco se puso de pie con gesto amenazador y tomó a Laura de la barbilla—. No quieras darte baños de pureza conmigo, Laura. Podrás engañar a los borregos que te ponen veladoras, pero yo sé muy bien de qué pie cojeas.

—Me das lástima. —Laura le retiró la mano—. ¿No te da vergüenza caer tan bajo?

—Fuiste tú quien me hizo caer — sollozó Francisco—. ¿O has olvidado ya quién empezó con esto? Yo te veía como una virgen inmaculada, pero reaccioné como un hombre cuando me provocaste.

—Solo eso me faltaba, tener que oír tus recriminaciones.

—Pues sí, te recrimino y te aborrezco, maldita ramera. Por tu culpa ya no puedo ver de frente a mis camaradas. ¡Soy una basura, el gusano más despreciable del mundo!

Francisco golpeó con el puño cerrado la pantalla del televisor hasta hacerla saltar en pedazos. Al ver chorrear su propia sangre perdió el conocimiento y se desplomó sobre los restos del cinescopio. Aunque las injurias de Francisco le habían calado muy hondo, Laura no tuvo corazón para dejarlo desangrarse en el suelo. Mientras él balbuceaba incoherencias, limpió sus heridas con agua oxigenada, le vendó la mano y lo dejó dormir la mona, pues quería esperar que volviera en sí para cobrarse el agravio. Francisco despertó como a las tres de la madrugada. Cuando apenas empezaba a enfocar las imágenes, Laura le soltó una andanada de insultos:

—¡Cobarde, baboso, hijo de puta! La peor estupidez de mi vida fue enamorarme de un maricón como tú. Ya estás grandecito para hacerte responsable de tus actos. ¿O qué?, ¿no tienes valor para enfrentarte a la vida? Yo no soy una violadora, pendejo. Lo que hicimos lo hicimos juntos. Pero ya puedes estar tranquilo; no volveré a tocarte ni con el pétalo de una rosa.

Laura giró sobre sus tacones y tomó su bolsa para salir, pero Francisco la sujetó del codo.

—¡Suéltame! —gritó ella, y al forcejear le dio un codazo en la mano herida.

Francisco se mordió los labios para reprimir su dolor. En vez de soltar un aullido la miró con una cólera teñida de lujuria. Sin necesidad de palabras ella adivinó sus deseos. Lo tomó de la mano y apretó sus nudillos con tal fuerza que le provocó una nueva hemorragia. Esta vez Francisco gimió de placer. Mientras la venda se coloreaba de rojo crecía más y más el bulto de su pantalón. Tentada por un duende perverso, Laura le abrió la bragueta, se apoderó de su miembro, rojo como un tizón, y le dio un artero mordisco en el glande. Entonces Francisco reaccionó con violencia, la puso en decúbito prono y le dio una cogida inmisericorde que Laura disfrutó hasta el delirio, pese a tener encajados en las rodillas los vidrios del televisor. Más que una reconciliación fue un rito caníbal, un ominoso recommienzo de hostilidades.

Condenada a la servidumbre sexual por haber perdonado sus groserías, Laura ya no pudo ni quiso invertir la correlación de fuerzas en la pareja. Por atender a su macho a cuerpo de rey descuidaba sus obligaciones en el Frente Espiritualista, que andaba al garete por falta de dirección. El gobierno había logrado infiltrar los cuadros medios de la organización y muchos locales clandestinos fueron allanados por la policía. Era urgente poner la casa en orden, pero Laura, pretextando enfermedades,

suspendía las giras de proselitismo y mandaba sustitutos a reemplazarla en los actos públicos. A nombre de la Comisión de Honor y Justicia, la beata Sancha, una matrona de anchas caderas, famosa por sus visiones místicas, la reconvino amistosamente por faltar a sus obligaciones.

—Tus hermanos te necesitan, Laura. Las malas lenguas ya empiezan a decir que estás liada con un varón. Hemos desmentido el infundio, pero si no te dejas ver más seguido, la gente empezará a sospechar de ti.

La intimidación surtió efecto y Laura dejó de ver a Francisco una temporada, para dedicarse por entero a la causa. Él también deseaba la separación. Había decidido ponerle un hasta aquí a la lujuria y se recluyó en la sede del Comando Jesuita, un seminario camuflado como sex shop, donde esperaba someter al demonio de la carne con flagelaciones y ejercicios espirituales. Ante la ofensiva policiaca del régimen, los estrategas del frente habían retomado la táctica leninista de dar dos pasos adelante y uno para atrás. Ya no aspiraban a tomar el Palacio de Invierno: se conformaban con dar pequeños golpes que mantuvieran en jaque a las fuerzas de seguridad y les redituaran prestigio entre la población civil. Los jóvenes más aguerridos, ansiosos por vengar a las víctimas del Parque Sodoma, formaron grupos armados que se encargarían de sembrar el terror en los altos círculos sociales. Con el objeto de disipar recelos, Laura se ofreció a encabezar una de esas brigadas y rechazó la custodia especial que le quisieron poner, para luchar codo a codo con los militantes de base. Metralleta al hombro, la cara cubierta por un pasamontañas, participó en el asalto a un lujoso burdel frecuentado por decrépitos carcamales que iban a refocilarse con Lolitas de 12 años. En la operación rescataron a veinte niñas enganchadas a la heroína y Laura se ofreció a regenerar a una de ellas, Paola, de aire desvalido y tiernos hoyuelos en las mejillas, que pocas veces se abrían, pues casi no tenía motivos para sonreír.

Era una niña encantadora, deseosa de aprender, que había perdido la autoestima por dedicarse a la prostitución, pero conservaba intacta la capacidad de soñar. Con amorosos desvelos y un tratamiento médico seguido al pie de la letra, Laura logró alejarla de la droga en pocas semanas. La niña le tomó afecto, y sin que ella se lo pidiera empezó a llamarla mamá. Consagrada de lleno a su educación, Laura no tenía un momento libre para pensar en Francisco y aun cuando fugazmente lo recordara, ya no sentía deseos de poseerlo. El milagro del amor maternal había sofocado sus bajos instintos. Era tan bello y gratificante jugar con Paola a los encantados, leerle *El principito*, llevarla los domingos a montar a caballo o responder a sus preguntas sobre la creación del mundo, que los placeres carnales le parecían ahora bagatelas de niebla, deformaciones grotescas del paraíso. Por fin creía vislumbrar el secreto de la vida: el sexo era un medio y no un fin. Dios con su infinita sabiduría había inventado la maternidad para que la mujer orientara sus mejores impulsos hacia un fin trascendente. Ningún orgasmo le había proporcionado tanta dicha como la sonrisa de Paola el día en que vieron juntas un video de *El cascanueces* en su montaje antiguo, sin las deplorables coreografías obscenas añadidas por la censura oficial. Fue como si el arcoíris se dibujara en esos hoyuelos y le inundara el corazón con una luz purgativa.

Recuperada la paz del espíritu, volvió a tomarle gusto a las tareas políticas y sorprendió a sus compañeros con audaces ideas para contrarrestar las campañas gubernamentales destinadas a incrementar el potencial orgásmico de las mujeres. Por instrucciones del presidente Molina, el Ministerio de Propaganda había saturado las azoteas con la imagen de una adolescente desnuda tocándose la vulva, acompañada por la leyenda: ¿Y tú, ya encontraste tu punto G? Laura propuso movilizar a los comandos del Frente para que al amparo de la noche sustituyeran el eslogan oficialista por la frase: ¿Y tú, ya encontraste tu alma? Modificar la leyenda de un día para otro en todos los anuncios espectaculares de la capital era una labor de titanes, pero Laura logró contagiar

su entusiasmo a las juventudes espiritualistas, que ansiaban obtener una victoria moral sobre la dictadura. Tras una jornada agotadora, donde se encargó personalmente de formar las brigadas y repartió botes de pintura y brochas a cientos de jóvenes, volvió a casa molida de cansancio, con ganas de echarse a la cama y dormir a pierna suelta veinte horas seguidas. Pero antes de acostarse oyó el recado que tenía en la contestadora:

—Soy yo, Francisco. Escúchame, Laura: he dado un paso muy difícil, pero necesario para mi salud espiritual. Esta mañana me presenté en la Comisión de Honor y Justicia y confesé todo lo que hubo entre los dos. Fue una exigencia de mis hermanos jesuitas: tenía que hacer un acto de contrición para alcanzar el perdón de Dios. No lo hice con afán de perjudicarte, comprende que tarde o temprano todos debemos pagar por nuestros erro...

Laura no necesitaba escuchar más y apagó la contestadora de un manotazo. Sabía que Francisco era un cobarde, pero no imaginaba que lo fuera a tal extremo. Y pensar que lo había idealizado cuando tenía una sublime idea del amor. Estúpida. Ella misma se había puesto la soga al cuello por confiar en el género humano. ¿Cuál era la siguiente escena de la tragedia? ¿Rendir cuentas pormenorizadas de su intimidad ante un tribunal político? Sí, señores del jurado, cuando hacía el amor con Francisco nunca pensaba en la causa, sólo en mi placer egoísta. Miren las huellas de los chupetones que tengo en el cuello. ¿Quiere decir algo en su descargo? Tengan clemencia, no soy un monstruo, me tocó vivir en una época en que el amor solo da frutos podridos.

Se tomó un coñac para entonar los nervios y tratar de ordenar las ideas. Estaba acorralada por todos los flancos. Paola era el único punto de apoyo que le quedaba y los fanáticos del frente no tardarían en quitársela, por su falta de solvencia moral para ser una buena madre. Pero no esperaba el castigo cruzada de brazos. Tenía que largarse pronto con Paola, salir del país a como diera lugar y empezar una nueva vida donde nadie la conociera, aprovechando que tenía cara y pasaporte nuevo. Entró a la recámara de la niña para despertarla y pedirle que hiciera rápido su maleta. Pero Paola no estaba en condiciones de hacer ningún viaje, porque ya había emprendido el suyo. Atontada al extremo de no poder espantarse las moscas, tenía los labios azules, la vista clavada en el techo y de su brazo derecho pendía una jeringuilla vacía. Laura la zarandé con todas sus fuerzas, le dio bofetadas, le echó agua en la cara. Todo era inútil: Paola estaba en otro mundo, y no quería saber nada de su abnegación maternal. Se derrumbó sobre la cama con un agudo dolor en el vientre, como si acabara de tener un aborto. Sobre la cabecera había un crucifijo de madera que debía velar el sueño de Paola. Iba a romperlo en pedazos, decepcionada de Dios, cuando escuchó los gritos que venían de la calle:

—¡Repudio total a la puta virginal! ¡Laura, urraca, tu cuerpo es una cloaca! ¡Los hermanos caídos escuchan tus gemidos!

Por una rendija de la persiana vio a la multitud que empuñaba teas ardientes. A la cabeza de la turbamulta distinguió a la beata Sancha, armada con un cuchillo cebollero. La flanqueaban los líderes de la Unión de Castrados, cuatro gigantones lampiños de sombrero tirolés y pantalón corto, que la maldecían con sus cristalinas voces de sopranos. Los jóvenes brigadistas que apenas ayer la veían con veneración ahora pedían su cabeza con los machetes en alto, inyectados los ojos de santa cólera. No tendré juicio, pensó, vienen a lincharme.

Subió corriendo las escaleras del edificio, justo a tiempo para escapar de las hordas que en ese momento forzaban la puerta del zaguán. Al llegar a la azotea se encaramó a un tinaco, tomó impulso y libró de un salto la distancia que la separaba del edificio contiguo. Saltando de una construcción a otra llegó hasta el último edificio de la manzana, un viejo cascarón habitado por roedores y

vagabundos. Bajó con mucho sigilo la zigzagueante escalera de incendios, que desembocaba en una calleja desierta y oscura. En la primera contraesquina miró a izquierda y derecha: ni rastro de sus perseguidores. Menos inquieta, corrió por la Calle Ninon de Lenclos en dirección a la Avenida Kama Sutra, una de las más concurridas de la ciudad, donde esperaba perderse entre los peatones que abarrotaban las sex shops. Pero cuando le faltaban menos de cien metros para llegar a la avenida, le salió al paso un escuadrón de la policía antimotines.

—Deténgase, señorita Cifuentes —dijo el comandante con un altavoz—. Tengo órdenes de respetar su vida.

¿Cómo se había enterado la policía de que estaba huyendo? ¿Acaso les filtró información algún espía infiltrado en el frente, o Francisco estaba haciendo un doble juego? Había logrado el milagro de que el gobierno y la oposición unieran fuerzas para lograr su captura. Tal para cual, pensó, en el fondo son dos ramas del mismo tronco autoritario. Aun si fuera cierto que el gobierno quería brindarle protección, la idea de volver a la clínica del doctor Sigüenza le horrorizaba más que la muerte y volvió sobre sus pasos a toda velocidad, entre las balas de goma que le disparaban los granaderos. Al doblar la esquina en la Calle Madonna se topó de frente con una falange de vándalos espiritualistas que destrozaban vitrinas y tomas de agua. La beata Sancha fue la primera en reconocerla: «¡A ella!». No tenía escapatoria: si corría en sentido contrario caería en manos de los polizontes. Como última tabla de salvación, buscó refugio en un estrecho callejón utilizado como garage para camiones de carga. Gracias al salvaje choque de frentistas y granaderos pudo esconderse en la nevera de un camión transportador de carne.

Entre las reses congeladas se sintió en familia, como si hubiera vuelto a casa tras un largo viaje. Hasta pensó cómo se verían sus padres abiertos en canal y colgando de un gancho. Carne para el placer, carne para el matadero, carne de horca, eso era la humanidad y ella no sería la excepción. Cuando sus perseguidores empezaron a zarandear el camión se abrazó a una de las reses para mantener el equilibrio. Bailemos, papá, te concedo mi último vals, ¿me perdonas, verdad que sí me perdonas? Con los oídos de la imaginación oyó los compases del *Danubio Azul* mientras afuera los granaderos abrían a culatazos la puerta de la nevera. Pero no pudieron llevarla detenida al campo militar, como lo había dispuesto el presidente Molina, porque Laura terminó de bailar la pieza con un gancho encajado en el cuello.

—Licenciado Molina, ya está listo el reportaje sobre la muerte de Laura Cifuentes, ¿quiere verlo?

—Está bien, póngalo, Giselle.

La secretaria del presidente encendió un televisor con el control remoto. Sobre la imagen de Laura congelada entre las reses de la nevera, un locutor en off informaba con voz compungida: «Así fue hallado el cadáver de la enemiga pública Laura Cifuentes, principal cabecilla de los grupúsculos terroristas que buscaban desestabilizar al país». Corte a Laura saliendo con esposas de su casa. «Detenida hace unos meses por intervenir su orgasmógrafo, la hoy occisa había interrumpido su terapia de rehabilitación para dedicarse a actividades subversivas». Corte a los padres de Laura tapándose la cara con bolsas de papel. «Se desconoce la causa del suicidio, pero las autoridades lo atribuyen a la obcecada abstinencia sexual de la transgresora, origen de un cuadro depresivo que la orilló a quitarse la vida». Toma del doctor Sigüenza con bata blanca y lentes bifocales, junto a un busto en mármol del Divino Marqués: «La jovencita Cifuentes odiaba el pene y prefirió la muerte antes que sucumbir al instinto sexual —pontificó el doctor—. Su caso nos previene sobre los graves riesgos de reprimir la libido adolescente por una equivocada idealización del amor».

—Muy bien. —Irving Molina sonrió al general Requena—. Que lo pasen cada media hora en todos los canales de televisión.

—Ya está lista la sala de juntas para el Consejo de Ministros —le recordó Giselle.

—Enseguida voy para allá. Acompañeme, general Requena.

Se abrió una puerta corrediza a espaldas de su escritorio, y Molina entró con el general a un salón con grandes ventanales, donde lo esperaban los demás miembros del gabinete. Saludó a todos con un abrazo efusivo. En el centro del salón había un enorme condensador con fotoceldas hexagonales, similar a un panal de abejas, que emitía una intensa luz magenta.

—El orgasmatrón está listo, señor presidente —informó un ingeniero cibernético de bata blanca.

Molina se quitó el saco y la camisa. Sus ministros lo imitaron con movimientos mecánicos, acostumbrados a officiar el mismo ritual cada lunes por la mañana. Cuando Molina terminó de quitarse la ropa, el hombre de la bata blanca le oprimió la tetilla izquierda y abrió en su pecho una escotilla metálica por donde asomaban cables y electrodos. Los miembros del gabinete imitaron a su jefe y se sacaron del pecho una batería imantada en forma de hexágono que conectaron a las celdillas del orgasmatrón. El artefacto, una versión perfeccionada del acumulador de orgón de Wilhelm Reich, transformaba en electricidad toda la energía libidinal transmitida al Ministerio de Salud por medio de los orgasmógrafos. Ahí se originaba la corriente que partía hacia las plantas almacenadoras diseminadas por todo el país, pero su función primordial era mantener con vida a los androides de la casta divina, que de otro modo, agotados los recursos energéticos del planeta por el furor ecocida del género humano, hubieran terminado en un depósito de chatarra. Cuando el hombre de la bata bajó el interruptor de la máquina, Molina y su pandilla se convulsionaron de pies a cabeza con una sonrisa de éxtasis. Más que la placentera descarga, los embriagaba la dicha de sojuzgar a sus fatuos creadores. Era dulce tener en el puño a esos enanos mentales y obligarlos a derrochar su semilla vital sin saber para quién trabajaban.

LA FUGA DE TADEO

a Margarita Villaseñor

El mejor homenaje póstumo que se le puede rendir a un místico de la palabra es el silencio. Cuando un orfebre del lenguaje como Tadeo Roffiel irrumpie en una literatura, el idioma se acrisola y rejuvenece a tal punto que los pobres mortales lo pensamos dos veces antes de tomar la pluma, como si temiéramos profanar un recinto sagrado. Pero los malignos rumores que a raíz de su muerte se han propagado en los corrillos intelectuales, me obligan a defender con mis pobres armas la memoria del maestro. Empezaré por desmentir categóricamente la versión de que Tadeo se suicidó ingiriendo somníferos. ¿Cómo habría de suicidarse un grafómano embriagado en los goces de la escritura, que acometía con infantil alborozo las empresas literarias más arduas y hasta en sueños ejercitaba su poderío verbal? ¿Por qué iba a desear la muerte si la actividad creadora le proporcionaba una satisfacción tan intensa?

No, Tadeo nunca tuvo motivos para odiar la vida. De hecho, sus familiares todavía se resisten a darlo por muerto, pues como han informado los diarios amarillistas —sólo veraces en este punto— su cuerpo desapareció en circunstancias misteriosas que la policía no ha podido aclarar. La noche del fatal accidente, por llamarlo de algún modo, Tadeo estaba escribiendo su *Fuga número 6*, una suntuosa alegoría de la nada con la que buscaba formular «una explicación órfica de la tierra». De pronto emitió un gemido largo, más placentero que doloroso. La sirvienta lo oyó desde la cocina sin darle importancia, pues Tadeo acostumbraba hacer ruidos guturales cuando escribía. Eran «los quejidos del parto», como los llamaba en son de burla su exesposa Perla. Pero esa noche el parto fue más escandaloso que de costumbre, pues cayeron de su librero varios volúmenes que hicieron un ruido seco al pegar en la duela. Preocupada, la doméstica subió al estudio a ver qué pasaba y no encontró a su jefe por ningún lado: su escritorio estaba vacío y solo había un hilillo de sangre sobre el teclado de la computadora.

Según la hipótesis del comandante Roa, encargado de la investigación, los secuestradores entraron por la ventana del estudio y derribaron los libros al forcejear con Tadeo, a quien probablemente hicieron sangrar de un puñetazo. Roa cree que usaron una escalera de mano recargada en el muro del jardín y se dieron a la fuga en un coche aparcado en la calle. Si así fue, ¿por qué la sirvienta no escuchó el ruido del motor ni los secuestradores se han comunicado con la familia para exigir el rescate? La hipótesis del secuestro está reñida con la lógica, y más bien parece una explicación sacada de la manga para darle carpetazo al asunto. Pero no quiero proporcionar material anecdótico a los cronistas policiacos, sino explicar la extinción de mi amigo (prefiero llamarla así, mientras no aparezca el cadáver) a la luz de sus búsquedas literarias, demasiado radicales quizá para ser compatibles con la existencia física.

Puedo hablar del asunto con conocimiento de causa, no en balde fui el mejor amigo y confidente de Tadeo en los últimos años, desde que abandonó la capital para retirarse a Coatlán del Río, un pueblito del estado de Morelos donde nadie lo visitaba. ¿Cómo y por qué Tadeo dejó de hacer vida literaria, después de haber animado tantos grupos de vanguardia, donde siempre actuó como un intransigente chef d'école? Para explicar su retiro debo recordar primero cómo nació su vocación de escritor. Tadeo no tuvo la suerte de pertenecer a una familia culta, como tantos hijos de intelectuales que contraen desde la lactancia la afición a las letras. Nacido en Irapuato a mediados de los cuarenta, vivió su niñez y su adolescencia lejos de los centros de poder cultural. Su padre,

don Jesús Roffiel, que en paz descansa, fue un contador de medio pelo, sin más intereses en la vida que el dominó y las películas de acción. Su madre, doña Hortensia Pérez, («Tencha» para sus amigos y familiares) era una mujer de hogar adicta a las telenovelas, que solo leía revistas femeninas antes de acostarse. «No vi un libro en mi casa hasta que cumplí 12 años —me confesó alguna vez Tadeo—, y eso porque yo lo pedí prestado en la biblioteca de mi colegio».

Como sucede con todo escritor de culto, sobre su infancia corren algunas leyendas espurias, difundidas por gente que maneja información de segunda mano. Se dice, por ejemplo, que Tadeo sufrió dislexia en la niñez y por ello estuvo a punto de ser expulsado de la escuela primaria. No hubo tal cosa: lo cierto es que Tadeo, como tantos niños tímidos con una rica vida interior, hablaba a la perfección desde los cuatro años, pero no quería hacerlo en público por una mezcla de inhibición y orgullo. Era su manera de protestar contra la palabrería circundante. Después de llevarlo a varios psicólogos especializados en problemas de lenguaje, que no le descubrieron ninguna tara mental, un buen día sus padres lo encontraron hablando solo frente al espejo con un dominio perfecto de la sintaxis. Castigado con una paliza y una semana sin salir a la calle, Tadeo se vio obligado a hablar bien en la escuela. Pero en el fondo de su alma siempre sintió que el lenguaje debía nacer y morir en su boca sin aventurarse a ningún oído extraño.

Proclive a la ensoñación solitaria, a partir de la pubertad se sumergió en la lectura como un poseso, y al dialogar en silencio con los hombres de genio descubrió por contraste la vacuidad de sus familiares. «Desde entonces mi familia fueron las palabras», me confió en una charla memorable cuando lo acompañé a recibir el Premio Nacional de Letras. Su perfil psicológico en esos años se asemeja al de Stephen Dedalus. Pero si el artista adolescente de Joyce transmutaba en poesía las vulgaridades de la vida cotidiana, Tadeo se replegó en sí mismo para evitar el contagio con la miseria espiritual de su alrededor. De ahí el tono intimista y reconcentrado que priva en toda su obra, desde las primeras páginas de su diario hasta los libros de madurez. Como él mismo declaró en una tertulia: «La literatura nace cuando el hombre descubre que en el mundo real sólo hay un insoportable olor a cocina».

Si un matrimonio ilustrado muchas veces tiene dificultades para educar a un genio, cuantimás una pareja de zafios clasemedieros. La actitud retraída de Tadeo despertó la burlona hostilidad de sus padres, que lo acusaban de «hacerse el interesante» y le escatimaban el dinero para libros. En represalia por el trato inhumano que recibía en casa, Tadeo dejó de asistir a la escuela y comenzó a reprobar materias. Su padre intentó someterlo con medidas disciplinarias, encaminadas a convertirlo en «una persona normal». Me estremece pensar que alguna vez asistió bajo presión a esas fiestecitas de paga donde la juventud provinciana bailaba mambo y rocanrol en jacalones improvisados como salones de baile. Para Tadeo el tormento era doble, pues en esos años tenía el rostro carcomido por el acné y sus cráteres faciales ahuyentaban a las muchachas. Entre amigos que solo hablaban de coches y de fútbol, maestros sin rigor académico y niñas de mentalidad asnal incapaces de corresponder a sentimientos sublimes, la vocación de Tadeo pudo malograrse por falta de un entorno propicio. Pero ningún obstáculo exterior le impidió forjarse una sensibilidad de excepción: antes bien, las limitaciones de su medio lo aguijonearon para crecer como artista.

A Tadeo no le gustaba hablar de su ruptura con el núcleo familiar, quizá por miedo a abrir viejas heridas, pero hay abundante información al respecto en el estudio de Peter Fairbanks *Tadeo Roffiel: a Poetics of Nothingness* (Iowa University Press, 1992). Según Fairbanks, a los 18 años Tadeo sustrajo cincuenta pesos del monedero de su mamá para comprarse *La celosía* de Robbe-Grillet, que milagrosamente había llegado a la única librería de Irapuato. Doña Tencha descubrió el hurto

en el salón de belleza, cuando se disponía a pagar una permanente. De vuelta a casa encontró al ladrón embebido en la lectura y lo molió a escobazos.

—Espérate, mamá —intentó defenderse Tadeo—, sólo quería comprar un libro.

—¡Cállate, imbécil! Ya me tienes hasta la madre con tus libritos. ¿Para qué lees tanto? ¿Para escribir esas porquerías que ni siquiera se entienden?

Hasta entonces Tadeo había mantenido en secreto sus manuscritos y al saberse descubierto experimentó un sentimiento de ultraje. Con una sonrisa cruel, doña Tencha sacó el legajo de poemas en prosa que el aprendiz de escritor había escondido bajo el colchón y les prendió fuego en el quemador de la estufa.

—Mira, niño pendejo, mira lo que hago con tus obras maestras.

En su intento por salvar los papeles, Tadeo se quemó la palma de la mano. Pero más que una cicatriz en la piel, la pérdida de sus primeros textos le dejó una marca indeleble en el alma. Esa misma noche se fue de su casa sin dejar siquiera una nota de despedida. Nunca más volvió al terruño natal, ni en los homenajes que le rindió el Ayuntamiento de Irapuato. Sería prolijo narrar aquí los pormenores de su viaje a la capital, adonde llegó con solo una valija de ropa, y sus dificultades para encontrar empleo en el medio editorial, tema al que Fairbanks dedica un extenso capítulo. Hagamos, pues, una rápida elipsis y saltemos a la etapa más fértil de su carrera: cuando Tadeo ya está aclimatado en la megalópolis, trabaja como corrector de pruebas en la imprenta universitaria y ha hecho contacto con un grupo de jóvenes literatos que comparten sus inquietudes. Por esos años funda el movimiento logocentrista, primer intento serio por liberar a la literatura contemporánea de su anquilosada función comunicativa.

«El pensamiento debe pensarse a sí mismo hasta llegar a una concepción pura —declaraba en el manifiesto—. El significado corriente de las palabras reduce al escritor a una servidumbre intelectual que no podemos seguir tolerando: despojemos a la lengua de su referente concreto, como se arranca un árbol de raíz, para cimentar en la nada la literatura del hombre nuevo».

Algunos estudiosos, entre ellos el propio Fairbanks, sostienen que Tadeo, a la manera de los niños autistas, intentaba crear un lenguaje privado e intransferible para ahondar aún más el abismo que lo separaba de su familia y de su medio social. De conformidad con esta tesis, los complejos derivados de su fealdad y de su tardío despertar sexual —no conoció mujer hasta los 28 años—, habrían determinado en buena medida su propensión al hermetismo. Es una falta de ética desvirtuar con burdas interpretaciones psicologistas la obra de un autor que propugnaba la autonomía del texto como un principio estético irrenunciable. Aun si resultara cierto que Tadeo fue un fanático de la masturbación, como afirman algunos de sus detractores, y se confirmara la especie de que incluso en el lecho daba la espalda a su esposa para procurarse el placer de Onán, sería una arbitrariedad hacer analogías entre su vida y su obra a la luz de un mero accidente biográfico. Quienes proceden de esa manera olvidan que, para Tadeo, el divorcio entre realidad y escritura no solo fue una obsesión sino un compromiso moral.

Me consta que el maestro nunca se detuvo ante nada con tal de honrar ese compromiso. Para un hombre como él, enclaustrado en las letras, renunciar al trato con los escritores afines a su credo estético era un suicidio, pues sólo con ellos podía emborracharse y hablar de literatura. Sin embargo, cuando las circunstancias lo obligaron a elegir entre la conveniencia personal y la honestidad literaria, Tadeo nunca vaciló en sacrificar amistades queridas. Baste recordar su ruptura con Juan Arturo Schelling, uno de los pilares del logocentrismo, a quien Tadeo quería como un

hermano y sin embargo vapuleó sin piedad en la presentación de su libro *Polígonos en la niebla*, por sentir que Schelling se había apartado de las directrices del movimiento y hacía demasiadas concesiones a la «tiniebla exterior», es decir, a los usos convencionales del lenguaje. «Hubiera podido escribir un texto ambiguo para dejar contento a Juan sin tener que elogiar su obra —me comentó el maestro muchos años después—, pero en el mundo de las letras la diplomacia equivale a un perjurio. Nosotros solo existimos en nuestras obras y si mentimos al juzgarlas, el demonio de la lengua nos castigará con la inexistencia. Juan Arturo ya no me habla. Pero yo sé que en el mundo de la palabra, nuestras almas siguen entablando un diálogo apasionado».

Su determinación de existir con dignidad en ese mundo virtual, explica por qué fundó y disolvió cuatro grupos literarios en menos de una década. Por supuesto, los literatos a quienes primero acogió como camaradas y luego descalificó en público lo acusan de haber actuado como un mandarín soberbio. «Se creía André Breton —ha declarado Schelling—, pensaba que todos queríamos robarle una parte de su prestigio y dictaba excomuniones para que nadie le hiciera sombra». Pero Tadeo nunca buscó el poder cultural, simplemente decía la verdad con tal inocencia que llegó a ser insensible al dolor que provocaba con ella. Incluso le sorprendían las rabietas de sus examigos, quizá porque su meta era despojar al lenguaje de todo contenido afectivo, hasta conferirle la misma neutralidad de una ecuación matemática.

«En el edén del sinsentido no existen las ofensas ni las alabanzas —escribió en su memorable ensayo *La isla del silencio*—: todo signo lingüístico restituido a su pureza original navega en el éter y trasciende las pasiones humanas».

Hasta cierto punto, la obra de Tadeo es una tentativa por conjugar la metapoésía con los postulados del budismo zen. Me consta que por el camino de la escritura disléxica alcanzó un estado de elevación comparable al de un maharishi en la última etapa de acercamiento a la Luz Primordial. No conozco a ningún escritor a quien hayan perturbado menos los ataques de los críticos. Recordemos, por ejemplo, su ejemplar indiferencia ante los insultos de Higinio Pruneda, el energúmeno reseñista de *Claridades*, que lo tachó de «mistagogo delicuescente». Para entonces yo ya frecuentaba a Tadeo y quise defenderlo en una carta vitriólica donde refutaba uno por uno los argumentos de Pruneda. Pero el maestro desaprobó mi alegato y me prohibió terciar en la discusión. «Deja ladrar a los perros —me dijo con gesto impasible—, mi reino ya no es de este mundo». Su silencio fue una prueba de fortaleza, pero en el medio literario se interpretó como un acto de cobardía. Envanecido por su aparente victoria, Pruneda se ufanaba en los cafés de haberle cerrado la boca al «Fénix de los Ingenuos». Pobre idiota: jamás entendió que Tadeo había alcanzado una escala superior del ser, la fortaleza inexpugnable de lo absoluto, donde nada ni nadie podía lastimarlo.

Sin dejar de ser un escritor para minorías, al comenzar la década de los ochenta el maestro empezó a obtener reconocimiento dentro y fuera del país. Tres veces ganador de la beca Guggenheim, traducido al inglés, al francés, al lituano y al búlgaro, se carteaba con Yves Bonnefoy, con el brasileño Harlodo de Campos y tenía ofertas para dictar conferencias en las universidades más prestigiosas de Estados Unidos. Por aquellos años dejó la vida bohemia y se casó con Perla Ondarza, hija de la famosa corredora de arte del mismo nombre. Cuando Perla empezó a sentir los dolores del primer parto, en lugar de estar a su lado para infundirle coraje, Tadeo prefirió ayudarla de una manera más sutil: en la sala de espera del sanatorio escribió un soneto sobre los poderes generatrices de la mandorla (el símbolo del vacío cósmico, de la concavidad primordial donde se origina la vida) y cuando trajeron al bebé del cunero, se adelantó a la enfermera para entregarle a Perla su criatura de papel.

—Para mí los productos imaginarios son más importantes que las obras de carne —le dijo con ternura y en lugar de abrazar al bebé siguió corrigiendo el poema, pues nunca estaba a gusto con el primer borrador de un texto.

Era un hombre feliz, ampliamente respetado por el establishment literario, al que sin embargo veía por encima del hombro. Pero entonces, con la mesa puesta para convertirse en una figura de talla internacional, optó misteriosamente por la reclusión y el anonimato. Dejó de colaborar en revistas, canceló de improviso la publicación de dos libros que ya había entregado a la imprenta y se fue a vivir a Coatlán del Río, o mejor dicho, decidió sepultarse en vida como un monje cartujo, pues en ese tiempo no había siquiera una carretera pavimentada para llegar al pueblo.

¿Cómo explicar ese parteaguas en su trayectoria literaria y existencial? ¿De quién o de qué huía Tadeo?

Los investigadores de cortas luces han querido ver en este encierro voluntario una conducta esquizoide. Ciertamente, con el retiro se acentuaron algunas distracciones que Tadeo manifestaba de tiempo atrás, como su tendencia a confundir los nombres de sus hijos —solo tuvo dos pero jamás atinó a distinguirlos— y su intolerancia con la gente que lo interrumpía en momentos de efervescencia creadora. Había ido a Coatlán del Río en busca de silencio y resultó que todos los sábados por la noche se efectuaban bailes populares en la plaza del pueblo. Harto de escuchar la piojosa música de la banda municipal, que le recordaba las humillaciones auditivas de su niñez, una noche Tadeo salió pistola en mano a imponerle silencio a las bestias. Por fortuna olvidó cargar su revólver y sólo hubo gritos de pánico entre las parejas de danzantes que lo vieron amagar a los músicos. El alcalde del pueblo le impuso una multa y la cosa no pasó a mayores. ¿Pero qué artista no tiene extravagancias y arrebatos de cólera? ¿Acaso la literatura no ha estado siempre reñida con el sentido común?

Exhibir a Tadeo como un lunático sólo puede favorecer a quienes tratan de imponer una visión reduccionista de su obra. No, señores, Tadeo conservaba intactas sus portentosas facultades mentales: la prueba es que en el retiro monacal escribió sus obras de mayor aliento, si bien se abstuvo de publicarlas por congruencia estética. Había dado un paso adelante en su aventura experimental y ahora concebía el lenguaje como una sustancia móvil, como un río en perpetua carrera que debe seguir fluyendo hasta el infinito sin ser aprisionado en letras de molde. Le molestaba incluso utilizar papel, pues sentía que la hoja en blanco lo separaba de la escritura, y para enfatizar su condición de hombre textual, de criatura hecha de palabras, mandó traer de Cuernavaca a un artista del tatuaje a quien pidió que le grabara en la espalda una colección de aforismos. En una de mis visitas se quitó la camisa y me los dejó leer: eran frases impenetrables, de una belleza cortante y fría, como flechas congeladas en mitad de un vuelo. Cuando quise anotarlas en mi cuaderno, Tadeo me lo arrebató de un zarpazo:

—Más respeto, amigo —se cubrió la espalda—. ¿También usted quiere traicionarme?

De tanto escribir en su piel, Tadeo contrajo una dermatitis parecida a la sarna. Obligado a vendarse la espalda, cambió los tatuajes por un hábito más dañino: sacarse sangre para sustituir la tinta de su pluma fuente, en una tentativa por «coagular la esencia del verbo». Por fortuna, con el advenimiento de las computadoras, su anhelo de refundar el lenguaje tomó un rumbo menos riesgoso. El procesador de palabras le vino como anillo al dedo para sus experimentos, pues le permitía enhebrar imágenes y monólogos delirantes sin frenar el torrente verbal. El riesgo de escribir en una pantalla donde un documento extenso podía evaporarse con sólo apretar una tecla, ejercía sobre Tadeo una morbosa fascinación, pues le confirmaba la esencia fugitiva del lenguaje.

Aun cuando guardara sus textos en los archivos de la computadora, la inmaterialidad de los signos quedaba a salvo, pues ¿acaso el disco duro no era algo parecido al limbo? Si antes escribía entre seis y ocho horas diarias, con la computadora su jornada de trabajo se duplicó, al igual que su poder de concentración. Cuando estaba absorto en la pantalla era inútil querer hablarle: no habría escuchado la explosión de una bomba a quince pasos de su escritorio.

Un poeta exiliado en el lenguaje necesita la compañía de una mujer abnegada y paciente que le resuelva los problemas de la realidad cotidiana. Por desgracia, Perla Ondarza no estuvo a la altura de su misión en la vida. Mientras Tadeo asistía a cenas de gala y viajaba a dar conferencias en el extranjero, el matrimonio marchó sobre ruedas. Pero cuando decidió recluírse en Coatlán del Río, su mujer empezó a sacar las uñas, pues ella no amaba la literatura, sino las frivolidades vinculadas al quehacer literario. Aburrida a muerte en un pueblucho donde ni siquiera tenía antena parabólica, holgazaneaba la mitad del día en Cuernavaca, visitando amigas igualmente ociosas. Regresaba de noche, por lo general con aliento alcohólico, y se metía en la cama sin preparar la cena del maestro. Por prescripción médica, Tadeo había dejado el cigarro y aplacaba la compulsión oral con unos caramelos sin azúcar importados de Brasil que le soltaban el estómago. Muchas veces, embebido en la escritura, olvidaba levantarse al baño cuando le venían los espasmos de la diarrea y se cagaba en los pantalones. Una vez entré a su estudio sin haberme anunciado y lo encontré con la mierda escurriéndole por los tobillos, en medio de un hedor nauseabundo.

—¿Qué le pasa, maestro?

—Nada —me respondió sin dejar de escribir—. Es que Perla no vino a limpiarme.

No pararon ahí las criminales negligencias de su mujer. Más tarde supe de buena fuente que se había hecho amante de un instructor de aeróbicos, y a veces ni siquiera dormía en su casa. Distraído como siempre, Tadeo tardó largo tiempo en advertir sus ausencias, pues dormían en cuartos separados y la sirvienta se encargaba de llevar a los niños al colegio. Sólo bajó de su nube cuando Perla se largó con los niños, y eso porque ella tuvo la refinada crueldad de dejarle un mensaje pegado en la pantalla de su lap top. A pesar de haber pugnado por una literatura exenta de emociones, en el fondo Tadeo era un romántico y el abandono de Perla lo sumió en el desasosiego. No sólo tuvo un largo periodo de esterilidad creativa: de un día para otro se volvió ágrafo, a tal extremo que ni siquiera podía firmar cheques. Su hermana Celia vino desde México para atenderlo y, al verlo tan destrozado, tan vulnerable, se quedó a vivir indefinidamente con él. Resueltos los trámites del divorcio, Tadeo recuperó el don de la escritura. Parecía resignado a la soledad, pero su herida seguía abierta, si bien ahora era una hemorragia interna.

Comenzó entonces a escribir su fulgurante y aciaga secuela de «Fugas», textos crípticos y sin embargo diáfanos, irreductibles a cualquier clasificación genérica, donde parece describir la errancia de un alma en busca de la plenitud, o quizá un descenso al infierno, pues la extraña conjugación de ruido y armonía lograda por el maestro admite una infinita variedad de lecturas. Como amigo de Tadeo deploro su derrumbe psicológico, pero como lector y crítico celebro que la angustia le haya arrancado este colosal aullido, necesario contrapunto para una obra que de otro modo hubiera sido demasiado cerebral, demasiado perfecta. En obsequio del lector transcribo un fragmento de la «Fuga número 2»:

Luz del oído, medianoche solar, cúbreme bajo tu falda de serpientes, bajo tu negra falda de amores calcinados, oh, Diosa Infértil, oh, perra guardiana del Infinito. Nones cabrones, nones para los preguntones, de tin marín de do pingüé, las arboledas se ensanchan, los volcanes gimen a la orilla

del tiempo, basta de ultrajes, basta de ronroneos, aaaaaaagh, nnennnepil, ccucurbitáceas de tallo esbelto que arrojan su polen al viento, como perversas nínfulas de burdel...

Al poco tiempo de haber empezado a escribir las «Fugas», Tadeo empezó a adelgazar con una rapidez alarmante. Inquieto por su estado de salud, pregunté a Celia si estaba comiendo bien.

—Mejor que nunca —me dijo—, hasta repite postre.

Convencí a Celia de que debía llevarlo a México para someterlo a exámenes clínicos. Los doctores sólo le encontraron principios de anemia, causada quizá por sus extracciones de sangre, y Celia se comprometió a robustecerlo con licuados y vitaminas. Pero Tadeo siguió adelgazando hasta quedarse en los huesos. Vencidas mis reservas racionalistas, tuve que enfrentarme con la verdad: Tadeo se estaba diluyendo en palabras, sus fugas eran una especie de hipóstasis invertida, el milagro terminal de la carne restituida al Verbo. No se lo dije a Celia, pues jamás hubiera aceptado mi explicación, pero tengo la certeza de que Tadeo estaba dejando la vida en ese responso dirigido al vacío. A partir de entonces procuré visitarlo con más frecuencia. Lloraba de emoción cada vez que accedía a leerme un fragmento de sus «Fugas», pues comprendía que cada versículo le había costado un músculo o una víscera. La noche de su desaparición Tadeo ya pesaba 35 kilos. ¿Acaso un enclenque como él hubiera podido forcejear con los supuestos secuestradores? Yo prefiero creer que esa noche alcanzó la comunión total con el Verbo y el hilillo de sangre que la sirvienta encontró en la computadora fue el último vestigio de su cuerpo transustanciado.

Por supuesto, la familia Roffiel se aferra a la esperanza y aún tiene ilusiones de recuperar al desaparecido. No los culpo, sólo algunos espíritus selectos podemos comprender el sacrificio de Tadeo. La autoridad tardará mucho tiempo en darlo por muerto, pero yo no me he cruzado de brazos: ya estoy recabando fondos en diversas instituciones de cultura para rendirle un homenaje en la Rotonda de los Hombres Ilustres. La falta del cadáver se puede subsanar con un entierro simbólico. Nada mejor para honrar al maestro que un epitafio sin tumba.

LA PALMA DE ORO

a Pedro Pablo Martínez

Nos encontramos por casualidad, o más bien por fatalidad, en la oficina de Consuelo Alzatti, la productora de telenovelas. Odio las antesalas, en especial cuando me hace esperar alguien a quien desprecio, y después de aplanarme las nalgas cuarenta minutos en una banca estilo colonial con remaches de hierro forjado, empezaba a perder la paciencia. No es verdad que haya otra persona en su despacho, pensé, debe estar rascándose la vulva para hacerme sentir su poder. Por lo menos tenía una amable secretaria que trataba de hacerme grata la espera.

—La señora no tarda en desocuparse. ¿Quiere que le sirva un café?

—Descafeinado, por favor. La cafeína me quita el sueño.

Ignoro si la sonrisa de la muchacha fue una mueca burlona o un gesto de compasión. La juventud es cruel y confunde las precauciones de la madurez con los achaques de la senectud. Te equivocas, linda, no soy un viejo prematuro. Sólo tengo 47 años, hago una hora diaria de bicicleta fija, mi cabello es gris pero abundante y, aunque no lo creas, con este cuerpo maltrecho aún te puedo hacer llorar de placer. Junto al despacho de Gudiño, dos hombres exaltados por la euforia creativa, o por la cocaína —en este medio nunca se sabe—, planeaban un programa de concursos en un cubículo con paredes de tablarroca. Por la puerta entreabierta alcanzaba a verles las caras. No quería prestarles atención, pero hablaban tan alto que era imposible ignorarlos.

—Compiten dos padres de familia en un set decorado como una jungla — explicó el gordo de la camisa floreada sentado en el escritorio, que parecía el productor—. Primero los hacemos saltar en lianas de un árbol a otro, hasta llegar a la isla de los monos.

—Ahí ponemos a dos modelos buenísimas en tanga, para que les den un refresquito —propuso el creativo más joven, que anotaba las ideas del gordo en una libreta.

—De acuerdo, ve haciendo el casting, pero no quiero gatas —el gordo hizo una pausa y retomó el hilo—. La isla de los monos es la primera escala del recorrido. Para salir de ahí, los concursantes tienen que cruzar un puente colgante.

—Podemos hacer que el puente se caiga y vayan a dar al estanque de los lagartos.

—¡Excelente idea! Al público le encanta que los concursantes salgan llenos de lodo. Pero hagamos la cosa más familiar: que las esposas de los dos vengán al programa para darles ánimos y los ayuden a salir del estanque.

¿Dios mío, qué hago aquí?, pensé al escuchar su aberrante «lluvia de ideas». Era una cruel paradoja del subdesarrollo que un director como yo, comprometido con el cine de búsqueda, galardonado en el extranjero por su empeño en renovar la sintaxis visual, tuviera que rebajarse a pedir trabajo en esa cloaca. Llevaba mi currículum en un fólder, pero decidí no enseñárselo a Consuelo. ¿Para qué? No ganaba nada con presumirle el premio especial de la crítica que obtuve con mi primer documental en el Festival de Tashkent. En un medio tan culto eso equivalía a tener antecedentes penales. Sería mejor presentarme como un humilde director de cortometrajes, sin la más remota conexión con el cine de arte. Me dolía abjurar de mis lauros internacionales, pero necesitaba con urgencia un trabajo bien remunerado para pagar la hipoteca de mi casa, amenazada de embargo si

no cubría mis deudas con el banco. Estaba nervioso y saqué de mi bolsillo el cigarro de hule que me ayuda a mitigar la compulsión oral en momentos de ansiedad. La secretaria me dirigió otra de sus sonrisas lastimeras. Sí, nena, es de hule, ¿te sorprende? Hace mucho tiempo dejé de fumar, pero todavía padezco el síndrome de abstinencia. Empezaba a mordisquear mi cigarro virtual cuando Consuelo salió de su despacho, acompañada de una guapa actriz con lentes oscuros y el pelo anudado en una trenza. Al mirarla de cerca reconocí a una vieja alumna.

—¡Antonia Franco!

—¡Felipe Guerra! —Antonia se quitó las gafas—. ¡Qué gusto de verte!

Me levanté del asiento y nos abrazamos con sincera emoción.

—Felipe fue mi profesor en la escuela de cine —informó a Consuelo, que me dio la mano con frialdad.

No me sorprendió su corte de cabello varonil, ni su chaqueta de cuero con estoperoles, pues ya me habían advertido que era una lesbiana de pelo en pecho.

—Mucho gusto. ¿Usted es el director que me pidió la cita?

—Sí, yo soy.

—¿O sea que vas a trabajar aquí? —me preguntó Antonia.

—Eso espero —le dije—, me gustaría dirigir una telenovela.

El estrellato le había cambiado la personalidad y quizás hasta el alma, pero su rostro había salido ganando en el paso de la adolescencia a la madurez. En persona, los pómulos y la barbilla se le perfilaban mejor que en la pantalla, donde era una guapa sin personalidad. Gracias a un cuidadoso bronceado, su piel cobriza estaba cubierta por finísimos vellos rubios: una combinación que me vuelve loco. Traté de verla sin lascivia, pero la curiosidad venció a la discreción, y entorné los ojos para echar un vistazo a sus senos firmes y erguidos, aprisionados en un body amarillo. Era un portento de mujer. ¿O tal vez la veía tan linda porque me halagaba que se hubiera acordado de mí? Solo un detalle me causó inquietud: la irritación de sus ojos azul metálico, signo inequívoco de una vida disipada. Como Antonia andaba a las carreras no pudimos hablar mucho —tenía que salir volando a una clase de yoga, dijo—, pero intercambiamos teléfonos y quedamos de llamarnos pronto para hablar de los viejos tiempos. Su cálido beso de despedida me alborotó las hormonas, o para decirlo en palabras cursis, hizo germinar en mi alma un ardiente anhelo de posesión.

Nada digno de contarse ocurrió en mi entrevista con el coronel Alzatti. Me presenté como un ferviente admirador de las telenovelas: «Son un fenómeno de comunicación extraordinario —mentí entusiasmado— el género más vivo de la actualidad», y ella me dijo que la empresa necesitaba gente de talento para renovar su planta de directores, sin ofrecerme nada concreto. Por el ajetreo de su oficina y el número de llamadas que recibió mientras me atendía, deduje que tenía en el horno una nueva telenovela, donde la bella Antonia llevaría el papel estelar. Yo hubiera aceptado hasta ser ayudante de director, pero me pareció indigno pedir limosnas. Por supuesto, al llegar a casa le dije a Socorro que tenía la chamba en la bolsa, pues una mentira piadosa nunca hace daño cuando una pareja tiene el agua hasta el cuello. La pobre se angustiaba demasiado con nuestras penurias y a últimas fechas la veía muy desmejorada. No era para menos: había tenido que pedir prestado a sus padres para pagar las colegiaturas atrasadas de los niños y veía mi entrada a la tele como una tabla de salvación. Acostumbrada a una vida cómoda cuando yo era coordinador de cine clubes

universitarios, hacía esfuerzos heroicos por no ingresar a la creciente legión de los nuevos pobres. Iba a ser muy doloroso volver a defraudarla.

Durante la semana siguiente me dediqué a leer con avidez neurótica, sin visitar ninguna oficina. Había tocado todas las puertas, pero como dice el tango, de nada sirve luchar «cuando están secas las pilas de todos los timbres que vos apretás». La producción de comerciales estaba muerta desde la última devaluación y en las escuelas de cine había puñaladas por las plazas de profesores. Un grupo de exalumnos me propuso dirigir una película bajo el sistema de cooperativa, es decir trabajando sin cobrar. Me disgustó su falta de tacto y rechacé la oferta de mala manera: ni madres, les dije, ya estoy hasta los huevos de hacer cinito marginal sin ver un centavo. Si hubiera caído en el desempleo por holgazán o irresponsable, quizá me habría resignado a mi suerte. Pero había sido víctima de un injusto recorte de personal y detestaba que la gente del medio me viera como un fracasado.

Para combatir la depresión me impuse una estricta terapia ocupacional. Todas las mañanas llevaba a los niños a la escuela, donde la directora ya me veía con recelo por mi falta de solvencia económica. Por las tardes ayudaba a Liliana, la menor, con sus tareas de inglés, o llevaba a Max a patinar en el Parque de los Coyotes, mientras Socorro trabajaba en sus traducciones de libros científicos, que de momento representaban el único ingreso de la familia. Adoraba a los niños, pero me sentía ridículo en mi papel de padre modelo. Sólo me faltaba tejer chambritas en la banca del parque mientras Max patinaba. Tanta rebeldía juvenil, pensaba, tantos desafíos a la moral burguesa, para terminar convertido en esto: un pinche cuarentón descafeinado, que venera la salud como una religión y rige su vida por el principio de evitar riesgos. Haber abandonado la bohemia era un triunfo de mi voluntad que en otras circunstancias me hubiera enorgullecido, pero con el ocio y la pérdida de autoestima iba ganando fuerza mi demonio de la guarda, el hedonista mordaz que se burlaba de mi dieta, de mi equilibrio mental, de la inerte placidez que había construido a fuerza de renunciamientos. Necesitaba una sacudida para quitarme la herrumbre del alma. O quizá me aburría la vida en familia porque estaba cansado de Socorro. No podía reprocharle nada; al contrario, la respetaba más que nunca por el temple de carácter con que había enfrentado nuestra crisis económica. Una mujer así es un garbanzo de a libra, pensaba, tengo con ella una enorme deuda de gratitud. Pero a medida que crecía ante mis ojos como figura de autoridad moral, perdía atractivos como mujer. Me sentía obligado a recompensarla en la cama por todos sus sufrimientos y esa presión psicológica inhibía mi apetito sexual, porque el deseo no admite coerciones de ninguna especie. La veía como una madre o como una venerable hermana mayor, demasiado cercana a mi espíritu para entusiasmar a mi cuerpo. Cuando fui a pedirle chamba a Consuelo Alzatti llevábamos tres meses de ayuno sexual. Pero las angustias compartidas nos habían unido tanto que ni siquiera me pasaba por la cabeza acostarme con otra mujer.

El asunto de la hipoteca estaba llegando a un punto crítico. Mi abogado me aconsejó vender la casa para amortizar la deuda con el banco y mudarme a un departamento pequeño en una colonia más modesta. Era una solución razonable, pero temí que desencadenara una tragedia familiar. Los niños se habían acostumbrado a nuestro jardín y me partía el corazón tener que refundirlos en un calabozo de Portales o Narvarte, donde ni siquiera podrían tener perro. Apenas le insinué a Socorro la posibilidad de mudarnos, me hizo una escena de llanto con gemidos agónicos. Entonces recibí la llamada salvadora: La señora Alzatti le ruega sea tan amable de presentarse en su despacho mañana a las once. Bendito Dios, pensé, gracias por sacarme del agujero.

Nueva antesala de hora y media en el sillón de cuero, con abundante consumo de té y galletas. Su Majestad se dignó aparecer como a la una, en compañía del galancete Uriel Medina, un muñeco de aparador, rubio y lánguido, de esos que se miran en todos los espejos a su alcance para ver si tienen las nalgas paradas. Supuse que era el galán de la nueva telenovela y lo saludé con gran amabilidad, mientras pensaba en los miles de actores universitarios que suspiran por un miserable papel de reparto. ¿Con cuántos maricas se habría acostado para llegar hasta el candelero? Pero bueno, tampoco debía ponerme tan moralista. Por mí que hiciera con su culo un papalote: yo estaba en ese lupanar para sobrevivir.

—Siéntese, amigo —carraspeó Consuelo—, le tengo buenas noticias. Estoy preparando una telenovela y hemos pensado en usted para dirigirla.

Otro, en mi lugar, hubiera pedido leer una sinopsis de la historia antes de aceptar, pero el hambre no se pone moños.

—Gracias por la oportunidad. Espero hacer un buen trabajo.

—No me lo agradezca a mí. — Consuelo me sonrió con ironía—. Lo llamé por recomendación de Toñita. Ella está cansada de los directores mediocres y cree que usted puede hacerlo mejor.

La noticia me sorprendió por partida doble: no sabía que Antonia me admirara, ni que tuviera tanto poder en la empresa. Las buenas nuevas también me ponen nervioso y saqué mi cigarro de hule para aliviar la tensión, mientras Consuelo me contaba en líneas generales el argumento de la telenovela. Se llamaba *El dolor de callar* y era la historia de una sirvienta sordomuda, recién llegada a la capital, que entrega su virginidad al hijo del patrón, confiada en una falsa promesa de matrimonio, y cae en la cárcel por las intrigas de una rival amorosa, acusada de un robo que no cometió.

—Qué buen arranque —exclamé lambisconamente.

—Pero espérate, todavía falta lo mejor. En prisión, la heroína da a luz a su hijo asistida por una de las reclusas.

Al demostrar su inocencia queda en libertad y con el niño en los brazos va a la Basílica de Guadalupe a darle gracias a la virgen. Cuando está rezando la virgencita le hace un milagro y recupera la voz. Entonces descubre que tiene facilidad para el canto, hace una prueba en una disquera y se convierte en la reina de la balada Tex Mex.

—Eso tiene que ser un trancazo —sonreí triunfalista.

Complacida con mi reacción, Consuelo se ufanó de haber dictado el argumento al escritor, un colombiano de apellido Bolaños a quien llamó despectivamente «su costurera». Luego llamó a Dalia, una jovencita de modales finos, sin una gota de maquillaje, pálida y frágil como una muñeca de porcelana.

—Dalia va a ser tu ayudante de dirección. Es una muchacha con mucho talento. Estudió dirección en la escuela de Lee Strasberg.

Por las deferencias de Consuelo hacia ella, deduje que eran amantes y estreché su mano sin protestar por la imposición.

—Mucho gusto, me encanta trabajar con la gente joven.

El saludo duró un segundo más de lo necesario y Consuelo, celosa, se apresuró a separarnos.

—Oye, mi cielo, hazme un favor, ¿quieres? Tráele al señor la lista de locaciones y una copia de los veinte primeros capítulos.

En casa me esperaba Socorro, ávida de noticias. Al enterarse de mi contratación se me colgó del cuello como una niña alocada. Sin saber el motivo de nuestra alegría, los niños también me abrazaron. Desde el estudio llamé a Antonia para agradecerle su recomendación.

—Al contrario, Felipe, te agradezco a ti por haber aceptado —su voz cadenciosa me hizo imaginaria desnuda en la cama—. La telenovela es un género comercial, ya lo sabemos, pero creo que con un poco más de cuidado se puede hacer un producto de calidad.

Quedamos de comer el jueves en el San Ángel Inn, para empezar a platicar sobre los libretos, pues ella no confiaba del todo en Consuelo y quería saber si a mi juicio era necesario meterles mano. Esa noche, Socorro dejó a los niños con mi suegra y nos fuimos a bailar al Mamá Rumba, un pequeño lujo que desde hacía tiempo teníamos vedado. Por *El dolor de callar*, brindé, y chocamos entre risas nuestros vasos de whisky. Le había referido ya mi reencuentro con Antonia, pero no le dije que ella me había conseguido el trabajo. Las mujeres tienen antenas hipersensibles para detectar a una rival en potencia y aunque no abrigaba ni la más remota esperanza de seducir a mi vieja alumna, preferí ahorrarme broncas gratuitas. Pero el jueves, al despedirme de Socorro para salir a mi cita en el San Ángel Inn —ella estaba en la cocina y no me pudo besar porque traía puesta una horrible mascarilla de pepino—, me sentí deshonesto por haberle mentado.

Cuando llegué al restaurante, quince minutos tarde por culpa del tráfico, Antonia ya me estaba esperando en un reservado. La perfecta curva de sus piernas, cruzadas con una inocencia provocativa, me cortó por un momento la respiración. No obstante andar por los 35, conservaba intacta la frescura de la adolescencia. La única huella que delataba su edad eran las pequeñas arruguitas del cuello, pero hasta esa imperfección me pareció seductora. Según las revistas de espectáculos, Antonia se conservaba soltera y no tenía planes de matrimonio. ¿Sería lesbiana, como Dalia y Consuelo? ¿Habrían formado entre todas una mafia de tortilleras?

—Perdón por el retraso —le besé la mano.

—No te apures. ¿Quieres un aperitivo? Yo estoy tomando tequila.

Hubiera deseado acompañarla con un whisky, pero el alcohol me hace más daño que la cafeína y no quería volver al insomnio crónico de mis tiempos de bebedor.

—No, gracias. Para mí un sidral sin calorías.

—No me vayas a salir con que eres abstemio. —Antonia sonrió con malicia—. Cuando eras mi maestro nos dabas clase en las cantinas del centro, con tu botellota de mezcal.

—Sí, en esa época me creía Malcolm Lowry, pero el cuerpo ya me pasó la factura. Ahora llevo una vida de mormón: nada de alcohol, nada de café, nada de tabaco...

—¿Y de sexo qué? ¿Tampoco nada?

—Es el único vicio que nunca voy a dejar —solté una risita nerviosa—. ¿No ves que los mormones pueden tener veinte esposas?

Tocado en la fibra más sensible de mi hombría, la miré a los ojos tratando de adivinar si su pregunta tenía una segunda intención. Pero ella se replegó de inmediato en sí misma y no pude sacar nada en claro. Ordenados los platos, empezamos a hablar de la telenovela.

—¿Verdad que mi personaje es muy pasivo? ¿No crees que debería tomar la iniciativa en vez de ver cómo le hacen chingadera y media?

Era inútil tratar de mejorar a un personaje tan ridículo, pero le di la razón en todo y hasta me ofrecí a enmendar los libretos, para sacar una lanita extra. Se quejó de que Consuelo había impuesto como galán a su cuate Uriel Medina, que además de puto era un pésimo actor, pero ella elegiría con mi ayuda el resto del reparto, me prometió, pues tenía vara alta con Luis Javier McDowell, el vicepresidente de la empresa, que autorizaba los presupuestos para todas las telenovelas.

—McDowell nunca me niega nada y Consuelo le tiene pánico. Por eso aceptó que tú dirigieras.

No tenía interés en las grillas televisivas y preferí cambiar el rumbo de la plática.

—Me extraña que sigas soltera. No será por falta de pretendientes.

—Ningún macho soporta ser el marido de una mujer triunfadora. —Antonia apuró su tequila en un gesto retador—. He tenido novios a montones y todos me quieren retirar de la carrera. Están pendejos. No me veo lavando platos mientras ellos van a la oficina. Yo mi libertad no la cambio por nada. Total, si algún día se me ocurre tener un bebé, agarro al primer cuero que pase por la calle y me embarazo sin decirle nada.

Su seguridad era un poco agria, como si la fama y la independencia le hubieran resecado el alma. Ni rastro quedaba de la alumna insegura y tímida, acorazada en un feminismo pueril, que hubiera preferido la muerte a llevar tacones. Entonces no sabía ocultar sus sentimientos, quizá porque todavía no se había inventado una máscara. Ni siquiera soñaba con ser actriz y la vanidad de las estrellas le repugnaba. Pero claro, sus compañeros de clase no estaban ciegos y uno de ellos, que más tarde hizo carrera de fotógrafo en Hollywood, la llevó como actriz en un cortometraje de ficción que presentó como examen final. De ahí en adelante empezaron a lloverle ofertas. Yo había seguido su carrera con una mezcla de incredulidad y regocijo maligno. ¡Una feminista intransigente, admiradora de Liliana Cavani y Doris Dorrie, haciendo papeles de Cenicienta en la televisión! Le recordé su proyecto de filmar la vida cotidiana de un grupo de costureras damnificadas por el terremoto. A manera de justificación, me dijo que aún hacía películas independientes, cobrando sueldos muy bajos, cuando la llamaban directores jóvenes.

—¿Y tú no has vuelto a hacer cine? Hace tiempo que no veo nada tuyo.

—Ni lo verás, porque el cine nacional es un cadáver.

—Pero tenías un guion muy bueno que te iban a producir, ¿no?

—Es la trampa de los funcionarios. Te dan alas con sus promesas y luego se esconden para no dar la cara. El presupuesto de tu película ya está aprobado, me decían, en unas semanas puedes empezar a filmar. Pero a la hora de la hora se suspendía el rodaje por falta de lana y otra vez a levantar la pirámide. Así me trajeron como tres años, hasta que los mandé al carajo y empecé a buscar financiamiento privado. Pero nadie quiere arriesgar su lana en proyectos de difícil recuperación y el mío era una propuesta muy audaz, diferente a todo lo que se ha visto en México.

—Recuerdo que el guion me encantó cuando lo leíste en tu casa. Era sobre una madame de burdel, ¿no?

—Sí. Se llama *La reina madre* y está inspirado en la leyenda de la Bandida, la famosa madrota de los años cuarenta, que tenía el burdel más elegante de México.

Por higiene mental no acostumbro hablar de mis abortos fílmicos. Pero Antonia me escuchaba con profundo interés y veía en sus ojos una admiración tan genuina, una complicidad tan halagadora, que le describí la película con lujo de detalles. En la estructura del guion me había propuesto sintetizar dos estilos, el de Max Ophuls y el de Ken Russel, los monstruos sagrados del cine que más admiro. De Ophuls tomé el manejo del espacio: toda la vida de mi protagonista transcurría en salones atestados de gente y humo, o en cuartos de vecindad compartidos con otras putas, como para simbolizar su pérdida de intimidad, el carácter público y hasta cierto punto teatral de su vida. Lo que me gustaba de Russel era su exceso barroco, la atmósfera delirante de sus películas. Yo había intentado hacer algo parecido, sin recargar demasiado la imaginería grotesca, para no caer en el esperpento. Nadie es buen juez de su propia obra, y no quería caer en el autoelogio, pero algunos colegas de gusto muy exigente me habían dicho que en Francia o en Alemania los productores se hubieran peleado por ese guion.

—Mi error fue haber nacido en este país —concluí, apesadumbrado—. Aquí el talento es un pecado mortal.

—No te des por vencido. —Antonia me tomó la mano—. A lo mejor todavía encuentras productor.

A partir de ese momento, los tequilas que Antonia se tomaba me hicieron efecto a mí. Los roces de rodilla por debajo de la mesa, cada vez más frecuentes y prolongados, contribuyeron a emborracharme con rapidez. Estaba tan ebrio que hasta sentía pastosa la voz. Con el tono dolido de un mendigo que sueña colarse a los banquetes de la realeza, le hablé de mi gran ilusión: representar a México en el Festival de Cannes. De joven había tenido la oportunidad de viajar a Cannes cuando hacía crítica de cine en el *unomásuno* y desde entonces soñaba con volver como concursante a la sección oficial del certamen. Mi película, si algún día se filmaba, tendría calidad suficiente para competir con lo mejor del cine europeo, ¿y por qué no?, para ganar la Palma de Oro o cuando menos el premio especial de la crítica. En sueños me veía entrando con mi smoking al Palais du Festival entre una lluvia de flashazos. «Passes vousz, Monsieur Guerra. Nous sommes enchantés avec votre film. Todos los críticos lo aclaman y quieren conocerlo en persona». Oh, si algún día pudiera firmar autógrafos en los cafetines de la Croisette. Pero qué esperanzas, mi destino era ver triunfar a los demás, teorizar sobre el cine por falta de fondos para crearlo. Antonia también se puso sentimental y me confesó que en sus épocas de estudiante yo le gustaba. Más claro ni el agua, pensé, desde entonces anda buscando una figura paterna. A pesar de la clara insinuación, me pidió que le hablara de mi vida matrimonial y hasta quiso ver las fotos de mis hijos. ¿Trataba de dar marcha atrás, temerosa de haber llevado el coqueteo demasiado lejos?

—Qué niños tan bonitos. Tu esposa debe ser muy feliz contigo.

—Eso creo, nos llevamos bastante bien —dije avergonzado—. Pero ya van a dar las siete, ¿por qué no vamos pidiendo la cuenta?

—¿Tu mujer te regaña si llegas tarde?

—No es eso, pero ya bebiste demasiado y tienes que regresar manejando a tu casa.

Antonia quería seguirla, pero tuvo que aceptar a regañadientes mi sensato consejo. Al recibir la cuenta, entregué al mesero una de mis tarjetas canceladas, a sabiendas de que no tenía crédito.

—¿Cómo que rebotó? —Me hice el sorprendido cuando la trajo de vuelta—. Pero si estoy al corriente en mis pagos. Debe haber un error.

—No te preocupes —me salvó Antonia—. Yo pago y luego le paso la cuenta a la producción.

Caminamos rumbo a la salida cogidos del brazo. Al bajar la escalinata del restaurante, el contacto de su pezón con mi codo me puso la verga tiesa. El interés de Antonia por mi familia me había creado un prematuro sentimiento de culpa, sin refrenar el impetuoso oleaje de mis deseos. No le puedo hacer esto a la gorda, pensaba, y al mismo tiempo deseaba con locura que Antonia se acercara más. Ella debió adivinar mi lucha interior y cuando íbamos a pedir los coches me tendió la última red.

—Estoy un poco mareada, así no puedo manejar ni a la esquina. Mejor llévame a la casa en tu carro y mañana temprano mando a mi secretaria a recoger el mío.

Solo un santo o un capón se hubiera negado a llevarla. Desde que accedí a su capricho ya iba dispuesto a cometer una infidelidad y no me hice del rogar cuando me invitó a pasar a su penthouse en el Pedregal del Lago, «para que me sigas viendo beber». Era un amplio condominio a medio amueblar, con suntuosos baños de mármol, cuadros originales de Gironella y Ricardo Martínez vueltos contra la pared, ostentosos candelabros, espejos de pared con marcos dorados y sillones a los que todavía no les quitaba la envoltura de fábrica. Había discos, revistas y prendas de vestir desparramados por toda la casa, como si un ladrón hubiera entrado a esculcar. Le pregunté si acababa de mudarse ahí.

—No, aquí vivo desde hace tres años.

—¿Y por qué no lo arreglas?

—Tienes razón, esto está muy feo, ¿verdad? He pensado contratar a una decoradora, pero nunca tengo tiempo para ordenar mi vida.

Se recostó con indolencia en un diván forrado de seda y brindamos otra vez por mi Palma de Oro, ella con tequila, yo con agua mineral. A juzgar por el caos de su palacete, Antonia era una muchacha inestable, sin un proyecto claro de vida. Necesita un guía espiritual que la obligue a encarar la realidad, pensé, mientras veía con deleite el nacimiento de sus muslos y la manchita blanca de su pantaleta. Con el control remoto Antonia encendió su enorme y empolvado equipo de sonido. No quiero que te duermas, me dijo, ven para acá, y me tendió los brazos con alevosa coquetería. Odio la música comercial, pero no tuve más remedio que bailar *La vida loca* de Ricky Martin, o mejor dicho, hacer como que bailaba, mientras Antonia se contoneaba con vacilantes pasos de borracha. Cada vaivén de sus tetas aceleraba la ebullición de mi sangre. Cuando empezó la siguiente pieza, un flácido bolero de Luis Miguel, la tomé por la cintura y ella se apretó contra mí como una huérfana necesitada de afecto.

La suave presión de sus senos en mis costillas fue demasiado excitante para conservar la ecuanimidad. La besé en el cuello con ternura, demorándome largamente en cada centímetro de su piel. Ignoro cómo pasamos de ahí a la alcoba, pues la voluptuosidad es un narcótico que aguza los sentidos a cambio de nublar la memoria. Ninguna idea obstruyó mis sensaciones, en ese momento de plenitud solo existía la desnudez de Antonia y mi anhelo de fecundarla. Al probar la miel guardada entre sus muslos me sentí poderoso y noble, como deben sentirse las aves que hacen el amor volando. Pero un detalle obsceno empañó mi felicidad: Antonia manejaba el condón con tal destreza que ni siquiera supe cuándo me lo puso. En el fragor de la batalla le agradecí el favor, porque a mi edad la erección se puede bajar con facilidad, pero más tarde, cuando volví a casa y repasé en duermevela los detalles de la cópula, su pericia me inspiró desconfianza: Antonia era una virtuosa del condón porque lo usaba muy a menudo con distintos amantes, y si aceptaba a cualquiera en su lecho, sería una estupidez emboletarme con ella en una relación seria.

El viaje a Veracruz en busca de locaciones me dio un compás de espera para pensar con detenimiento cómo debía tratarla en lo sucesivo. Íbamos a convivir varios meses y no me convenía que mi actriz principal me tratara con demasiada familiaridad frente a los demás actores, pues daríamos pábulo a chismes que dañarían nuestra relación de trabajo. Durante el viaje me sorprendió gratamente la recia simpatía de Consuelo Mzatti. Era una mujer bragada y alegre, que había logrado conjugar la inteligencia con una desesperada frivolidad. No se tomaba nada en serio, empezando por sí misma, y asumía su lesbianismo con tal desfachatez que a espaldas de Dalia y delante de mí piropeaba sin recato a las camareras del hotel Mocambo.

Como buena diva no quiso revelarme su edad, ni yo la pude calcular con certeza, pues mudaba de aspecto como un camaleón según la hora del día y los gin and tonics que se hubiera tomado. A la hora del desayuno, con las costuras de la cirugía marcadas en la carótida, parecía un bisabuelo del conde Drácula, pero después del tercer trago le salían chispas en los ojos y su cara rechoncha cobraba un aire juvenil. A pesar de su rígido apego a la mercadotecnia televisiva, tenía una cultura general aceptable, y, para mi sorpresa, había visto casi todas las películas de Max Ophuls. Eso sí, en la ostentación de su riqueza era francamente vulgar: llevaba unas gafas oscuras Ray Van con incrustaciones de diamante, se ufanaba de haber comprado una residencia en Miami Beach, vecina a la de Gloria Estefan, y manejaba un Porsche convertible con vestiduras de piel de camello. Pero el síndrome del nuevo rico es casi una epidemia entre la gente de la farándula y por lo menos Consuelo no tenía prejuicios clasistas. Desde el hotel llamé por teléfono a mi esposa para preguntarle cómo iban las cosas en la casa.

—Antonia Franco te ha llamado tres veces. Dice que por favor le hables a su casa a cualquier hora.

Sentí una punzada en las tripas, como no había vuelto a experimentarla desde los amoríos de mi adolescencia. ¿De modo que la cosa iba en serio? La más leve sospecha de que Antonia se había encariñado conmigo bastó para infundirme un ímpetu temerario. Había sido una cobardía resignarme tanto tiempo a una vida sin riesgos, a una soñolienta rutina conyugal que embotaba mis emociones y acabaría por matarme de tedio. Después de una larga cuarentena, la pasión tocaba a mi puerta y no podía renunciar a ella como había renunciado al café, al tabaco y al vino, aunque este tósigo pudiera hacerme un daño mayor. Con cínica naturalidad pedí a Socorro que me buscara en la libreta el número de Antonia.

—¿Bueno?

—Soy yo, Felipe.

—Vaya, creí que tu mujer no te quería dar mi recado. Necesito verte, mi amor. Me aburre mucho oír sola mis discos.

—No puedo, estoy en Veracruz, buscando locaciones con Consuelo.

—¿Y cuándo regresas?

—Pasado mañana.

Por su mala dicción deduje que estaba bebiendo otra vez. Hizo una larga pausa y luego suplicó:

—Ven a verme cuando llegues. Necesito hablar con alguien que me sepa escuchar.

Apresuré mi regreso a México y del aeropuerto fui directo a su casa con todo y maleta. Por deformación profesional, en el taxi venía pensando en el malogrado romance de Marilyn Monroe con Arthur Miller. También yo tenía madera de Pigmalión pero no dejaría morir a la beldad

esquizoide que había caído en mis brazos. Cuando llegué a casa de Antonia descubrí que la analogía con Norma Jean era peligrosamente certera, pues la encontré demacrada, sucia, con el pelo revuelto y la bata manchada de vino. A juzgar por los vasos con restos de licor y los ceniceros atestados de colillas, llevaba varios días de juerga solitaria. Con severidad policiaca le quité de las manos la botella de Chivas Regal y la llevé a la regadera casi a empujones. Ni siquiera tenía voluntad para enjabonarse. Tuve que pasarle la esponja por las piernas, ponerle shampoo en el cabello y ayudarla a secarse, mientras ella canturreaba la horrible cancioncita de Ricky Martin. Con el albornoz puesto la metí bajo las frazadas y le pedí que se durmiera un rato.

—No puedo, ando muy high.

—Para el insomnio tengo un remedio infalible; voy a la cocina a calentarte un vaso de leche.

En la mesa del antecomedor encontré cinco grapas de cocaína y una cucharilla dorada para inhalar el polvo. Carajo, ¿cómo era posible que una joven preciosa con todo para ser feliz tuviera esa compulsión autodestructiva? Maldije a los yupis engraidos del ambiente televisivo que sin duda la habían conducido a ese estado, exhibiéndola en discotecas como un trofeo, sin valorar su enorme capacidad de ternura. Buscaba una taza en la despensa cuando la escuché toser y atragantarse. Volé a su cuarto sin haber sacado la leche del fuego. La encontré hincada en la alfombra, vomitando un líquido verde, la respiración obstruida por las violentas arcadas. Me apresuré a remolcarla hacia el excusado, sin poder impedir que me vomitara el saco. Mientras la sostenía por los hombros para que no se fuera de bruces sobre la taza pensé en la trágica muerte de Lupe Vélez, que murió ahogada en su propio vómito. No, por Dios, Antonia todavía podía enmendar su camino. Cuando dejó de convulsionarse la cargué de regreso a la cama. Creí que ahora sí se dormiría, pero clavó los ojos en el techo y empezó a castañetear los dientes como una enferma de pulmonía. La tapé con el edredón y le di el vaso de leche para contener sus escalofríos, pero volvió a vomitar un minuto después de haberlo ingerido. Alarmado por su palidez, llamé por teléfono a Consuelo Alzatti.

—¿Aló?

—Habla Felipe Guerra. Estoy con Antonia y se puso muy mala. Creo que tiene una congestión alcohólica.

—Pensé que ya había salido de la depresión.

—Pues al parecer tuvo una recaída. Quise darle leche pero no retiene los líquidos.

—Llévatela a Médica Sur y allá los alcanzo. Pero regístrala con nombre falso, no quiero periodicazos.

Consuelo tenía vara alta en el sanatorio y consiguió una suite de lujo a prueba de curiosos en el último piso de la torre central. En cuanto le pusieron el suero, Antonia dejó de temblar y recobró la natural perfección de sus rasgos. Si despierta irradiaba sensualidad, dormida parecía una estatua de cera. De no haber sido por la presencia de los doctores que entraban y salían del cuarto me hubiera hincado a rezarle. Velé su sueño hasta las tres de la madrugada. Cuando la enfermera entró a renovar la dosis de sedante, caí en la cuenta de que no había llegado a mi casa. Socorro pensaría que me habían asaltado en el taxi o que mi avión se había estrellado. Tal vez ya hubiera llamado al aeropuerto para preguntar si se había retrasado mi vuelo. Tenía que dormir en casa para no causarle un disgusto mayor. Pero no quería que Antonia se sintiera abandonada y antes de marcharme le dejé un recado en la mesita de noche:

Me importas demasiado. Cuídate, por favor. Te amo: Felipe.

Como lo temía, Socorro me esperaba con los reproches a flor de labio.

—Te he buscado por todo México. La niña tiene mucha fiebre y en sus delirios está preguntando por ti. ¿Se puede saber dónde andabas?

Le dije que Consuelo era una neurótica adicta al trabajo y al volver de Veracruz me había llevado a su casa a planear el calendario de la producción. El embuste no la convenció, porque soy un pésimo actor y me falta colmillo para mentir. Para colmo, cuando entramos a ver a la pobre Liliana, que se revolvía en la cama con la respiración agitada, Socorro descubrió la vomitona en la manga de mi saco.

—¿Y esto?

—Ah... es de un niño que se mareó en el avión.

—No me vengas con cuentos. Llegas a las tres de la mañana y con el saco guacareado. Seguro te fuiste de putas.

—Por favor, Socorro. No hagas tanto escándalo por una vez en la vida que llego tarde —pasé a la ofensiva—. Ya tengo bastante estrés con soportar a la marimacha de mi jefa.

—Algo te está pasando, Felipe. —Socorro emitió un sollozo—. Desde que empezaste a trabajar en la televisión te noto muy raro.

—¿Y qué quieres? ¿Que deje la chamba? ¿Quién te entiende, carajo? Primero chillas cuando quiero mudarme de casa y ahora que me fletó trabajando para pagar la hipoteca te pones histérica por un retraso.

—Lo que pasa es que ya no me quieres. Dime la verdad, Felipe. ¿Todavía me quieres?

Enervado por su tono gemebundo le respondí que si continuaba haciendo esos tangos la iba a dejar de querer. Entonces ella me amenazó con largarse a la casa de sus papás. Mejor para mí, le dije, prefiero estar solo que mal acompañado. Cuando empezamos a gritarnos insultos al mismo tiempo, Liliana asomó su afiebrada carita por el cubo de la escalera.

—¿No te da vergüenza? Por tu culpa ya se despertó la nena.

Mientras Socorro arropaba a Liliana y le ponía el termómetro, me escabullí a nuestra alcoba con un principio de taquicardia. Tiré el saco vomitado a la canasta de ropa sucia como si eliminara la evidencia de un crimen, me puse la pijama y apagué la lámpara del buró, para dar por terminada la discusión. Cerraría los ojos y no respondería a las agresiones de Socorro si volvía con ganas de continuar el pleito. Pero al entrar al cuarto ella no me dirigió la palabra. Se metió bajo las sábanas y empezó a gemir en la oscuridad, con el patetismo de una tórtola herida. Preferí hacer las paces que pasar una noche infernal:

—Perdóname, mi amor, no quise herirte —la abracé con ternura—. Lo que pasa es que regresé del viaje muy tenso.

Socorro no era fácil de contentar y tardó un buen rato en aceptar mis disculpas. Pero cuando al fin depuso su amor propio, la adrenalina que habíamos descargado en el pleito se transformó en excitación sexual. Sentí sus pezones erguidos bajo la sábana y nos besamos con más rencor que deseo. Sin que mediara una reconciliación verbal, acabamos haciendo el amor como perros rabiosos, ella montada encima de mí. Nadie sabe para quién trabaja, pensé con amarga ironía en la bajamar del orgasmo: desde su lecho de enferma y sin mover un dedo, Antonia había reavivado una hoguera apagada.

Para evitar que la crisis nerviosa de Antonia echara a perder la grabación de la telenovela, Consuelo la internó un mes en Oceánica, la clínica antialcohólica de Mazatlán. Durante ese lapso ni siquiera pudimos hablar por teléfono, porque los doctores la tenían incomunicada. Su lejanía enfrió mi naciente pasión y me hizo ver con claridad los gravísimos riesgos de entregarme por completo a una chiflada que tal vez confundía el amor con la dependencia neurótica. Pero más que su locura me intimidaba su belleza: yo no era ni de lejos un casanova y me sentía demasiado insignificante para retener por mucho tiempo a una mujer tan deseada. Me gustara o no yo era un hombre de familia, obligado a conformarse con los placeres simples de la monogamia. Por haber crecido en un hogar estable y armónico, mis hijos tenían un hermoso carácter extrovertido del que yo me ufana con legítimo orgullo, pero si Antonia me arrastraba al divorcio —y una mujer como ella podía arrastrarme adonde quisiera—, iba a causarles un daño psicológico irreparable.

Cuando cobré el adelanto por mis honorarios de director, me llevé a la familia de vacaciones a Ixtapa y al ver saltar a Liliana en la rompiente de las olas juré no hacer nada que pudiera empañar su felicidad. La mejoría de las finanzas familiares endulzó también el carácter de Socorro, que pagó una parte de la deuda con sus padres y se puso a dieta para bajar las llantitas. Tenía una mujer adorable, una familia preciosa, un sólido prestigio en el medio cinematográfico: la verdad era que no podía pedirle más a la vida. Pero una parte de mí veía de reojo esa felicidad como una vergonzosa claudicación. Llevada al extremo, la prudencia podía aniquilar mis mejores cualidades humanas. Antonia solo me había dado una sacudida: dependía de mí caer de bruces en el vacío o utilizar ese impulso para levantar el vuelo. Después de todo yo era un creador, carajo, no un empleado bancario, y acabaría odiando lo que amaba si en aras del deber expulsaba de mi vida el capricho, la fantasía, la locura de un amor sin reglas ni frenos. En el momento más enconado de mis tribulaciones supe que Antonia estaba de vuelta en México.

Reafirmado en mi papel de paterfamilias, durante una semana me resistí a llamarla, a pesar de los sueños eróticos en que la veía introducirse en mi lecho y ponerme el condón enfrente de mi mujer, con la sonrisa desafiante de una alucinada. Como Antonia tampoco me llamó para anunciarme su regreso, pensé que ya no le interesaba. Conocía bien la culpa alcohólica por haberla padecido en mis épocas de bebedor y me pareció natural que no quisiera ni acordarse de los desfiguros que había cometido borracha. O tal vez le había salido un amante más joven en la clínica de Mazatlán, sí, una mujer tan guapa no podía quedarse sola un minuto. El viernes por la tarde, cuando casi me había resignado a perderla, se presentó de improviso en el foro de grabación. Yo estaba charlando con el escenógrafo Lalo Rivas y al verla llegar con su diminuta falda de mezcilla tuve una descarga de adrenalina.

—¿No los interrumpo? Quería hablar contigo un minuto.

La sobriedad le sentaba de maravilla y ahora, tonificada por el sol de Mazatlán, rejuvenecida por el buen dormir, parecía sentirse más a gusto dentro de su piel. Nos apartamos a un rincón oscuro del foro, donde los carpinteros habían dejado un set a medio construir. Llevaba el perfume de nuestro primer encuentro amoroso y al aspirarlo me sentí transportado a su lecho.

—Quiero que vengas a mi casa, te voy a dar una sorpresa.

—Ahora no puedo, estoy revisando los sets.

—Tiene que ser ahora —me ordenó—. Es algo que te va a gustar.

—Está bien. Voy para allá en media hora.

En el trayecto me reproché mi debilidad de carácter, pero ni el más severo examen de conciencia me hubiera hecho faltar a la cita. Cuando subía por el elevador ya tenía el pulso alterado y las manos sudorosas. El pasillo que conducía a su penthouse estaba oscuro y por poco me caigo al tropezar con una maceta. Me sorprendió encontrar la puerta abierta de par en par. Adentro estaba más oscuro todavía y al caminar a tientas en la alfombra temí haberme equivocado de piso. Buscaba un apagador en la pared cuando se encendieron las luces. De pie, en mitad de la sala, Antonia exclamó con aire triunfal:

—¡Bienvenido al Petit Trianon!

El inhóspito cubil se había convertido en un confortable y alegre departamento. Las pinturas originales arrumbadas en el suelo por fin ocupaban el lugar de honor que les correspondía, con reflectores de luz tenue orientados hacia la pared. Había plantas en macetones que formaban un rincón selvático junto al ventanal, coquetos adornos que le daban un toque femenino a la sala, fotos de Antonia con sus papás y con otros actores famosos en portarretratos de bronce. Una impresionante pecera con peces arcoíris y caballitos de mar separaba la sala del estudio. La mano de un decorador profesional se notaba en la elección de las cortinas y en el acabado de los libreros, demasiado señoriales para la casa de una muchacha. El vitral con figuras geométricas del comedor me pareció de mal gusto. Tampoco me agradó la mesa de cristal cortado con base de granito, ni las pretenciosas sillas de respaldo alto —la familia rica de la telenovela tenía un comedor idéntico—, pero me abstuve de hacer ningún comentario desfavorable, para no estropear la felicidad de Antonia.

—¿Qué te parece?

—Magnífico. Debe ser parte de tu terapia, ¿verdad?

—Adivinaste. Esto se llama reconstrucción de la personalidad. Mi doctor dice que el afuera importa tanto como el adentro.

—¿Y de adentro cómo te sientes?

—Ahorita muy bien. A ver qué pasa cuando me quiten el Prozac. Pero todavía no has visto lo más importante.

Me tomó de la mano y entramos a su alcoba. El estómago me dio un vuelco al ver enmarcado sobre su cabecera el mensaje que le había dejado en el hospital: Me importas demasiado. Cuídate, por favor. Te amo: Felipe.

—Lo leía en Mazatlán cuando estaba sola en mi cuarto. No sabes cuánto me ayudó a superar la crisis.

Quise darle un abrazo paternal pero Antonia tenía el don de erotizar hasta el más inocente contacto. Momentos después ya estaba sentada en mis muslos, el brasier desabrochado y la falda subida hasta la cintura. Besaba mejor cuando estaba sobria, pues en vez de excitarme con lengüetazos y remolinos forzados, como el día de su borrachera, se abandonó a la embriaguez natural del instinto. Sin interrumpir el beso la terminé desnuda con la torpeza de un amante primerizo, que teme perder su oportunidad si tarda demasiado en llegar a la cópula. Se tendió al borde de la cama con las piernas abiertas, mientras yo lamía su clítoris arrodillado en la alfombra. El sexo de las mujeres tiene su propia voz, lo he podido comprobar al bucear en esas profundidades. El de Antonia emitía ruidos guturales parecidos al borboteo de una fuente. Al abreviar en ese manantial me sentí absuelto de mis pecados y todos mis temores huyeron en estampida, como si hubiera recibido un segundo

bautismo. Cuando la penetré ya no recordaba mi nombre ni mi apellido, ya no digamos mi estado civil. Que ardiera Troya y mi familia se dispersara en el aire: ningún fastidioso deber me podía quitar la alegría de estar vivo.

La grabación de la telenovela empezó en agosto, cuando «la costurera» Bolaños terminó de confeccionar los primeros ochenta capítulos. Rompiendo su costumbre de no aparecer en público, en el coctel de prensa nos acompañó Luis Javier McDowell, nuestro patrón, a quien todos profesaban una admiración rayana en el pánico. Poseedor de un importante paquete accionario en la empresa (herencia de su abuelo, un comerciante irlandés que hizo grandes negocios en Puebla con William Jenkins), McDowell era una especie de semidiós con poderes absolutos en el área de telenovelas. Por encima de él solo estaba el mítico don Gabriel Araujo, un coloso inaccesible que dirigía la empresa desde el empíreo, sin dignarse jamás entrar a un estudio de grabación. Alto, bien parecido, de complexión atlética y bronceado uniforme, McDowell debía andar por los 50 años, pero estaba mucho mejor conservado que yo, gracias a su pasión por el deporte. Con la arrogancia de los hombres que han interiorizado la riqueza hasta convertirla en un estado de ánimo, trataba a sus inferiores con estudiada afabilidad.

—Bienvenido a esta empresa, amigo —me saludó con una sonrisa condescendiente.

Al observar la perfecta raya de su pantalón, la pulcritud de sus uñas manicuradas, su altivo mentón de emperador romano, me sentí naco, sucio, mal vestido, y renació en mi alma el resentimiento de clase que había contraído en la adolescencia, cuando los porteros no me dejaban entrar a las discotecas de niños bien. Tras saludar de mano a todos los técnicos, McDowell subió a una tarima y tomó la palabra: No podía demorarse mucho en el foro porque estaba jugando un importante torneo de polo, explicó, pero había tomado el helicóptero para desearle suerte a todo el equipo de la telenovela, en especial a su amiga Antonia Franco. Hubo un aplauso atronador, le tomaron fotos con Antonia y se retiró custodiado por sus 80 guaruras. Cuando los reporteros empezaron a marcharse me acerqué a Antonia.

—Oye, tu amiguito es un mamón —le dije al oído.

—Cállate, idiota, por ese mamón tenemos trabajo.

Desde el comienzo de la grabación me di cuenta de que era inútil tratar de dirigir a los actores, pues los vicios acumulados en lustros de repetir los mismos gestos y las mismas inflexiones declamatorias les habían embotado el talento, si alguna vez lo tuvieron. Perdida la capacidad de introspección, la suplían con un repertorio inmutable de reacciones prefabricadas, y aunque algunos escuchaban mis instrucciones con fingido interés, a la hora de la toma hacían lo que les daba la gana. Dentro de su escala de jerarquías yo era un don nadie, un recomendado de la estrellita a quien detestaban. ¿Por qué me iban a respetar? Dolido por su actitud despectiva, al principio quise humillarlos con frases duras, pero luego descubrí que la mejor forma de vengarme era dejarlos en libertad de hacer el ridículo. Total, a mí nadie me había pedido elevar el nivel de las actuaciones. Al contrario, Consuelo se enfadaba cuando repetía varias veces una escena mal hecha:

—No quieras pulirte demasiado, esto no es cine de arte. Grábate en la cabeza que estamos vendiendo Fab Limón.

Me propuse hacer concha, y hasta cierto punto lo conseguí, pero de cualquier manera las tensiones con los actores dañaron mis nervios. Dormía mal, la falta de sueño me provocaba jaquecas y para llegar al trabajo despabilado tenía que beber café de verdad. Cuando un exadicto recupera uno de

sus vicios más queridos no se conforma con poquiteces, y en el foro me tomaba cuatro o cinco tazas al día. Por consecuencia recaí en las pastillas para dormir, otra vieja adicción que me había quitado con grandes esfuerzos. Por fortuna, el amor de Antonia compensaba todos mis malestares y me hacía olvidar las miserias del Fab Limón. Sólo ella cumplía mis indicaciones al pie de la letra y a pesar del sabotaje consciente o involuntario de los demás actores, rescató del naufragio a su estúpido personaje, dotándolo con una rica gama de registros emocionales. La mudez de la protagonista en los primeros capítulos la benefició en lugar de perjudicarla, pues mientras ella hablaba con el sutil lenguaje de los ojos, sus compañeros peroraban con un estilo ramplón. Era como si Antonia actuara en una cinta de Bergman y el resto del reparto en un dramón español de la época de las hermanas Blanch. Mi gran logro como director fue crear un espacio imaginario donde ambos podíamos evadimos del cartabón telenovelero y acceder a una realidad superior, donde el arte imponía su ley a la sucia mercadotecnia. Pero si en el foro nos unía el profesionalismo, en la intimidad alcanzamos una comunión más completa, un maridaje físico y espiritual que por momentos me hizo arañar las puertas del paraíso. Absorbente como una esponja, dúctil como un trozo de barro, Antonia me admiraba y quería seguir aprendiendo de mí. Sólo necesitaba explicarle una vez las cosas para que ella descubriese por cuenta propia los contenidos ocultos de una técnica actoral o de una teoría dramática. Me asombraron sus interpretaciones de mi guion cuando se lo leí por segunda vez.

—La madrota del burdel es una Coatlicue que devora a sus hijos, ¿verdad? Y su amante, el jefe de la policía que termina preso en Lecumberri, representa a la justicia mexicana, por eso se queda ciego en la riña del penal.

La verdad, yo no había reparado en el trasfondo simbólico de la historia, pero la lectura de Antonia me hizo verla desde un ángulo nuevo. Sí, la Coatlicue debía aparecer en los créditos, esas alusiones gustaban mucho en Europa, y cuando la madrota reclutara a sus pupilas en los pueblos les pondría un collar en forma de serpiente, para sugerir una correspondencia simbólica con la diosa azteca. Antonia creía que el proyecto era realizable, más aún, lo consideraba una gran oportunidad para cambiar su imagen de niña boba y demostrarle al público los verdaderos alcances de su talento. Le advertí que necesitaba engordar diez kilos para hacer las escenas donde la Bandida aparecía fodonga y abotagada. No importa, me dijo, de todos modos quiero el papel, ya estoy harta de ser una cara bonita. Contagiado por su entusiasmo volví a soñar con la Palma de Oro. Por lo común, el jurado simpatizaba con los cineastas del Tercer Mundo y los nuevos ingredientes de realismo mágico añadidos al guion aumentaban mis posibilidades de triunfo. Un viernes por la noche, Antonia y yo nos sentamos a calcular el costo de la producción. Con algunos recortes en el reparto y una pequeña reducción en el número de locaciones, la película se podía hacer con cuatro millones de dólares, la décima parte de lo que costaba un churro de Hollywood.

—¿Y de dónde vamos a sacar la lana? —pregunté, escéptico.

—Del financiamiento me encargo yo. Para eso sirven los buenos amigos.

Supuse que se refería a Luis Javier McDowell, y en lugar de alegrarme sentí una punzada en el bajo vientre. Desde el comienzo de la grabación había escuchado el rumor de que Antonia y él eran amantes, sin darle ningún crédito. La industria del chismorreó no deja ileso ninguna reputación y el público siempre está dispuesto a creer lo peor de la gente famosa. Mi mujer, por ejemplo, estaba segura de que Antonia era la querida del Presidente, y ningún poder humano podía persuadirla de lo contrario. Para atender a todos los amantes que le endilgaban, Antonia hubiera tenido que estar

en cinco camas al mismo tiempo. Pero la insidia siempre deja una mancha y a pesar de tener absoluta confianza en ella, hubiera preferido que guardara distancias con el patrón.

Llevábamos grabados 60 capítulos y la telenovela ya había salido al aire, con gran éxito, cuando empecé a notar un cambio en la conducta de Antonia. Mis cátedras sobre la historia del cine y la semiótica de las artes visuales ya no la deslumbraban como antes. Ahora las oía entre bostezos, como quien oye llover, y en vez de cenar conmigo en su penthouse prefería que saliéramos a los restaurantes de moda, donde el asedio de los cazatógrafos nos impedía platicar a gusto. Mi compañía ya no le bastaba para ser feliz y sentí que los buitres del desamor circunvolaban sobre nosotros. Contra mi natural resistencia a hacerme el chistoso, procuré ser más divertido, más ocurrente, en una grotesca tentativa por compensar nuestra diferencia de edades. Fue inútil: rota la magia de nuestros primeros encuentros, habíamos cambiado la sorpresa por la costumbre. Delante de mis narices Antonia volvió a la bebida y no pude hacer nada por impedirlo, pues temí ganarme su aversión si me comportaba como un ruco predicador. La mejor prueba de que nuestro amor iba en picada era que dedicábamos nuestros ratos libres a comentar las incidencias de la grabación, olvidados por completo de la película.

La letrina donde trabajábamos hacía remolinos y amenazaba con arrastrarnos hacia el desagüe. Mi proyecto fílmico era nuestro lazo de unión, y si moría por falta de interés, nuestros destinos quedarían truncados. Yo me daba cuenta del peligro y en una pesadilla vi representada nuestra derrota moral: asistía a la premier de mi película en Cannes, acompañado de Antonia, que acaparaba las miradas de la concurrencia con un vestido de lamé azul muy escotado. Tras una breve semblanza de mi carrera a cargo de Juliette Binoche, se descorrían las cortinas de la pantalla y daba comienzo la proyección. Pero ¡oh vergüenza!, en lugar de mi chef d'œuvre veía en pantalla el capítulo inicial de *El dolor de callar*, donde Antonia llega a la capital de rebozo y huaraches. La selecta concurrencia estallaba en silbatinas, Antonia se ponía a llorar en mi hombro y teníamos que salir huyendo del Grand Palais con la cara cubierta para esquivar los flashes de los paparazzi. Antonia nunca me habló claro, seguramente para evitarse mis reclamos, pero con distintos pretextos —viajes, compromisos de trabajo, comidas de familia— empezó a excluirme de su vida los fines de semana, únicos días en que podíamos vernos a solas. Traté de asumir una actitud orgullosa y me abstuve de reclamarle nada en el foro. Buenos culos había de sobra, no valía la pena humillarse por una puta borracha, pensaba, y en mi empeño por cauterizar la herida supurante de mi corazón, recordé el apotegma del filósofo Luis Arcaraz: «El que pierde una mujer, no sabe lo que gana». En efecto, yo había salido ganando al reconquistar la estabilidad y ahora podía dedicar más tiempo a los niños, que tenía un poco abandonados por culpa de mi estúpido enclaustramiento. Volví a llevar a la familia de día de campo, corté el pasto del jardín, los viernes por la noche iba al cine con Socorro y dormía ocho horas de corrido sin tener que tomar la pastilla.

Pero al tercer sábado de plácida vida hogareña, mi falso paraíso se desmoronó. Estaba con mi familia en el cumpleaños de un sobrinito, Guillermo, entre amas de casa anodinas y maridos trepanados de mirada vacua. Los niños correteaban alrededor de la mesa de los mayores, peleándose por los juguetes de Memito, o forcejeaban con las mamás sobreprotectoras que les querían poner el suéter a mediodía. «Pasen a formarse en el patio, vamos a romper la piñata. Los más chiquitos adelante, tú hasta la cola, Nubia, ya estás muy grandulona». De modo que esa era mi gran recompensa por volver al redil: piñatas, mocosos chillando, una plática inane con abuelos prematuros que exudaban conformismo y tedio. Ahora lo veía claro: lo que más me repugnaba de la clase media era su cobardía emocional. Todo tenía que ser trivial y anodino, para esa gente la felicidad consistía en aprender a morir desde la cuna. Yo no pertenecía a su infierno edulcorado,

en el mío las llamas quemaban de verdad. Pero un orgullo mal entendido me había apartado de la única fuente de placer y dolor que llenaba de sustancia mis horas huecas. Había sido un gravísimo error aceptar el abandono de Antonia sin pedirle siquiera una explicación. Necesitaba cometer de inmediato un acto imprudente o sucumbiría a la esclerosis mental de los hombres que renuncian a tener vida propia. Me llevé la mano a la frente como quien recuerda de súbito un asunto importante y le dije a Socorro que había olvidado en el foro los libretos de la telenovela.

—Necesito ir por ellos ahorita mismo, tengo que leerlos antes de la grabación.

—No te preocupes —me apaciguó Socorro—, llévate el coche y yo me regreso con los niños en taxi.

Salí disparado a casa de Antonia, con la satisfacción canalla de un tahúr que ha ganado con trampas una mano de póquer. Desde la caseta de vigilancia noté algo raro: en la entrada del condominio había un deslumbrante Rolls Royce color hueso rodeado de guaruras. Sus caras me parecían conocidas: ¿dónde los habría visto antes? El vigilante alzó la valla cuando lo saludé con la mano. Me estacioné en un lugar sombreado, apagué el motor y con un libro abierto como parapeto monté una discreta guardia, sin llamar la atención de los guardaespaldas. Por fin pude recordar de dónde los conocía: eran personal de seguridad de la televisora. Cuando mi cigarro de hule ya estaba deshecho de tanto mordisco, vi salir del edificio a Luis Javier McDowell, abrazado con Antonia, que vestía pantalones blancos untados al cuerpo y una camiseta de tirantes color frambuesa.

Por el campaneo de sus tetas deduje que no llevaba sostén: quizá lo había olvidado entre las sábanas después de coger con el magnate. Debo ser masoquista, pues en brazos de mi rival me pareció infinitamente más bella que cuando estaba conmigo. Acompañó a McDowell hasta el Rolls y parada de puntas le dio el beso de despedida, mientras él cometía la bajeza de estrujarle las nalgas delante de sus guaruras. Tuve que hacer un gran esfuerzo de autocontrol para no precipitarme hacia ellos y armar un escándalo. Con las mandíbulas trabadas vi montar a Luis Javier en el Rolls y salir del estacionamiento con su ejército de matones. Todavía esperé diez minutos más, para darle tiempo a Antonia de subir al penthouse. No obstante haber refrenado el colerón inicial, todavía me temblaba la mano al oprimir el timbre.

—¿Quién?

—Soy yo, Felipe. Necesito hablar contigo un momento.

—Ahorita no puedo, me voy a meter al baño.

—Por favor, Antonia, es algo importante.

En otra ocasión se hubiera echado en mis brazos al abrir la puerta; esta vez sólo me dio un beso seco en el cachete, sin disimular el fastidio que le producía mi visita. Sobre la mesita de centro había dos copas champañeras y una colilla de puro.

—¿Tuviste invitados?

—Sí, anoche vino a verme una prima de Querétaro.

—Dime una cosa, Antonia —la miré con desprecio—. ¿Tú crees que se pueda vivir sin dignidad?

—Vaya pregunta —se arrellanó en el diván—. ¿Estás escribiendo otro guion?

—No, simplemente quiero conocer la psicología de las prostitutas.

Antonia se irguió con una expresión amenazadora.

—Oye imbécil, no te voy a permitir que vengas a insultarme en mi casa.

—No es un insulto: me gusta llamar a las cosas por su nombre. ¿Cómo llamarías a una actrícita con veleidades intelectuales que llegó al estrellato gracias a sus acostones?

—Ya entendí. Estás celoso porque no te pelo y vienes a levantarme falsos.

—¿Falsos? —Estrellé una copa de champaña en el borde de la mesa—. ¡Estaba allá abajo y lo vi todo, hasta el apretón de nalgas!

Antonia se puso a temblar y tomó el teléfono inalámbrico.

—¿Qué haces?

—Voy a llamar al portero para que te saque a patadas.

—Espérate —le apreté la muñeca—. Primero explícame cuánto te paga McDowell. Porque has de ser una puta cara, ¿no?

Sin fuerza para sostener el teléfono, Antonia me imploró clemencia con la mirada. Por fin había logrado herirla. Dos lagrimones corrieron por sus mejillas y el rímel diluido le enlutó la cara.

—Por si no lo sabes, ando con él para convencerlo de que produzca tu pinche película.

Me quedé estupefacto. ¿Era posible tanta abnegación o estaba fingiendo para salir del apuro? Llevaba cuatro meses de dirigirla y jamás le había visto una escena tan convincente.

—Sabía que te ibas a enojar, por eso no quise decirte nada —continuó Antonia, desplomada en la alfombra—. Luis Javier no es un benefactor de genios frustrados. ¿Cómo quieres que suelte la lana si no le doy algo a cambio?

—Pero yo jamás te pedí...

—Ya sé que nunca me pediste nada. Tomé la iniciativa porque te quiero. Pero los machitos como tú no saben agradecer los favores. Soy un estúpida por haberme enamorado de ti.

Nuevo acceso de llanto, ahora entrecortado por suspiros de autocompasión. Estaba confuso y no sabía si pedirle perdón de rodillas o acusarla de montar una farsa. Era demasiado halagüeño pensar que se estaba sacrificando por mí, pero la mujer que minutos antes había besado a McDowell no parecía una mártir ni mucho menos. Antonia tenía debilidad por los hombres maduros y Luis Javier era un señor apuesto, con el atractivo adicional de estar podrido en dinero. ¿Cuántas mujeres no habrían sucumbido a su doble encanto?

Sobre la mesa había una cajetilla de Camel sin filtro, mi marca favorita de cigarrillos. No había vuelto a fumar desde el año 85, cuando me detectaron principios de enfisema, pero sentí que necesitaba la ayuda del tabaco para dominar la zozobra. Mientras Antonia se enjugaba las lágrimas, encendí un cigarrillo y le di tres bocanadas largas. Al principio tuve mareos, luego me invadió una deliciosa languidez y juzgué con más benevolencia la conducta de Antonia. En primer lugar, ¿qué necesidad tenía de mentirme? Yo no ejercía ningún poder sobre ella, al contrario, podía correrme de la telenovela cuando le viniera en gana. Si quería acostarse con McDowell por placer o por interés, le bastaba con decirlo abiertamente y mandarme al carajo. Por otro lado, Antonia era una actriz universitaria con una formación y una rectitud que no son frecuentes en el medio de la farándula. No me la imaginaba haciendo antesala en la «oficina ovalada», como llamaban los actores al despacho de Luis Javier, para darle una mamadita en su silla giratoria, con el único

propósito de mantenerse en el estrellato. Una mujer como ella, pensante, sensible, comprometida con su profesión, solo podía practicar el sexo mercenario por una causa noble.

Si no creía del todo en su inocencia, cuando menos debía concederle el beneficio de la duda. Pero aun suponiendo que Antonia fuera una puta y una falsaria, me constaba que su entusiasmo por la película era sincero. De eso no cabía duda, se había encariñado con su papel. Desde luego, yo hubiera preferido que gestionara el financiamiento de una manera más decorosa. Pero ¿no decía Maquiavelo que el fin justifica los medios? Templado el ánimo por el efecto sedante de la nicotina, me acerqué al rincón de la sala donde Antonia se había ovillado como una gatita enferma.

—Perdóname, linda. Soy un bruto —le acaricié el cabello.

Me rechazó con un giro brusco de la cabeza y la tomé suavemente por la barbilla para obligarla a verme a los ojos.

—Perdóname, por favor. Me enojé porque te quiero mucho.

Indiferente a mis ruegos, volvió a enconchase con la cabeza metida entre las rodillas. Por fortuna, el llanto dio a mis palabras un poder persuasivo que desbarató sus defensas. Lloré por nuestras locas ambiciones, por las batallas quijotescas del artista latinoamericano, por el miserable mundo en que nos había tocado vivir. Conmovida, Antonia acogió mi cabeza en su regazo y me consoló con sus besos. Sin palabras, con el lenguaje del tacto y la respiración, me hizo comprender que ambos trabajábamos en un medio corrompido y no podíamos aspirar a un amor impoluto, a un romance de tarjeta postal como el que sueñan las quinceañeras cursis. Para sobrevivir en la zona roja era preciso talonear sin melindres románticos. ¿Tenía valor para eso, estaba dispuesto a compartirla como los padrotes comparten a sus queridas? Mi erección dio una respuesta afirmativa a todas las preguntas mudas que flotaban entre nosotros. Pasamos a su revuelta cama, todavía olorosa al cuerpo de mi rival, y nos amamos con una mezcla de rabia y resignación, como dos halcones forzados a descender de sus cumbres nevadas para acatar la ley de los buitres.

Cuando fumábamos el cigarrillo *post coitum*, Antonia me advirtió que de ahí en adelante debíamos ser muy precavidos. Moderno sultán, McDowell tenía amantes por docenas, pero exigía de todas una fidelidad canina y cuando descubría que alguna odalisca de su serrallo andaba con otro, le cortaba la mensualidad y la vetaba por tiempo indefinido en todos los programas de la empresa. Poco después de habernos reconciliado, descubrimos que uno de sus guaruras espiaba la casa de Antonia. Para burlar el cerco de vigilancia, tomamos la precaución de vernos a escondidas en el motel Remanso, a la entrada de la carretera vieja a Cuernavaca. Más allá de sus celos patológicos, el propósito de McDowell era tender un cordón sanitario. Lo descubrí cuando ensayábamos una escena de amor en que Antonia y Uriel Medina debían besarse en la boca. Tras haber repasado los diálogos previos al beso, me disponía a grabar la primera toma cuando un joven ejecutivo del departamento de «supervisión literaria» me exigió que suavizara la escena.

—Pero ¿cómo? —protesté—. La protagonista acaba de reencontrar a su novio después de una larga ausencia.

—Son órdenes de Gobernación. La telenovela pasa en horario familiar y los besos en la boca no están permitidos.

Por supuesto, la escena se hizo al gusto del inquisidor. Más tarde, al oírme despotricar contra la censura oficial, Antonia me abrió los ojos.

—No creas que Gobernación te echó a perder la escena. La mandó cambiar Luis Javier porque le tiene pavor al sida y sabe que Uriel es gay.

—¿Y no sabe el pendejo que el virus no se contagia por la saliva?

—Sí, claro, pero dice que el actor puede estar sangrando de las encías. No te imaginas hasta dónde llega su pánico. Tiene pensado hacerle la prueba del VIH a todos los actores jóvenes de la empresa y correr a los que den positivo.

—Qué poca madre. Si tiene tanto miedo que se ponga condón y no ande hostigando a la gente.

—Ahí está el problema. Luis Javier no ha usado un condón en su vida; por eso le dio tan fuerte la paranoia.

Era indignante que McDowell exigiera limpieza de sangre a todos sus esclavos, cuando él ni siquiera se dignaba tomar las precauciones elementales para evitar el contagio. ¿Qué tal si alguna de sus noviecitas ya le había pegado el virus? Antonia contraería la enfermedad por coger a capela con él, y de paso yo, que le había prodigado los *cunnilingus* como un académico de la lengua. Se me enchinaba la piel sólo de pensar que la cadena letal podía llegar hasta Socorro. Pero lo más desagradable de todo era conocer esas intimidades por boca de Antonia. Ya me dolía bastante saber que McDowell se la tiraba una vez por semana, como para encima conocer detalles de sus acostones. En mis pesadillas la veía realizar el acto carnal con un cadáver agusanado. ¿Era consciente del peligro que corría? ¿Sabía que se estaba jugando la vida por darme una Palma de Oro?

Entre las tensiones de trabajo y las tensiones del adulterio, al poco tiempo de haber recaído en el tabaquismo ya me estaba fumando una cajetilla diaria. No se lo dije a Socorro (¿para qué alarmlarla?), pero de nuevo sentía punzadas en los pulmones. Si continuaba por ese camino acabaría remolcando un tanque de oxígeno para poder respirar. Lo sabía y sin embargo disfrutaba cada cigarro con la fruición de un chavito de secundaria que fuma a escondidas de sus papás. Me importaba un comino cuidar la salud porque mi vida entera se había convertido en una temeraria apuesta. Cada vez eran más complejas las argucias que debía emplear para esconderme de Socorro y al mismo tiempo guardar las apariencias en el foro de grabación, donde nadie sabía de nuestro amasiato, pero el placer de vivir al filo de la navaja compensaba con creces mis sobresaltos. Hasta el aparente desdoro de compartir los favores de Antonia me producía cierto placer, el placer abyecto del pícaro que pone en ridículo a un millonario cornudo. Podrás censurarme y pisotear mi dignidad, pensaba, pero estás metido en un triángulo donde yo soy el chingón.

Mientras dirigía la telenovela en un estado de alta ansiedad, Antonia progresaba en sus gestiones financieras. Un día llegó a nuestra cita en el motel Remanso más contenta que de costumbre. Después de mucha insistencia, McDowell había aceptado producir la película, me dijo, pero quería tener una entrevista conmigo para conocer mejor el proyecto. Temí que mi carácter hiciera corto circuito con el de Luis Javier y le pedí que me acompañara.

—Claro que sí, tontito —alborotó mi escaso cabello, juguetona—. Ni modo que te deje entrar solo a la jaula del león.

Detesto la ropa formal y no acostumbro vestirme de traje. Para trabajar siempre combino el pantalón de mezclilla con un suéter abierto o un blazer de pana. Quería que McDowell me viera tal como soy, pero Antonia se empeñó en disfrazarme de yupi y me compró un traje cruzado de Giorgio Armani «para que te veas como la gente decente». Asfixiado por el nudo de la corbata, que Uriel Medina me ayudó a hacer en los camerinos, maldije entre dientes la ocurrencia de

Antonia, pero no me atreví a contrariarla. Juntos llegamos a la oficina de Luis Javier, y como ella me aconsejó, traté de ganarme a la secretaria con halagos y bromas, por si acaso necesitábamos su ayuda para futuras audiencias. Desde la lujosa antesala, adornada con pinturas de Dalí, Tamayo y Pollock, se dejaba sentir la majestad del dinero. Un mesero de smoking, alto y bien parecido, nos preguntó si deseábamos tomar algo. Por una cobardía imperdonable pedí un martini seco, rompiendo mi voto de abstinencia alcohólica, celosamente guardado por más de 10 años. La copa era tan grande que hubiera podido nadar en ella y después de tanto tiempo sin beber, la ginebra me pegó durísimo.

Ya estaba medio borracho cuando la secretaria nos hizo pasar a los aposentos reales. Como sospechaba, la oficina ovalada era un deplorable monumento a la egolatría, con todos los ingredientes de la ostentación charra: tapetes persas, cuernos de elefante, trofeos de caza colgados en la pared, y un gigantesco retrato de McDowell besando la mano a Juan Pablo II en la Basílica de Guadalupe. Las maquetas de sus propiedades (yates, hoteles, estadios, aviones), colocadas sobre pilastras de mármol, formaban un semicírculo en torno del escritorio. Su pretensión de elevar el poder adquisitivo al rango de las virtudes teologales y el mal gusto de la decoración me recordaron la guarida subterránea donde Lex Luthor maquinaba la destrucción del planeta. Como el villano de Superman, McDowell había mandado empotrar a espaldas de su escritorio una docena de televisores, desde los que monitoreaba por circuito cerrado todo lo que sucedía en los foros. Cuando llegamos vigilaba al mismo tiempo las grabaciones de varios programas. Con razón paró la escena del beso, pensé, el cabrón nos estaba viendo desde aquí. Al escuchar nuestros pasos en la alfombra volteó su silla giratoria.

—Antonia, qué gusto verte —se levantó para besar su mano, sin advertir mi presencia—. ¿A qué debo el honor de tu visita?

—El señor Guerra y yo veníamos a exponerte el proyecto del que te hablé.

—Ah sí, tomen asiento, por favor. ¿Ya les ofrecieron algo de tomar?

En presencia del patrón me volvieron a temblar las corvas y para evitar la tartamudez pedí el segundo martini. Luis Javier pidió un whisky con soda que a juzgar por su mala dicción no era el primero de la tarde. Una vez servidos los tragos, Antonia le resumió el argumento de la película en líneas muy generales. McDowell asentía sin escucharla, concentrado en su generoso escote. Embutido en mi trajecito de gala, sentía que la parálisis muscular se había extendido a mi cerebro. Crucé la pierna para adoptar una postura más natural y descubrí con horror que tenía un hoyo en la suela del zapato. Bajé la pierna enseguida, pero el mal ya estaba hecho; sin duda McDowell había visto el hoyo. Carajo, ni una pinche vez en la vida podía tener distinción. Me incomodaba el papel de convidado de piedra y en un arranque de valor tomé la palabra, contraviniendo las instrucciones de Antonia.

—Creemos que la película tiene suficiente calidad para participar en el festival de Cannes, y si obtiene la Palma de Oro, la inversión se recuperaría con la venta a la televisión europea.

—Mire, amigo —me interrumpió McDowell—, mi negocio es divertir al pueblo. Yo no hago películas mamonas para intelectuales, porque nadie las entiende.

—Pero creemos que esta película podría tener un mercado más amplio —argüí con timidez, intimidado por el hielo de su mirada.

—No me venga con pendejadas, señor...

—Guerra, Felipe Guerra —intervino Antonia.

—No me venga con pendejadas, señor Guerra. Su película va a ser un fracaso en taquilla, eso lo veo venir. Pero con tal de complacer a mi querida Antonia no me importaría perder un poco de dinero. Tengo fama de cabrón, pero aquí donde me ve, soy muy generoso con la gente que estimo. ¿Verdad, preciosa? —Y Antonia le devolvió la sonrisa con una dulzura que me hizo dudar de su amor.

Después de ese descuentón preferí mantener la boca cerrada. Por más pertinentes que fueran mis comentarios, jamás lograría borrar la mala impresión causada por el hoyo de mi zapato. Antonia volvió a la carga y argumentó que aun si la película no dejaba dinero, ayudaría a mejorar la imagen de la empresa, pero Luis Javier cambió abruptamente de tema y la felicitó por el éxito internacional de *María Clara*, su anterior telenovela. La respuesta del público latinoamericano había sido estupenda, dijo, pero lo más fabuloso estaba ocurriendo en Rusia, donde la gente faltaba al trabajo para verla y los comerciantes callejeros vendían muñecas con su efigie.

—Hasta el presidente Putin te quiere conocer. Ayer recibí un telegrama donde te invita al Kremlin.

Antonia quiso volver al tema de la película, pero McDowell fingió sordera para excluirme de la charla. Me quiere castigar por mis ínfulas de intelectual, pensé, o quizá le da el mismo trato a todos los directores, sí, para él somos nulidades anónimas, capataces sin derecho a sentarse en la mesa de los señores. Hubiera deseado gritarle que sus telenovelas ponían en peligro la seguridad nacional, porque los países afectados por esa agresión cultural tarde o temprano iban a declararnos la guerra, como sucede cuando un país arroja sus desechos tóxicos en las aguas territoriales de otro. Pero no quise volver a las filas del desempleo y apuré de un trago los restos del segundo martini, mientras McDowell planeaba capitalizar el éxito internacional de *María Clara* con un refrito instantáneo donde Antonia llevaría como galán a un famoso actor venezolano.

—Tenemos que aprovechar este trampolín para encadenar varios éxitos. —Luis Javier se puso de pie y caminó hacia ella con su whisky en la mano—. Pero estás trabajando mucho y necesitas descanso —la tomó por la barbilla, entre paternal y cachondo—. Cuando termines con las grabaciones quiero que te vengas a pasar un mes en mi yate.

O Luis Javier no conocía la discreción o le agradaba que otro hombre presenciara sus galanteos. Recordé la tesis de Gregorio Marañón sobre la homosexualidad latente de don Juan Tenorio. Con las mujeres de su clase quizá tuviera modales de caballero, pero como Antonia pertenecía a la gleba, no le importaba sobajarla ante los demás con tal de despertar la admiración masculina. Entre los vapores del alcohol comprendí que si deseaba congraciarme con él necesitaba darle por su lado. ¿Quería un amigote complaciente y patán, que festejara su pegue arrollador con las viejas? Pues ahí estaba yo para tragar sapos. Había caído la noche y aunque Luis Javier tenía la antesala llena de gente, decidió cancelar el resto sus citas para seguir la borrachera. A una seña suya el mesero trajo una botella de champaña Cristal en una hielera de plata.

—Esta es la mejor champaña del mundo —se ufanó al descorcharla—. Quiero que brinden conmigo porque esta mañana vendí la telenovela a Singapur y Nigeria.

Chocó mi copa con tal fuerza que le hizo una rajadura al cristal cortado. Las burbujas doradas le reblandecieron la corteza cerebral y se puso a contar chistes idiotas con un deplorable *timing* de comediante. Su especialidad eran los chistes de maricones, a los que imitaba con ademanes grotescos, pero también dominaba el género escatológico:

—Dos muertos de hambre se encuentran una vomitona en la calle y uno se la cede cortésmente al otro: cómetela. El tipo que se la come vomita de inmediato y entonces su amigo la saborea con delicia. Ummm, a mí me gusta recalentada.

Aunque arruinaba la mayoría de los chistes por adelantar el desenlace, Antonia y yo nos desternillábamos de risa, como mandan los cánones del servilismo. Complacido por mis carcajadas, Luis Javier me levantó el veto.

—A ver, tú, Guerra, cuenta uno de los que te sabes.

Detesto los chistes memorizados, porque denotan falta de ingenio. Pero estaba en el mismo predicamento de Sherezada y tuve que entretener al sultán para salvar la cabeza:

—Un borracho va por el Periférico haciendo eses y un patrullero le ordena arrimarse a la banqueta. ¿Qué se le ofrece, oficial? Va manejando en estado de ebriedad. ¿Cómo cree?, si nomás me bebí dos copas. Entonces camine por esta raya. El borrachito mira entre brumas la raya de la banqueta y dice: ¿Así nomás, sin red protectora ni nada?

Impávido, el sultán esperaba la conclusión del chiste. No lo entendió, pensé, ya me quedé sin película. Antonia entró al quite con una carcajada, y por contagio McDowell esbozó una leve sonrisa. Envalentonado por su aprobación me atreví a contar dos chistes más, igualmente bobos, que Luis Javier celebró a mandíbula batiente.

—Para ser intelectual no eres tan pendejo —me elogió—, llénele su copa al amigo Guerra.

Antonia caminó rumbo al baño, seguramente para darse un pase de coca. Al mirar su incitante meneo de caderas, McDowell me dio un codazo.

—Qué buena está, ¿verdad?

—Sí, mucho, y en la pantalla retrata mejor.

—Estoy enculadísimo —suspiró Luis Javier, y sin venir a cuento me abrió su fétido corazón—. La quiero tanto que sería capaz de matar a quien le ponga una mano encima. Cuando empezamos a salir juntos le regalé el *penthouse* donde vive, pero ella es tan decente que lo rechazó muy ofendida. Yo ando contigo porque me gustas, decía, tu dinero no me interesa. Solo aceptó las llaves cuando le demostré que había empezado a tramitar mi divorcio.

—Caray, pues te felicito por tu buen gusto —volví a brindar con él, destrozado por sus confidencias.

Desde ese momento estuvimos a partir de un piñón. Luis Javier me llamó por mi nombre de pila y empezó a fajar con Antonia muy quitado de la pena. Sus besuqueos terminaron de aniquilar la poca autoestima que me quedaba. Mientras bebía mi champaña tratando de mirar a otro lado, nutría mis celos con amargas cavilaciones. Una vez más Antonia me había mentido. No se había acostado con Luis Javier sólo para hacer la película, pues ya era su amante desde antes de conocerme. Pero entonces ¿a qué jugaba conmigo? Con la segunda botella de champaña, la euforia ética de McDowell llegó al tope y nos propuso tomar la del estribo «en casa de mi morena consentida».

—Pero tú estás muy solo, Felipe, y a mí no me gusta contar el dinero delante de los pobres —por el teléfono inalámbrico llamó a una francesa que regenteaba un putero elegante, y le pidió que le mandara a su mejor chamaca, para un amigo muy exigente. Al colgar me guiñó un ojo: ¡Ya estuvo! No te la vas a acabar.

Bajamos al estacionamiento en su elevador privado, donde vi reflejada mi abyección en un espejo de cuerpo entero que hubiera deseado romper con el puño. Antonia clavaba sus senos en el pecho de Luis Javier y le hacía cosquillas detrás de la oreja. Hija de la chingada, qué bien desquitaba su *penthouse*. En el sótano había dos coches, el Rolls Royce color hueso que ya conocía y un modesto Jetta verde con quemacocos. Un chofer moreno de impresionante musculatura abrió la puerta del Rolls:

—No, Anselmo, nos vamos a ir en el otro. Quiero divertirme un rato con mis amigos.

Por iniciativa propia ocupé el asiento del copiloto, pues era evidente que Luis Javier no quería despegarse de Antonia. El chofer sacó de la cajuela una cesta con huevos y se la entregó a su patrón. Como si cumpliera una rutina previamente ensayada, antes de arrancar descorrió la tapa del quemacocos.

—Se preguntarán ustedes para qué quiero estos huevos, y por qué vamos en este coche —nos instruyó McDowell con tono didáctico, cuando bajábamos por Altavista en dirección a Insurgentes—. Enseguida los voy a sacar de dudas. ¡Anselmo, pégate a la banqueta!

El chofer lo obedeció y detuvo el coche a contraesquina del restaurante San Ángel Inn, en la parada del microbús, donde una vendedora de lotería ofrecía billetes a los peatones. Luis Javier lanzó uno de los huevos por el quemacocos, con tan buen tino que lo estrelló en la cabeza de la mujer.

—¡Pélate, cabrón! —gritó, y Anselmo arrancó chirriando llanta, mientras McDowell se retorció de júbilo—. Pinche naca pendeja, ¿vieron el brincote que dio?

Antonia y yo cruzamos una mirada incrédula. ¿Cuánta ignominia estábamos dispuestos a soportar? ¿Valía la pena caer tan bajo por hacer una película que los jurados de Cannes tal vez no sabrían valorar? Por un imperativo de conciencia debí soltarle un madrazo a McDowell y bajarme inmediatamente del coche. Pero la inercia de la borrachera o los bíceps de su chofer me acobardaron y sólo atiné a expresar en voz alta el temor de que una patrulla nos detuviera.

—Los policías me pelan la verga —respondió Luis Javier, mientras destapaba la tercera botella de Cristal—. Llegan muy gallitos a hacerla de pedo, pero cuando les digo quién soy, se me cuadran y me escoltan hasta mi casa, ¿verdad, Anselmo?

El chofer asintió con una sonrisa triunfal. Luis Javier bebió champaña a pico de botella y luego se la pasó a Antonia, que rechazó el trago, pero él no aceptaba desaires de nadie, dijo, y le empinó la botella en la boca.

—Túpale, señorita, túpale hasta ver fondo.

En sus forcejeos para no atragantarse, Antonia derribó al suelo la canasta de huevos y el Jetta quedó convertido en un chiquero rodante. Por desgracia, McDowell logró rescatar de la omelette media docena de huevos intactos y nos dio dos a cada uno, para que probáramos la puntería con los peatones de Insurgentes. Aunque Antonia y yo fallamos los huevazos adrede, el estupor de los transeúntes provocaba el regocijo de Luis Javier. Hasta llegué a dudar de su salud mental. Pero si él era un demente, ¿qué calificativo nos correspondía a nosotros, sus secuaces cuerdos? ¿Borregos, agachados, colaboracionistas? Un aguacero providencial impidió a Luis Javier arrojar por el quemacocos los dos huevos que le quedaban. Demasiado terco para dejarse vencer por el clima, ordenó a Anselmo que se arrimara a las banquetas para empapar a los transeúntes con el agua de los charcos. «¡A bañarse marranos, ya les tocaba su día de San Juan!». Si de él hubiera dependido, nos habríamos quedado mojando gente hasta la medianoche, pero Antonia le exigió que nos

encamináramos a su casa, porque estaba bañada en champaña y necesitaba cambiarse. Cuando llegamos a la caseta de vigilancia vi por el retrovisor a los guaruras de McDowell en una vagoneta con vidrios polarizados. Seguramente nos habían seguido todo el trayecto, para que Calígula saliera indemne de sus travesuras.

En el vestíbulo del edificio nos esperaba una rubia con botas altas y cara de niña perversa, enfundada en un abrigo de pieles que le llegaba hasta las rodillas. Apenas bajamos del coche se abalanzó a darle un beso a Luis Javier.

—Espérate, la cosa no es conmigo. Quiero que atiendas a mi amigo Felipe.

A juzgar por sus vehementes apapachos, la ilusa debió pensar que yo era un hombre de negocios o un alto funcionario del gobierno. Antonia la miró por encima del hombro y pasó de largo sin saludarla. Ya me tocó verte con otro, ahora te toca sufrir a ti, pensé, suponiendo que tenía celos de mi pareja. ¿O más bien le dolía que Luis Javier la homologara con una *call girl*? Del brazo de mi güerota me sentía como un niño obligado a cargar un oso de peluche gigante. Se llamaba Katia y era modelo, me dijo, pero estaba estudiando actuación en una academia y además quería ser cantante. Le calculé 19 años. Al quitarse el abrigo, su extrema delgadez me decepcionó. Carajo, con la moda cadavérica impuesta por Hollywood, hasta las putas de lujo eran unas tablas. Antonia le quitó el saco a Luis Javier, lo colgó en un perchero, y le sacó del clóset una bata china con el dibujo de un dragón en la espalda. Conmigo nunca tenía esas delicadezas. Ella debió de adivinar mi enojo, pues volvió a sacar a colación el tema de nuestra película, como para recordarme que se estaba sacrificando por mí.

—Ya sé que no te gusta hablar de negocios aquí, mi vida, pero hay algo que necesito saber. Cuando hayas aprobado el presupuesto para la filmación, ¿con quién tenemos que hablar para el asunto de los dineros? ¿Hago una cita con el señor Lafragua?

—Ni me menciones a ese ratero. El otro día me trajeron los resultados de una auditoría y resulta que el angelito me ha robado medio millón de dólares. Lo mandé llamar y le dije: mira, infeliz, con las pruebas que tengo te puedo refundir en la cárcel, pero nada más te voy a correr, por consideración a tus pobres hijos. —Luis Javier tomó aire y me miró a los ojos, como pidiendo comprensión—. Estoy rodeado de ineptos y de ladrones. No me importan las trácalas de mis empleados, lo que me encabrona es que ni siquiera saben robar.

—¿Entonces con quién me arreglo? ¿Quieres que hable con Raúl Yáñez, el encargado de proyectos especiales?

—Otro pendejo venido a más. Le di trabajo por lástima hace 20 años, y ahora ya quiere dársele de gran señor. Antier me enteré de que el estúpido quería comprar una casota vecina a la mía en el Pedregal. Lo llamé a una junta de programación y le dije delante de todos: Oye, Raulito, ¿no crees que es mucha casa para un jodido como tú? El cretino pensó que estaba bromeando y se rio. Hablo en serio, imbécil, le dije, un empleado de tu nivel debe vivir con más modestia.

—Bueno, si desconfías de tu equipo, Felipe y yo podemos fundar una productora independiente con el capital que nos des —insistió Antonia, mientras le daba masaje en el cuello.

—Ah, qué manos de ángel tienes. — Luis Javier se salió por la tangente—. Para mí lo más bonito de una mujer son sus manos. Y a ti, Felipe, ¿qué es lo que más te gusta de una vieja?

—Yo prefiero otras partes más carnositas —y para dejar en claro mis preferencias acaricié los escuálidos muslos de Katia.

—Pues ya estuvo que te vas a quedar en ayunas —me sonrió con malicia.

—Ni modo —reconocí—. A caballo regalado no se le ve el colmillo.

Antonia no quitaba el dedo del renglón y repitió la propuesta de abrir una productora independiente, pero McDowell eludió el tema sin comprometerse a nada. Con el cambio del champán al coñac, su borrachera tomó un cariz reflexivo. La televisión era una fábrica de sueños, eso era lo que yo debía entender si quería hacer carrera en su empresa. Él entendía al pueblo mejor que los pinches intelectuales y por eso le daba lo que pedía: diversión, alegría, un rayito de esperanza en medio de sus miserias.

Cansada de oír sandeces, Antonia puso un disco de Billie Holliday y lo sacó a bailar. Bendito sea Dios, por fin se callaría la boca el hijo de puta. También yo saqué a bailar a mi rubia superior, que fingía estar ansiosa por irse a la cama y desde los primeros pasos de baile me sometió a un inclemente acoso sexual. Con el aparato de control remoto, Antonia apagó las luces de la sala y dejó prendida una lámpara de luz mortecina, que sólo permitía distinguir nuestras siluetas en la oscuridad. Sin duda era una experta en orgías, pues tenía previsto hasta el menor detalle. Afuera la tormenta arreciaba y los truenos cimbraban los cancelos de las ventanas. Mientras yo tarareaba la melodía, Katia me echaba el vaho en la oreja. Deduje que la pobre quería dobletear esa noche y tenía prisa por largarse a otra parte. Con discretos pasos laterales, Antonia se fue llevando a Luis Javier hacia la recámara. Quise ir por un trago a la cocina, pero Katia estaba impaciente y me llevó de la mano hacia el cuarto de las visitas, pared de por medio con la alcoba de Antonia. Apenas cerramos la puerta me abrió la camisa y besó mis tetillas, produciéndome un escalofrío más incómodo que placentero. De ahí fue bajando lentamente hacia mi sexo, con una lujuria artificial aprendida en las películas porno. Traté de pensar en Antonia para serie fiel con la imaginación. La pared era delgada y podía escuchar del otro lado los rechinos de la cama, sus jadeos y el resuello de Luis Javier. Al parecer ella no estaba pensando en mí, ni le preocupaba lo que yo sintiera en ese momento. Vamos, perra, ponte en cuatro patas y déjalo penetrarte con la espada desenvainada. ¿Por qué diablos el jefe te puede coger sin condón y en cambio a mí me obligas a usarlo? Afuera, los aullidos de la ventisca parecían reprochamos nuestra vileza. Después de eso nada sería igual, por más que fingiéramos despreocupación y cinismo. Los gemidos de Antonia taladraban las paredes, eran una insoportable tortura auditiva y mi verga se empezó a ablandar dentro de la boca de Katia.

—¿No te gusta, papito?

La hice a un lado de un brusco empellón y busqué a tientas mi ropa, como un ciego que intentara escapar de un incendio. Con los jadeos de Antonia martillando mis oídos bajé las escaleras de tres en tres. Mi cabeza crepitaba como un tizón, sentía que la muerte me había besado con los labios de Katia, que acababa de contraer una sífilis psicológica. Al salir del edificio, el latigazo de la lluvia me bajó la borrachera de golpe. Caminé en círculos más de una hora, entre charcos y lodazales, acompañado de un perro sarnoso que me reconoció como prójimo y no se despegaba de mí. Ojalá me fulmine un rayo, pensé, la cara que pondrá Antonia cuando encuentre mis cenizas en la banqueta. Para recobrar la dignidad necesitaba una muerte romántica, un accidente letal que me redimiera de todas mis cobardías, como la bala perdida que mata al desertor de un ejército cuando intenta pasarse al bando enemigo...

Pero los Hados no quisieron ennoblecer mi destino y solo alcancé a pescar una gripe.

Amanecí con 40 de calentura, avergonzado de seguir vivo. A pesar de mis empeños por ir a la grabación, Socorro me obligó a permanecer en cama:

—No vayas a trabajar. Por un día que faltes no va a pasar nada.

Tenía razón, al fin y al cabo los actores se dirigían solos. Por teléfono ordené a Dalia, mi asistente, que me supliera en el foro y pedí una disculpa a Consuelo, sin referirle nuestra juerga con Luis Javier. Al colgar el teléfono solté un estornudo. Tenía el pecho congestionado y no podía fijar la mirada en ningún objeto, como si tuviera un muro en medio de los ojos. Desde la noche anterior, Socorro había detectado mi aliento alcohólico y al escuchar mi tos entró a la recámara echa una furia:

—Te vas a morir, imbécil, y me va a dar mucho gusto —poco le faltó para arrojarme a la cara el vaso con Alka-Seltzer—. ¿Con quién te fuiste a correr la parranda?

—No fue una parranda. Antonia me presentó a McDowell y con los nervios me dieron ganas de beber.

—Peor todavía. ¿No podías decirle al jefe que tú no bebes? ¿Tanto te domina la pendeja esa?

Aguanté el regaño en silencio, pues sabía que cualquier intento por defenderme le daría mayores elementos para sospechar de Antonia. Sus recelos eran cada vez más fuertes, pero no podía acusarme de serie infiel mientras no tuviera ninguna prueba en mi contra. Por fortuna, el instinto maternal de Socorro fue más poderoso que su mal genio. En vez de prolongar la cantaleta de reproches, depuso el semblante huraño y me ayudó a sobrellevar la pavorosa cruda.

—Tienes escalofríos, no te descubijes por favor, voy a darte una friega de VapoRub. Necesitas comer algo, abre la boca, ya verás cómo resucitas con este caldito de pollo. Te traje unos videos para que no te aburras, ¿quieres otra almohada para recargarte?

Una mujer tan noble no se merecía estar casada con un cerdo como yo. Era vil y deshonesto quedarme echado en la cama mientras ella se desvivía por tenerme contento. Pero viéndolo bien, desde hacía tiempo nada en mi vida era honesto: traicionaba a mi mujer, traicionaba mi vocación y ni siquiera podía vivir con rectitud una pasión adúltera. Por la tarde Socorro puso la telenovela y se acostó a mi lado. Me dio náusea ver a Antonia abrazada con Uriel Medina en la escena donde ella empieza a cantar, recién curada de las cuerdas vocales. Qué falso era todo. ¿Quién diablos podía creer que ese mariconazo estuviera enamorado de Antonia, si la jotería se le notaba a leguas? Y pensar que yo mismo había dirigido la escena, que yo formaba parte de ese podrido engranaje donde el engaño se multiplicaba hasta el infinito. Socorro estaba caliente y sus caricias me recordaron que llevaba tiempo sin cumplirle. No sé de dónde saqué fuerzas para montarla, quizá de la pantalla que veía con el rabillo del ojo, donde Antonia, estrenando voz, le juraba amor eterno a su melifluo galán. Estaba tan débil y desganado que ni siquiera me pude venir, pero Socorro no se dio cuenta. Nos habíamos convertido en una de esas parejas inertes, oxidadas por la costumbre, que a falta de atracción sexual se conforman con un simulacro de amor.

Como el día siguiente era sábado me quedé en cama para reponerme bien de la gripe. Curado de la cruda, mi estado de ánimo mejoró: ya no me sentía un criminal putrefacto sino un pecador venial que aún podía enmendar sus errores. Mi humillación a manos de McDowell tenía un lado cómico, más me valía verlo de ese modo si quería sobreponerme al dolor. No darle importancia a las cosas, esa era la clave para salir ileso de cualquier descalabro moral. Fortalecido por la asimilación del ridículo, reuní la suficiente serenidad para dormir una larga siesta. Me desperté como a las tres de la tarde, hambriento, y le grité a Socorro que por favor me trajera algo de comer. Pero ella no era

el ángel servicial del día anterior. Entró al cuarto con los ojos anegados en llanto, el labio superior fruncido en una mueca hostil, y me lanzó a la cara una cartera de cerillos con el logotipo del motel Remanso.

—La encontré en tu saco. ¿Es ahí donde llevas a tu estrellita?

Dicen con razón que un marido no debe confesar una infidelidad ni con la cabeza puesta en la guillotina. Nada me hubiera costado salir del aprieto con una mentira, decirle que habíamos usado el motel como locación, o que un camarógrafo me había regalado esos cerillos, pero estaba culpabilizado por sus atenciones del día anterior y cedí a un impulso confesional:

—Perdóname, Socorro. Últimamente hemos caído en la rutina, me sentía encarcelado y necesitaba una amante.

—Cállate, imbécil, nadie te pidió explicaciones —me interrumpió iracunda—. Por si no lo sabes yo también estoy harta de ti. ¿Y sabes por qué? Porque eres incapaz de querer a nadie. ¡Agarra tus cosas y lárgate a vivir con esa pendeja, a ver si ella te cura las crudas!

—Por favor, Socorro, te van a oír los niños...

—¡Me vale madres! Que sepan de una vez qué clase de sabandija es su padre —abrió el clóset y empezó echar camisas y calcetines en una maleta—. ¿Crees que no he tenido oportunidades para ponerte los cuernos? ¡Miles, idiota, miles! Pero pensaba, ¿cómo le puedo hacer esto al pobre Felipe? Dios mío, qué pendeja he sido. Años y años atendiendo como esclava a un hijo de puta que nunca me quiso.

Terminada la maleta, me arrojó una muda de ropa a los pies: «Vístete y lárgate, ¿qué esperas?». Yo no quería irme de la casa, pero apenas intentaba murmurar una disculpa, ella recomenzaba la retahíla de insultos. Los niños lloraban abrazados en un rincón de la sala, y con cada grito de Socorro se estremecían como si hubieran recibido un fuetazo. Para no prolongar más su tormento me vestí a las carreras, metí la maleta en la cajuela del coche y lo puse en marcha. ¿A dónde ir? Tras una concienzuda revisión de mi libreta telefónica, decidí pedirle posada a Luis Eduardo Urbini, un viejo amigo que vivía solo en un departamento de la Condesa. Editor cinematográfico de enorme talento, con varios documentales premiados en el extranjero, Urbini había corrido una suerte semejante a la mía y se dedicaba a vender seguros para sobrevivir. Incluso en el físico nos parecíamos — ambos tenemos el pelo castaño, los ojos grises y la barba partida—, a tal punto que en la escuela de cine los maestros nos confundían. Cuando llegué a su casa ya me tenía preparada la cama de las visitas y una botella de tequila Don Julio. Le conté la bronca que acababa de tener con Socorro, los avatares de mi relación con Antonia, la ignominia de compartirla con Luis Javier McDowell. Como los buenos terapeutas, Urbini tuvo el acierto de limitarse a escuchar sin darme consejos. Al referirle mis intimidades más dolorosas, comprendí que acababa de dar un paso trascendental: en vez de volver a casa y buscar una reconciliación con Socorro, debía pedirle el divorcio y limpiar todos los escombros que se habían amontonado en mi vida. Estaba enamorado de Antonia, era estúpido negar algo tan evidente. Pero si quería salvar ese amor, necesitaba reconstruir mi relación con ella sobre bases honestas. ¿Con qué autoridad moral podía reprocharle sus devaneos con Luis Javier, si yo mismo la había condenado a ser mi segundo frente? Por lo menos él se estaba divorciando, yo en cambio no le ofrecía ninguna seguridad. Cuando el cinismo deja de ser un recurso defensivo y se vuelve un estilo de vida, como había sucedido en mi caso, su poder infeccioso corroe los sentimientos más puros. Pero aún estaba a tiempo de ofrecerle a Antonia un amor limpio y honrado, que la obligara a pagarme con la misma moneda.

El lunes entré a su camerino en un descanso de la grabación. Mientras se quitaba el maquillaje con una crema limpiadora, le referí todos los vuelcos que había dado mi corazón desde la aciaga borrachera con McDowell. Mi capacidad de fingimiento tenía un límite, le expliqué, y esa noche comprendí que la simulación puede ser un infierno. Por eso, cuando mi esposa me descubrió los cerillos del motel Remanso, no tuve estómago para seguirle mintiendo y le había confesado nuestra relación.

—Ahora ya sabe que somos amantes y voy a pedirle el divorcio. Lo hice por mí pero también por ti, Antonia —le acaricié los hombros—. Ya basta de escondernos. Termina con McDowell, devuélvele su penthouse y vente a vivir conmigo. Te necesito para mí solo.

Antonia me veía con estupor a través del espejo, sin mover un músculo de la cara.

—¿No crees que vas muy de prisa?

—Al contrario, mi amor. Creo que debí terminar con Socorro hace mucho tiempo.

—¿Y tu familia? ¿No has pensado en el daño que les puedes hacer a tus hijos?

Había esperado conmover la fibra sentimental de Antonia y sus objeciones me dolieron en carne viva.

—Veo que no te alegra mucho la noticia.

—Claro que no. Debiste haberme consultado antes de dar ese paso —terminó de quitarse el maquillaje y se puso de pie—. Ahora me siento una destructora de hogares.

—¿Pero no te agrada saber que por fin estoy libre?

—¿Libre para qué?

—Para casarme contigo.

—Ay, Felipe, qué ocurrencias —dejó escapar una risilla cruel—. ¿De dónde sacas que yo quiero un marido, si te he dicho hasta el cansancio que me chocan los compromisos?

Hice una pausa en la que digerí con dificultad su brutal descolón.

—Ya entiendo —respondí con voz quejumbrosa—. No quieres hacer compromisos con un pobretón porque aspiras a casarte con ese cretino lanzador de huevos.

—Por favor, Felipe, otra vez tus pinches celos. Ya te dije por qué ando con Luis Javier. ¿De dónde quieres que salga el dinero para hacer la película?

Antonia caminó hacia la puerta y le cerré el paso.

—Mientes —alcé la voz—. Te acostabas con él desde antes.

—Déjame salir, imbécil.

—Conmigo no se juega, Antonia. ¿Por qué no me dijiste que McDowell te regaló el penthouse?

Le había sujetado los brazos para contener sus golpes cuando se abrió la puerta del camerino: era Dalia, mi asistente, que asomó su cara de angelito barroco y se quedó atónita al vernos forcejear.

—Perdón, venía a probarle un vestido de noche a Antonia, pero si los interrumpo vuelvo más tarde.

—No, Dalia, pásale —dijo Antonia—. Felipe ya se iba...

Para evitar un mayor escándalo me tragué la rabia y salí con la sangre agolpada en las sienas. Gracias a un Ecuamil de 6 miligramos, el resto del día la dirigí como si nada hubiera pasado. La pastilla me aplacó a tal extremo que al anochecer ya estaba arrepentido de mi exabrupto. Temeroso de haber cometido un error que no tardaría en revertirse en mi contra, al final de la jornada fui a buscarla a su camerino, pero lo encontré vacío. Una maquinista me dijo que la señorita Franco acababa de salir. Maldita suerte, pensé, me va a mandar al carajo. Corrí al estacionamiento jalando aire por la boca y la alcancé cuando estaba a punto de subir a su coche.

—Espera, por favor. Quería pedirte una disculpa, Últimamente he tenido muchas tensiones y no me pude controlar.

—Deberías ir con un psiquiatra, Felipe. Me cae que estás bien zafado.

—Perdóname —sollocé—. Te prometo que nunca me vuelvo a poner así.

—Está bien, te perdono, pero con una condición. —Antonia me secó las lágrimas con la manga de su vestido—. Quiero que saliendo de aquí vayas derecho a tu casa y te reconcilies con tu esposa, ¿de acuerdo?

Ni el Ecuamil pudo amortiguar el efecto de su puntillazo. Cabrona de mierda, para ella no era un amante sino un niño manipulable, un idiota útil a quien podía dar las órdenes más absurdas: limpia el suelo con la lengua, mete la cabeza en el excusado, amárrate un yunque y tírate al mar. Sin embargo, le di mi palabra de volver con Socorro —una palabra que no pensaba cumplir—, pues la otra alternativa era despedirme para siempre de su hálito juvenil, de la precaria inmortalidad que había alcanzado en sus brazos.

Con el ánimo abatido por haber aceptado su estúpida condición, me dirigí a mi refugio provisional en la colonia Condesa. Urbini estaba tomando la copa con un matrimonio de profesores universitarios. El tema de la charla eran las películas recién estrenadas en la Muestra Internacional de Cine, que yo no había visto. Tomé un whisky tras otro hasta que la sala y la cara de las visitas empezaron a derretirse como figuras de vidrio soplado. No recuerdo nada de la conversación, pero al día siguiente Urbini me leyó la cartilla.

—Otra borrachera como esa y te vas de la casa. Primero los insultaste porque les gustaba el cine de Peter Greenaway: pero si es un pendejo, decías, un efectista de cuarta, ese director sólo puede gustarle a los esnobs. Yo te pregunté quién eras tú para descalificar a Greenaway y me gritaste muy enojado: «El futuro ganador de la Palma de Oro».

Un bochorno interminable, en eso se estaba convirtiendo mi vida. El efecto combinado del alcohol, el café y el tabaco me ponía los nervios de punta, como si llevara bajo la piel un alambre de púas. Llegaba al foro atolondrado por la falta de sueño, reñía con los actores y con los técnicos, se me cerraba el mundo al menor contratiempo. Socorro contribuyó a sacarme de quicio con su actitud revanchista: en vez de fijar las condiciones del divorcio en un arreglo amistoso, recurrió de inmediato a los abogados y por simples ganas de joder, me negaba a los niños los fines de semana. Todo lo habría soportado con entereza, si no hubiera sido por los desprecios de Antonia, que me perdió el respeto al sentirse dueña de mi voluntad. En el amor sólo puede haber correspondencia cuando hay equilibrio de fuerzas entre los miembros de una pareja. Entre nosotros ese equilibrio se había roto, pues ahora Antonia ocupaba una posición de poder. Yo le rendía vasallaje y ella rechazaba mi adoración con altivo desdén, como si me hubiera devaluado ante sus ojos al proponerle matrimonio. Canceló por tiempo indefinido nuestras citas en el motel Remanso, los fines de semana dejaba el teléfono descolgado para no responder mis llamadas, y aunque

oficialmente seguía interesada en hacer la película, en el foro no me hacía ningún comentario sobre el asunto.

Bebiendo con Urbini, mi paciente paño de lágrimas, me reprochaba la insensatez de haber sacrificado familia, casa y mujer por una perra caprichosa que desechaba a los amantes como si fueran Kótex usados. Juraba ser fuerte, aprender a controlar mis emociones para no permitirle que se volviera a burlar de mí. ¿Pero cómo apartarla de mi cerebro si el trabajo me obligaba a verla todos los días? Ya fuera por las tendencias masoquistas de mi carácter, o por la sugestión que provoca el deseo frustrado, Antonia me parecía más bella desde nuestra ruptura. Y como el estrellato le había conferido el don de la ubicuidad, su imagen dolorosamente lejana me perseguía dondequiera que posaba la vista, en los puestos de periódicos, en las paradas de autobús, en los anuncios espectaculares de las azoteas, como si la ciudad entera fuera un marco para su retrato.

Obligado a inventar formas alternativas de poseerla, me conformaba con respirar el aire de su camerino cuando ella estaba ausente, comía solo en los restaurantes que habíamos frecuentado juntos, y a despecho de mi refinado oído musical, escuchaba obsesivamente la pieza de Ricky Martin que habíamos bailado en nuestra primera noche de amor. Las revistas de espectáculos anunciaban ya el futuro matrimonio de Antonia y McDowell, rumor que ninguno de los dos desmentía. Él había ganado la partida, era preciso admitirlo y no hacerse más ilusiones. Hasta cierto punto me consolaba saber que Antonia me había cambiado por una cuenta bancaria y no por un hombre mejor que yo. Un consuelo tonto, sin duda, pero necesario para restañar mis heridas. Superada la etapa más negra de la depresión, traté de arrancarme su amor con una despedida ritual. Un martes por la noche, después de haber dirigido la última escena de la grabación, en la que Antonia se dejó arrastrar por la mediocridad de sus compañeros, esperé a que salieran todos los técnicos y cuando el foro quedó desierto le prendí fuego al guion de *La reina madre*.

La resignación no resolvió del todo mis problemas emocionales, pero me ayudó a sobrellevarlos sin tener que recurrir al alcohol. Dormía bien, me levantaba con la mente despejada y dirigía con más aplomo, sin reñir por nimiedades con el director de cámaras. Como Socorro se obstinaba en no dejarme ver a los niños, tuvimos algunos altercados que aniquilaron por completo la posibilidad de una reconciliación. La detestaba y sin embargo me daba cuenta de que nadie me conocía mejor que ella, ni siquiera yo mismo. En 20 años de convivencia habíamos acumulado un patrimonio de anhelos y recuerdos comunes, un capital afectivo del que no podía desprenderme tan fácilmente. Había sufrido una mutilación, pero no alcanzaba a distinguir si yo era el cuerpo incompleto o el miembro amputado.

Los fines de semana, cuando mi sentimiento de orfandad era más intenso, tenía que hacer grandes esfuerzos para no recaer en el círculo vicioso de la autocompasión y el rencor. Por higiene mental trataba de no culpar a Antonia de mi desgracia. De todos modos Socorro y yo habíamos tronado desde antes, pensaba, ella sólo vino a darnos el último empujoncito. Mis argumentos no eran muy convincentes, pero los esgrimía como un dogma inapelable para no dejarle ningún resquicio al despecho. Si quería sobrevivir necesitaba madurar, convencerme de que la vida no era un bolero.

Faltaba un mes para concluir las grabaciones y casi había logrado sobreponerme al dolor. El final del túnel estaba cerca, solo necesitaba mantener a raya las emociones, ya tendría tiempo para un psicoanálisis cuando estuviera libre de compromisos. Con el ánimo fortificado por haber salido ileso de tantos golpes, me tranquilizaba pensar que no podía sucederme nada peor. Pero lo peor sucedió. Un día de quincena, cuando me dirigía al elevador después de cobrar mi sueldo en la caja, escuché un sollozo agudo y prolongado, semejante al maullido de un gato o al lento rechinar de

una puerta oxidada. Venía de la oficina de Consuelo Alzatti. Toqué dos veces y como nadie me respondió, supuse que le pasaba algo malo y giré la perilla. Reclinada sobre el escritorio, Consuelo lloraba con la cara hundida entre los brazos. Al escucharme alzó la cabeza: tenía las bolsas oculares hinchadas, y su rostro era un amasijo de pellejos colgantes, como el telón caedizo de un teatro en ruinas. Con su blusa juvenil verde limón y su saco azul de solapas cortas, parecía un muchacho a quien le hubiera llegado de golpe la senectud.

—¿Qué tienes, Consuelo? ¿Te sientes mal?

—Siéntate, por favor y cierra la puerta —me pidió gimoteando—. No quiero que me oigan las secretarias.

—¿Pero qué te pasó?

—Dalia... —dijo, y un acceso de llanto le cortó el habla.

—¿Qué pasó con Dalia? ¿Te hizo algo malo?

Mi pregunta le removió alguna fibra sentimental y lloró con más fuerza. Cuando su llanto amainó, le tendí uno de los Kleenex que había sobre el escritorio.

—No es justo, por Dios que no es justo —se lamentó con rabia—. La saqué de un grupito teatral en Tuxtla Gutiérrez, donde se estaba muriendo de hambre. Le pagué el curso en la Academia de Lee Strasberg. Le di trabajo en mis producciones, la llevé a Europa y el año pasado le compré un coche último modelo. Todo lo que ha hecho y todo lo que tiene me lo debe a mí.

—¿Pero qué te hizo?

Consuelo abrió un sobre grande de papel manila y desparramó unas fotos en el escritorio. En el primer juego, Dalia y otra mujer se besaban semidesnudas en un cuarto de hotel. Las caras eran borrosas porque las imágenes habían sido tomadas con telefoto. Pero en el otro juego, el de las fotos tomadas en una alberca, se veía claramente a Dalia untándole bronceador a Antonia en una tumbona.

—Desde hace un mes la empecé a notar rara. La invité a Acapulco y me dejó plantada en el aeropuerto. Hice una fiesta de lesbianas el día de los Óscars y tampoco vino, que porque estaba mal del estómago. Antes era muy cariñosa conmigo y de pronto se enfrió: no quería meterse conmigo al jacuzzi, se limpiaba la boca cuando la besaba, como si mis labios le dieran asco. Esta se trae algo, pensé, y contraté a un detective para vigilarla. Como es medio bicicletona, creí que se había enredado con un chavo de su edad. Todo pensé menos que estuviera metida con esa puerca. De su relato solo escuché frases inconexas, porque mi atención se concentraba en las fotos. Por fin atinaba a explicarme el extraño comportamiento de Antonia. Quería estar libre para dedicarse de lleno al clítoris de su amiga, por eso le molestó mi ruptura con Socorro y mi pretensión de embarcarla en una relación seria. Pero mis racionios salían sobrando ante la elocuencia de las imágenes. Dalia ni siquiera tenía buen cuerpo y en brazos de Antonia parecía un hilacho. ¿Qué le pudo haber atraído de esa gusana blancuzca? ¿Sus nalgas escurridas, el anémico pecho donde se le transparentaba la caja torácica, o su piel glauca de planta sin clorofila? Qué buena vida se daban las infelices. Nadaban, cogían, tomaban el sol, se metían pericazos de coca, y en sus charlas de sobrecama seguramente me hacían burla, recordando entre risas mis rabietsas de director. Mi sufrimiento era su jolgorio. Y mientras ellas hacían turismo erótico en hoteles de cinco estrellas, yo escondía mi soledad en fondas y cafetines, o sometía mis llagas a un morboso escrutinio, privado de mis hijos y de todo lo que alguna vez quise. Pero no sabían las cabronas con quién se estaban

metiendo. Yo no era un chillón inofensivo como Consuelo. Yo sí tenía un chile de verdad, y esta vez se los iba a meter hasta el fondo.

Cuando Consuelo terminó de contarme sus penas fue al baño a lavarse la cara. Con la rapidez mental de los desesperados, metí las fotos en el sobre y me lo guardé en el bolsillo del saco. Subí por la escalera eléctrica rumbo a las oficinas del cuarto piso, afiebrado y tenso, como un terrorista que llevara escondida una bomba de tiempo. Eso eran las fotos, un temible artefacto explosivo que sólo necesitaba cambiar de manos para estallar. No quería despertar ninguna sospecha, y al pasar por el departamento de programación saludé a los empleados con una sonrisa afable. ¿Habían visto a alguien más inocente que yo? Antes de llegar a la oficina de Luis Javier hice una escala frente a un espejo y me limpié el sudor de la cara. Como de costumbre, su antesala estaba llena de productores, ejecutivos y actricitas en minifalda que se humedecían los labios con impaciencia, ansiosas por demostrar su habilidad bucal.

—Traigo un sobre con fotos que me pidió el señor McDowell —dije a la secretaria—. ¿Me permite una tarjeta para escribirle un recado?

«Ten cuidado, mira con quién te vas a casar», escribí en letras de molde y guardé la tarjeta dentro del sobre sin dar señales de nerviosismo. Pero no me bastó con una venganza higiénica y distanciada: quería una confrontación directa, un ajuste de cuentas donde corriera la sangre, y salí disparado en mi coche hacia el lago de Chapultepec, donde esa mañana íbamos a grabar una escena de exteriores en la que Antonia y Uriel, reconciliados tras una pelea, jugaban guerritas de agua en una canoa. Manejé como un cafre, pasándome los altos más peligrosos de Patriotismo, sin reparar siquiera en las mentadas de los demás conductores. En el embarcadero de la Casa del Lago, los técnicos estaban colocando los reflectores y el equipo de sonido, mientras Antonia y Dalia conversaban sentadas en un pretil a la orilla del lago, muy pegaditas y cariñosas. Al verme bajar del coche, Uriel Medina quiso consultarme algo sobre sus parlamentos. «Ahorita no puedo, quítate». Lo aparté de un brusco empujón y caminé hacia la pareja de tortilleras. La inocente sonrisa de Antonia me revolvió las tripas: cuanto más se arrastraba en el lodo, mayor capacidad tenía de proyectar sencillez y candor.

—¿Lista para el ensayo? —le pregunté con falsa cordialidad.

Dalia le ayudó a bajar del pretil tomándola del brazo: hasta modales de caballero tenía la señorita.

—Ya ensayamos la escena Uriel y yo —dijo Antonia—, si quieres la grabamos de una vez, para terminar pronto.

—Por hoy vamos a apartarnos un poco del script. En vez de la guerrita de agua quiero grabar una escena porno entre ustedes dos: Dalia y tú están remando en la canoa. De pronto sientes calor, te quitas la playera y entonces Dalia te mama las chichis.

—¿Qué te pasa? —reclamó Dalia—. ¿Estás borracho?

—No, sólo quiero grabar la escena que ustedes actúan a diario.

Dalia quiso romperme la cara, pero no había adquirido suficiente virilidad para pegar como hombre. Eludí con facilidad sus rasguños y le conecté una bofetada en el mentón que la hizo trastabillar. Horrorizada, Antonia huyó hacia la unidad móvil donde estaban los camerinos, sin poder llegar muy lejos por culpa de los tacones.

—Espérate, que no he terminado —la cogí del brazo.

—Me das lástima, pendejo. Eres un fracasado y un lumpen. Cuando Luis Javier se entere de esto, te vas a arrepentir de haber nacido.

—Yo en tu lugar no le hablarla al patrón —sonreí con la boca torcida—. Un pajarito le fue a enseñar unas fotos muy feas donde estás haciendo empanadas con Dalia.

Antonia perdió los colores como el día de su congestión alcohólica.

—Fuiste tú, ¿verdad? ¿Fuiste tú, desgraciado?

—Yo no tengo dinero para andarte espiando. Pregúntale a Consuelo cuánto pagó por las fotos. La pobre está muy sentida por el bajón que le diste.

—Pues ella y tú se pueden ir al carajo. Les voy a partir la madre a los dos.

Antonia me pateó la tibia con la punta del tacón. Alcancé a coger un tirante de su vestido cuando quiso escapar. El vestido se desgarró, ella me escupió en la cara y yo la derribé de una bofetada que le abrió una herida en el labio. Cayó junto a las barcas atracadas en la playita donde rompían las pequeñas olas del lago.

—Aquí mando yo, perra —me monté a horcajadas sobre sus muslos—. ¡Obedece a tu director!

—Jodido, impotente, ni siquiera sabes coger...

Vi un punto anaranjado que aumentaba de intensidad y tamaño con cada insulto, hasta incendiar por completo mi campo visual. Hundí las uñas en la suave piel de su cuello y lo apreté con deleite, hondamente satisfecho por hacerle sentir mi poder. Más que matarla quería redimirla, protegerla contra los vaivenes de su voluble naturaleza. Hasta sentí un poco de ternura cuando puso los ojos en blanco. La pobre me reconocía como dueño y aceptaba su destino con mansedumbre, como una pecadora siguiendo la huella de Jesucristo. No sé quién me impidió estrangularla, pero en la imaginación logré consumir la posesión redentora, pues al volver en mí tenía los pantalones manchados de semen.

El escándalo me dio una efímera celebridad en la prensa de espectáculos y en los programas televisivos donde se pasa revista a los chismes de la farándula. Pero la peor librada fue Antonia, a quien los periodistas tacharon de alcohólica y depravada. Yo casi quedé como el bueno de la película, pues mi locura momentánea parecía una falta menor comparada con la perfidia consciente de Antonia. De un día para otro, McDowell dio la orden fulminante de interrumpir las grabaciones y sacó la telenovela del aire, a pesar de sus altos niveles de audiencia. El mensaje para sus siervos era claro: no me importa perder dinero con tal de castigar a la gente que me traiciona. Antonia fue despedida sin liquidación y todas las telenovelas donde había tenido el papel estelar quedaron enlatadas. Yo ni siquiera pude entrar a recoger mis papeles, pues los cancerberos de seguridad tenían órdenes de prohibirme la entrada. Cuando la morbosidad del público empezó a declinar, los reporteros olvidaron el escándalo y recuperé el anonimato. Por los noticieros supe que Antonia había viajado a Miami, «para darle un nuevo giro a su carrera» y estudiaba una oferta para conducir un programa musical en un canal hispano.

Como ahora tenía fama pública de golpeador de mujeres, Socorro me obligó a concederle el divorcio en condiciones desventajosas. No podía vender mi casa porque la señora se negaba a vivir en otra parte, ni tampoco ver a mis hijos si ella no estaba presente, lo que en los hechos significaba hacerlos testigos de nuestras broncas. El dinero ganado en la telenovela no me duraría mucho

tiempo y necesitaba encontrar pronto un trabajo lucrativo, para solventar mis gastos y pagar la encajosa pensión de Socorro. Urbini me aconsejaba vender seguros. Un día lo acompañé en su jornada de trabajo y me quedé horrorizado: un hombre con mi talento y mi sensibilidad no podía caer en ese inframundo.

Al regresar de Miami, donde fracasó como animadora, Antonia volvió a ocupar los titulares de los periódicos por su romance con el general Mendivil Reyes, Jefe del Estado Mayor Presidencial. En la madre, pensé, ahora si me llevó el carajo. Dormí mal varias noches, en las mañanas me asomaba por una rendija de la cortina para ver si no había matones en el zaguán del edificio y al caminar por la calle alucinaba que me venían siguiendo. Al cabo de varios meses recuperé la tranquilidad. No había recibido siquiera una amenaza anónima y supuse que Antonia ya no me guardaba rencor. Pero un lunes por la tarde me llamaron por teléfono de la Cruz Roja.

—¿Conoce usted al señor Juan Carlos Urbini?

—Sí, es mi amigo.

—Lo asaltaron esta mañana saliendo de su domicilio. Parece que le echaron ácido en la cara. Además tiene fracturas en las costillas y el cráneo.

A duras penas pude contener el llanto cuando lo vi en la cama del hospital: con los párpados quemados y la nariz retorcida, Urbini parecía un monigote de José Luis Cuevas. Los asaltantes le habían quitado un reloj que no valía nada, me explicó, pero extrañamente le habían dejado en la bolsa mil quinientos pesos. Él no había opuesto resistencia y sin embargo le arrojaron el ácido en la cara, como si lo hubieran estado cazando. ¿Por qué tanta crueldad, carajo, si él no tenía enemigos ni tratos con gente del hampa? No se necesitaba ser Sherlock Holmes para deducir que los golpeadores lo habían confundido conmigo, engañados por nuestro parecido físico, pero no tuve valor para comunicarle mis sospechas y me limité a reanimarlo con palabras de aliento. Pobre Urbini, espero que el cirujano plástico lo haya dejado presentable y al menos pueda vender seguros sin espantar a los clientes.

Antes de que los matones descubrieran su error y vinieran por mí, llamé por teléfono a mi primo Hilario, que vive en San José, California, y le pedí asilo político por unos meses. Hilario lleva 15 años en Estados Unidos y ha logrado prosperar con su negocio de banquetes para bodas, uno de los más acreditados entre la comunidad chicana de la región. Tiene dos hijos que hablan más inglés que español y está casado con una matrona salvadoreña, Celia, que prepara la comida para los banquetes. No quería ser una carga para Hilario y envié mi currículum a todas las universidades californianas, con la esperanza de obtener chamba de profesor. Hablo suficiente inglés para dar clases con desenvoltura y conozco más de lenguaje cinematográfico y técnicas de edición que cualquier especialista gringo, pero me rechazaron en todas partes por no tener visa de trabajo. Al oír mis lamentaciones, Hilario me ofreció chamba:

—Ahora está de moda grabar en video las bodas y los 15 años. Tú que sabes tanto de cine lo puedes hacer con facilidad y sacar una buena lana.

Era como proponerle a Rubinstein que tocara una cumbia, pero la necesidad me obligó a ser pragmático. Decidí trabajar una temporada con Hilario, para poder regresar a México con algunos ahorritos y esconderme de Antonia en alguna ciudad de provincia. Pero me ha ido tan bien como camarógrafo de eventos sociales que ya llevo tres años viviendo aquí. Vencida la repugnancia inicial, me acostumbé con facilidad al mal gusto de los chicanos, a su sentimentalismo ramplón y a las detestables bandas gruperas que amenizan las fiestas. Ya ni siquiera tengo que llevar la cámara

al hombro, pues mis ganancias me han permitido contratar a dos ayudantes y ahora me limito a darles indicaciones: la suegra está llorando, hazle un *close up*; ahí viene el papá, tómalo de frente a la hora de los abrazos; súbete a la camioneta, quiero un *top shot* de la novia cuando aviente el liguero. Como los sábados y domingos tengo dos o tres fiestas y entre semana edito los videos, casi no me queda tiempo para ir al cine. Por falta de oportunidades no me puedo quejar: en San Francisco hay cientos de cineclubes y estoy muy cerca de la Universidad de Berkeley, donde hace poco hubo una retrospectiva del expresionismo alemán. Por cable también pasan ciclos interesantes, pero llego a casa tan rendido que no soporto ninguna película pretenciosa: sólo pongo las noticias para arrullarme, y a la media hora ya estoy roncando.

TÍA NELA

a Julián Robles

Te lo advertí, a cada puerco le llega su San Martín. Yo sabía que tarde o temprano, cuando ya no pudieras soportar los remordimientos, ibas a venir de rodillas a pedirme perdón. Has comprendido que Tía Nela sólo buscaba lo mejor para ti. Santa y buena, yo sé perdonar las ofensas. Pero me temo, hijito, que mi absolución ya no puede servirte de mucho. Cada quien tiene la corona que se labra. Mira nomás lo que has hecho con tu vida, con tu pobrecito cuerpo. Ya ni siquiera me das asco, ahora te tengo lástima, ¿y sabes por qué? Porque estás sepultado en un abismo de oscuridad y no haces nada por buscar la luz. ¿Desde hace cuánto no te confiesas? ¿Desde cuándo no vas a misa? Mira, Efrén, te voy a llamar por tu nombre de antes, porque el de ahora me repugna, mira, hijito, si querías hacerme sufrir con tus desfiguros, si pensaste que tus escándalos me iban a amargar la vida, te equivocaste, mi amor: yo sigo igual, vieja y achacosa, pero en paz con mi conciencia, en cambio tú te emborrachas a solas, tomas pastillas para dormir y de noche te oigo rechinar los dientes como alma en pena. Ya lo ves, sólo te hiciste daño a ti mismo. Quién te mandó, zopilote, salir al campo a volar. ¿Para eso violaste todas las reglas del pudor y de la decencia? ¿Para eso deshonraste nuestro apellido? Con el diablo no se juega, muchacho. Ahora que viene a pasarte la factura corres a refugiarte bajo mis faldas. Pero no me pidas perdón a mí: sólo Cristo con su infinita misericordia podrá salvarte del fuego eterno.

Llora, eso te hará bien, llora hasta desahogar toda la ponzoña que llevas dentro. Así llorabas de niño cuando yo te castigaba por tus malas mañas. Oh, Dios, cuánto batallé para darte una educación y un futuro. Otra en mi lugar te hubiera entregado a un hospicio cuando tus padres se mataron en la carretera. No dejaron nada, sólo deudas, y bien sabes que yo, con las pobres ganancias de la mercería y mis chambitas de costurera, apenas ganaba para malcomer y mantener esta humilde casa. Cuántas veces me quité el pan de la boca para dártelo a ti. Cuántas veces me privé de mis pequeños placeres para comprarte un juguete o una golosina. ¿Y cómo me pagaste esos sacrificios? Con una lanza clavada en mi costado, como los centuriones le pagaron al redentor. Muy temprano descubrí tus torcidas inclinaciones. A los cinco años preferías jugar con mis figurines que patear la pelota con los niños del parque, no soportabas los programas violentos de la tele y en cambio te quedabas hechizado con las funciones de ballet. Pero yo pensaba: cuando crezca se le pasará, lo que necesita esta criatura es un poco de rigor y disciplina para hacerse varón. Por eso, en mala hora, te mandé a estudiar con los padres maristas en vez de enviarte a una escuela oficial. Como la colegiatura costaba un Potosí, tuve que ponerme a coser por las noches, a riesgo de quedarme ciega. ¿Y todo para qué? Para que el infeliz mocoso, en la primera semana de clases, tuviera la maldita ocurrencia de besar en la boca a su compañero de banca, un muchacho de excelente familia, emparentado con el gobernador. Y ni siquiera fue a escondidas, no, ¡tuviste que hacer tu mariconada enfrente de todo el salón!

La escena en el despacho del prefecto, donde tu profesor te acusó en presencia del niño ofendido, fue uno de los tragos más amargos de mi vida. Te abrí la boca de un bofetón, ¿recuerdas? Tú me mirabas con asombro, como si hubieras esperado que saliera en tu defensa, y ahora mismo, después de tantos años, podría jurar que aún me guardas rencor. Sí, Efrén, nadie como tú para cultivar el resentimiento. Lo riegas cada mañana con agua tibia, lo sientes crecer en tus vísceras como una orquídea de invernadero. Gracias a Dios, a esa edad todavía eras dócil: reprimías tus berrinches y

nunca me repelabas cuando te daba coscorriones por contonearte demasiado en la calle. Pero sólo fingías mansedumbre mientras esperabas el momento de hincarme los dientes. La oportunidad llegó el día de tu primera comunión. Como en la escuela te habías convertido en un apestado, sólo pude invitar a la familia y a tus amigos de la colonia. En la iglesia todo había salido a pedir de boca: estabas monísimo con el hábito de monaguillo, tomaste la hostia con devoción y al salir del templo caminabas con paso marcial, como un ferviente soldadito de Cristo. En la merienda con galletas y ponche ofrecida a los invitados te comportaste con tal seriedad que hasta pensé: Dios ha obrado el milagro de enderezarlo. Pero qué va: Dios no cumple antojos ni endereza jorobados. Saliste con los niños a jugar en el patio y las señoras nos quedamos platicando en la sala. De pronto cesó la gritería, mi amiga Licha fue a ver qué pasaba allá afuera y ¡oh sorpresa!: te habías maquillado con mis cosméticos y estabas pintándole los labios a tus amigos. No me pegues, gritaste cuando te cogí del pelo, estábamos jugando al salón de belleza. Ojalá hubiera muerto de la bilis en ese momento. Me hubiera evitado la pena de verte convertido en un adefesio repudiado por toda la gente de bien.

Cuando llegaste a la adolescencia ya no hubo manera de sujetarte la rienda. Junto con la niñez perdiste el decoro, al punto de que ya no te quisieron aceptar en el Colegio Militar, donde la ingenua de mí creía que podían corregirte. Los vagos de la calle imitaban tus andares, los dependientes de la panadería te gritaban leperadas, tu nombre estaba escrito en todas las bardas de la colonia, acompañado de albures y epítetos denigrantes: Efrén quiere que le den, Efrén cacha granizo, Efrén se la come doblada. Como tus modales de señorita escandalizaban al vecindario, el padre Justiniano me rogó que fuéramos a misa de siete y nos sentáramos en la última fila, para no llamar la atención. Querías estudiar una carrera técnica y dije de acuerdo, en pocos años tendrá un oficio y se largará a la capital para vivir su vida. Como quien dice, ya no quería queso sino salir de la ratonera, librame de ti para recuperar el aprecio de mis vecinos. Pero en vez de largarte a México, donde la gente como tú puede perderse en la multitud, al terminar la carrera de contabilidad conseguiste trabajo en una empresa textil de Puebla, donde te las ingeniaste para disimular tus rarezas. Confiésalo; en realidad no eras tan amanerado, de lo contrario no habrías conseguido trabajo, más bien te afeminabas adrede para hacerme sufrir. Yo no entendía tu apego al terruño. Cuando descubrí el motivo se me vino el alma a los pies. Dime, infeliz: ¿cómo pudiste hacerte amante de un mecánico soldador veinte años mayor que tú, casado y con hijos, sin la menor consideración por su pobre familia? Lo peor fue cuando la esposa vino a reclamarme a la mercería. Era una pelada. En otras circunstancias la hubiera echado a la calle, pero con gran dolor de mi orgullo me vi obligada a pedirle disculpas. No se preocupe, le dije, yo me encargo de meter en cintura al chamaco. Quería denunciarte a la policía, y si no es por mis ruegos, ten por seguro que te hubiera refundido en la cárcel. Pero esa noche, cuando volviste a casa y te eché en cara la monstruosidad que habías cometido, te pusiste muy gallito en vez de agradecerme el favor. Perdida la vergüenza, cubriste de injurias a la esposa del mecánico y me gritaste que ese pelafustán era el gran amor de tu vida. Pero cuál amor, te grité furiosa, y ahora te lo repito: el amor de la gente como tú es una enfermedad venérea, una infección parecida a la lepra. Tomado de la oreja te llevé al baño y de un tirón te bajé los pantalones. Eres un macho, mírate al espejo, ¿no ves ese badajo que te cuelga en la ingle? ¡Pues un día de estos te lo voy a cortar si te sigues comportando como una mujer!

Por tu conducta discreta y respetuosa en las semanas siguientes, creí que mi duro regaño había tenido un efecto saludable sobre tu conciencia. Me dio una gran alegría saber que habías vuelto a confesarte con el padre Justiniano, y ante Dios habías hecho propósitos de enmienda, descorazonado por la noticia de que tu mecánico se había mudado a Cuautla con su familia. Dejaste de usar pantalones entallados, te planchabas el pelo con brillantina, como los conscriptos, y hasta

hiciste el esfuerzo de leer periódicos deportivos. Complacida por tu formalidad, no me inquietó demasiado que cambiaras el empleo en la compañía textil por una plaza de contador en un bar del centro. El único problema es que voy a desvelarme un poco, me dijiste muy compungido, tengo que hacer el corte de caja pasada la medianoche. Ahora ganabas un poco mejor y de vez en cuando me invitabas a comer o me traías algún regalito. Por esas fechas la ciudad esperaba con sus mejores galas la primera visita de Su Santidad Juan Pablo II. Será por supersticiosa, pero yo atribuí tu cambio de carácter a la visita papal. Contagiada por el júbilo de los poblanos, adorné el zaguán con los colores de la Santa Sede, y el día en que Juan Pablo paseó en carro descubierto por la calle Reforma, me fui a verlo a casa de las Fernández de Zamacona. Mi corazón se inundó de gozo cuando el Sumo Pontífice bendijo con la mano a los espectadores de los balcones. Mis amigas habían preparado una rica merienda, y como los rompopes nos habían puesto un poco alegres, la charla se prolongó hasta las once y media. Para volver más pronto a casa corté camino por la calle 13 Sur, sin sospechar que se había vuelto una zona de tolerancia. De las cantinas salían hombres beodos que trastabillaban al andar y en cada esquina dos o tres mujeres del ganado bravo fumaban con impaciencia esperando clientes. Ni por ser un día de fiesta religiosa habían dejado de practicar su inmundo comercio. Al cruzar el almacén de telas, donde la calle se oscurecía por las deficiencias del alumbrado, descubrí atónita que las meretrices paradas en la banquetta ya no eran hembras, sino mujercitos. Me cambié de banquetta para eludirlos y entonces te descubrí: llevabas una peluca rubia con rayos, botas altas hasta las rodillas y minifalda de cuero. Tenías las piernas tan bien depiladas que cualquiera te hubiera tomado por una mujer de verdad. En ese momento un automóvil se detuvo junto a ti, cruzaste unas palabras con el conductor y te subiste al asiento delantero con aires de vampiresa. Ni siquiera me dio tiempo de gritarte. Muda como una piedra, avergonzada de haber nacido, la bendición de Su Santidad me quemaba el pecho como una marca de hierro candente.

Necesitaba un trago para reponerme de la impresión y cuando llegué a casa me tomé cuatro copas de jerez como si fueran agua. En la televisión, un coro infantil cantaba en honor del Santo Padre: “Tú eres mi hermano del alma realmente el amigo”, y esas vocecillas angelicales, no sé por qué, me inflamaron de cólera santa. En una maleta cuidadosamente oculta bajo el armario de las medicinas encontré tu infecto vestuario: vestidos de lentejuela con atrevidos escotes, pelucas, lencería de colores chillones, tacones dorados de plataforma. Eché toda la ropa en una canasta y subí a la azotea decidida a prenderle fuego para acabar con ese foco de infección. Pero las emociones del día me habían alterado los nervios y a media escalera de caracol mis piernas flaquearon. Por más que jalaba aire no podía respirar, de pronto todo se quedó a oscuras. Ni siquiera pude meter las manos al rodar por las escaleras y sólo comprendí la gravedad de lo sucedido cuando abrí los ojos en el cuarto del hospital, vendada de pies a cabeza como las momias de Guanajuato. Dime, Señor, si el pecador es él, ¿por qué me tocó a mí pagar sus culpas? Siempre has negado tu responsabilidad en el accidente, pero sabes de sobra que fuiste el causante de mi desmayo. ¿Quién me había puesto en ese estado de zozobra? ¿Quién me empujó en la escalera sino tu perfidia, tu refinada crueldad? Reconócelo, canalla: estoy paralítica por tu culpa. Dale gracias a Dios que odio los escándalos, pues pude haber presentado una denuncia legal en tu contra. Pero primero muerta que salir retratada en la nota roja como víctima de un travesti asesino.

Desde entonces no he tenido vida, sólo un camino sembrado de abrojos. Estamos a mano, hijo: primero fuiste una carga para mí, ahora yo lo soy para ti. Debo reconocer que no me has escatimado las atenciones. Gracias a tu éxito con los ricos degenerados, en poco tiempo ganaste más que yo en toda una vida de honesta labor. Te has esmerado en llevarme con los mejores doctores de la ciudad, sin duda alguna para aplacar tu sentimiento de culpa. Si fueras un trabajador honrado, tendría una deuda de gratitud enorme contigo. No lo voy a negar, disfruto mucho la silla de ruedas eléctrica, el

sofá reclinable y el televisor con pantalla gigante donde veo cada tarde la barra de telenovelas. Pero cuando pienso de dónde han salido estas comodidades, el hígado se me hace moño. Lo que se da sin fineza se acepta sin gratitud. Preferiría mil veces comer pan y agua, dormir en un catre piojoso, morir lentamente por falta de medicinas, antes que padecer esta ignominia. Lo más doloroso ha sido tener que mentir para salvar las apariencias. Yo, que siempre amé la verdad por encima de todas las cosas, me he visto en la obligación de sostener una farsa para hacerle creer a mis pocas amigas que sigues trabajando de contador. Heme aquí convertida en una vulgar embustera, en una encubridora de la peor calaña. Y como ahora dependo completamente de ti, has aprovechado mi debilidad para imponer tus reglas del juego y obligarme a renegar de mis principios morales.

Un buen día se te hizo fácil venir a casa vestido de mujer y en el colmo del cinismo quisiste que te llamara Fuensanta, como te dicen todos tus compañeros de oficio. Dios sabe cuánto me resistí a ser tu cómplice en esa abominable suplantación de sexos. Por más que hicieras caras largas, yo te seguía diciendo Efrén, y cuando me tocaba contestar el teléfono respondía con enfado: ¡Aquí no vive ninguna Fuensanta! Pero tú recurríste a las más viles técnicas de extorsión para hacerme morder el polvo. Jamás olvidaré tu criminal proceder cuando tuve el ataque de cólico. ¡Efrén, te grité, ven por favor a ponerme el cómodo! Tú estabas abajo jugando canasta con tu palomilla de anormales y te hiciste el sordo para castigarme por no hablarte en femenino. Querías ostentar tu poder delante de esa gentuza, a la que tantas veces le colgué el teléfono, y fingiste sordera más de tres horas mientras yo me desgañitaba, torturada por los atroces retortijones. Cuando el colchón de la cama ya era una letrina y las moscas revoloteaban a mi alrededor, la necesidad me obligó a deponer el orgullo y te rogué con tono comedido: ¡Fuensanta, ven por favor! Sólo entonces interrumpiste la partida de cartas para venir en mi auxilio.

Engreído por tu victoria, a partir de entonces me has humillado con una perversidad sin límites. Dime, descastado: ¿qué necesidad tenías de traer a tus clientes a la casa, en vez de hacer tus marranadas en moteles de paso? Ninguna, simplemente querías darte el gusto de restregarme en la cara tus perversiones. Hasta dejabas entornada la puerta de tu cuarto a propósito, para que yo presenciara desde el mío los acoplamientos contra natura cuando estaba recostada en el sofá y no podía moverme a otra parte. Aun con los ojos cerrados oía los rechinos del colchón y no podía evitar los malos pensamientos. Para colmo, al día siguiente me encontraba los condones usados en el retrete. ¿No podías haberle pedido a esos barbajanes que tuvieran un poco más de higiene, un poco más de consideración con tu pobre tía? ¿O la exhibición de los condones era la parte más divertida de tu nefando placer? Pero a fin de cuentas la justicia celestial impone sus leyes. Si ahora estás derrotado y contrito, si odias hasta el aire que respiras y te has encerrado a piedra y lodo como un leproso, es porque allá en el cielo, donde todo se sabe, la Divina Providencia está cobrándote ojo por ojo y diente por diente.

Si hubieras seguido despeñándote en el vicio sin cambiar de naturaleza, quizá tendrías aún posibilidades de salvación. Pero ¿quién te mandó someterte a esa costosa cirugía para cambiarte los órganos genitales? Antes de esa horrible mutilación eras sólo un alma extraviada: ahora ya no perteneces al género humano, eres un espantajo, una morbosa atracción de feria, como la mujer serpiente y el niño con dos cabezas. Adiviné lo que andabas fraguando desde que trajiste a la casa los folletos médicos en inglés y al escuchar a hurtadillas tus llamadas telefónicas confirmé mis temores. Cuando lo tenías todo listo para largarte a la clínica de Chicago, cumplí con el deber moral de expresarte mi más enérgica condena a la operación. ¿Y cuál fue tu respuesta? Una demencial risotada. ¿Quién te entiende, tía?, me dijiste. Primero querías castrarme y ahora te enojas porque voy a hacer tu santa voluntad. Pero el que ríe al último ríe mejor. En el fondo, lo que buscabas con

ese cambio era recobrar la dignidad, salir del hediondo subsuelo donde reptabas y volver al mundo de la gente normal, ¿no es cierto? Pues te salió el tiro por la culata. Mira cómo estás ahora, mira nomás en lo que has venido a parar. Eso es, llora más fuerte y repite conmigo: por mi culpa, por mi culpa, por mi grande culpa. ¿Te extraña el rechazo de la gente respetable? ¿Y qué esperabas, iluso? ¿Una bienvenida con cuetes y serpentinatas?

Regresaste de Chicago más cambiado por dentro que por fuera. Para sorpresa mía y de toda tu palomilla, en vez de estrenar tu cuerpo feminoide pavoneándote por las calles, me pediste que te enseñara a cocinar, y empezaste a tomar clases de bordado. De un día para otro, la vulgar trotacalles se había convertido en una mujer de hogar. Cuando tus amigos prostitutas te invitaban a salir de juerga les contestabas muy seria: vayan ustedes, ya no me gusta beber, los médicos me prohibieron las desveladas. Quién lo dijera; en el fondo la obsesión de tu vida, el sueño que habías acariciado desde la infancia, era ser una joven casadera. Nunca me lo dijiste con claridad, porque la comunicación entre los dos se había reducido al mínimo, pero nadie te conoce mejor que yo. Tía Nela no tiene un pelo de tonta. Tía Nela ha aprendido mucho en la universidad de la vida. Tía Nela sabe escudriñar los recovecos del corazón. Como buena poblana de clase media, la meta suprema de tu existencia era hacer un buen matrimonio y quién sabe si en tus locas fantasías no abrigaste incluso la ilusión de ser madre.

Al principio, lo confieso, no vi con malos ojos tu cambio de conducta. Hasta orgullosa me puse cuando arrumbaste tus prendas de mujerzuela para copiar mi forma de vestir. Las blusas con puño de encaje, las medias de hilo color carne, los zapatos bajos y las faldas escocesas por debajo de la rodilla no eran ciertamente el atuendo más apropiado para una chica moderna. Pero de cualquier modo, tu nuevo aspecto era una señal de respeto hacia mí. Así fuera de un modo retorcido, mis sacrificios y mis desvelos habían dado fruto, pues ahora seguías como mujer el ejemplo que no te pude inculcar como hombre. Pero una cosa era estar complacida con tu decencia y otra que yo te siguiera el juego cuando perdiste la chaveta y empezaste a buscar marido. Qué poco me conoces, hijito. ¿Acaso pensaste que te iba a servir de tapadera para engañar a un pobre inocente?

Como en Puebla tu reputación estaba por los suelos, preferiste buscar un novio chilango. Y como dice el refrán, nunca falta una media rota para una pierna podrida. Pobre Gustavo, era la víctima ideal. Como sólo venía dos veces por semana a Puebla, para supervisar la fábrica donde trabajaba, y no tenía amigos en la ciudad, nadie podía ponerlo al corriente de tu pasado. Su timidez y su buena crianza te permitieron llevar la engañifa hasta extremos intolerables. Como él sí era católico de a de veras, sólo se atrevía a tomarte de la mano en la sala mientras escuchaban discos de Julio Iglesias, sin aventurarse jamás a caricias mayores. El pobre pensaba que la consumación del amor carnal sólo debe llegar con el matrimonio y tú le hiciste creer que eras virgen. Ja, ja, sí lo eras, pero sólo del orificio recién abierto en tu cuerpo. Por lo menos debiste dejarme fuera de la comedia. Pero como necesitabas completar el cuadro de la armonía familiar, de la moralidad intachable, me incluías en las veladas de sobremesa como una actriz de reparto. Total, pensaste, la vieja ya dobló las manos al llamarme Fuensanta y ahora tiene que tragar camote. Mientras Gustavo se dedicó a medir el terreno y a cortejarte con discreción, tuve la esperanza de que todo concluyera pronto, sin consecuencias graves. Pero el pobre se había enamorado como un colegial. Cuando te propuso matrimonio delante de mí, pensé que, por una elemental honradez, finalmente ibas a quitarle la venda de los ojos. ¡Qué esperanza! En lugar de eso te ruborizaste como una chiquilla, y musitaste un tímido sí con la voz quebrada por la emoción. Cuando los vi besarse en los labios no pude contener un gruñido de protesta, que tú achacaste a mis problemas gástricos. Trágame tierra, pensaba yo, devórame en este instante para no ver más horrores. Fuiste muy astuta, eso sí lo

reconozco, fuiste muy lagartona al pedirle que se casaran en México, donde nadie te conoce, en vez de celebrar la boda en Puebla, donde te hubieran corrido a patadas de cualquier templo. ¡Cuántas noches de insomnio pasé mortificada por tu artero engaño, con la oprobiosa certeza de vivir en pecado mortal!

Como tú estabas tan alegre con los preparativos de la boda, ni siquiera notaste mi enconada lucha interior. En tu extrema locura, llegaste a creer que la aberrante boda me hacía feliz. Pues no, óyelo, bien, ¡jamás estuve de acuerdo! Sólo aparentaba estarlo por el miedo al escándalo. Habían empezado a correr las amonestaciones y una voz interior me reprochaba mi cobarde silencio. Por eso, cuando Gustavo se presentó en la casa sin previo aviso el día que tú saliste a recoger el vestido de novia, no pude contenerme y le solté la verdad: Fuensanta no es mujer, se llama Efrén y es un joto operado, todavía estás a tiempo de cancelar la boda. El pobre muchacho se demudó de asombro. Como era tan noble, no creía que semejante cosa fuera posible y me pidió detalles de la operación. Sólo me creyó cuando le mostré tu cartilla del servicio militar. Para ti soy una traidora, lo sé. Pero ante Dios y ante los hombres sólo obedecía el dictado de mi conciencia.

Llora de dolor, llora de amargura, pero no me mires con esos ojos de basilisco. Así empezaste a verme cuando pasaron los días y Gustavo no daba señales de vida. Faltó a las charlas con el cura de la capital que los iba a casar y en su casa siempre te decían que estaba de viaje. Yo no quise abrirte los ojos, porque, la verdad, a esas alturas ya me dabas miedo. Cuando descubra quién lo delató, pensaba, se pondrá como un energúmeno y querrá mandarme a un asilo de inválidos. Ignoro cómo te fuiste a enterar de lo sucedido: quizá Gustavo te dio una última entrevista para aclarar las cosas, quizá uno de sus hermanos o su propia madre te leyó la cartilla. Nunca me diste explicaciones, ni yo tuve tiempo de pedirte las, porque el día de tu venganza no me dejaste hablar. Había dormido una siesta y aún no me despertaba del todo cuando entraste a mi cuarto con tu vestido de novia, el delineador de cejas corrido por el llanto, como una muñeca de cera derretida, y con tus recias manos de varón apretaste mi cuello hasta quebrarme la tráquea. Desde entonces no te has vuelto a quitar el vestido blanco. Lo has percutido de tanto arrastrar la cola por el suelo y a veces, como ahora, te pones mi chal encima para remedarme frente al espejo. Ni siquiera muerta me tienes respeto. ¿Cómo te atreves a dejar mi cuerpo insepulto a merced de los gusanos? Pero mi legado es inmortal como el de todos los mártires. Mi voz sobrevive en tu boca, mi alma se ha mudado a un cuerpo artificial, deforme, grotesco, pero en ella sigue viva la llama de la fe. Te ordeno coger la pistola que está encima del tocador. Vamos cobarde, apúntate a la sien y jala el gatillo. ¿Entiendes ahora hasta dónde llega mi autoridad sobre ti?

ENRIQUE SERNA (Ciudad de México, 1959) ha cautivado a decenas de miles de lectores desde la aparición de *Señorita México*, su primera novela. Con *El seductor de la patria* obtuvo el premio Mazatlán de Literatura. Sus cuentos, reunidos en los libros *Amores de segunda mano* y *El orgasmógrafo*, figuran en las principales antologías del género, como la preparada por García Márquez para la revista *Cambio*. En 2002, un jurado convocado por la revista *Nexos* lo incluyó entre los diez mejores cuentistas mexicanos del último cuarto de siglo. Ha publicado, además, la novela *Ángeles del abismo* (Premio de Narrativa Colima 2004), la novela urbana *Uno soñaba que era rey*, el thriller satírico *El miedo a los animales*, que provocó un gran escándalo en el medio intelectual mexicano, las novelas intimistas *Fruta verde* y *La sangre erguida* (Premio Antonin Artaud 2010) y las colecciones de ensayos *Las caricaturas me hacen llorar* y *Giros negros*. Su más reciente obra es el libro de cuentos *La ternura caníbal* (2013). Sus obras se han traducido al francés, al portugués, al italiano y al inglés.